REVISTA COAHUILENSE DE HISTORIA

Noviembre - Diciembre
1995

Nº 55



Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas
Saltillo, Coah., México.

REVISTA COAHUILENSE DE HISTORIA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1995

Publicación Oficial del

COLEGIO COAHUILENSE DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Registro Postal y de la H. C. Calificadora de Libros y Revistas: en Trámite

Impreso en los Talleres del propio Colegio
Teléfono (LADA 9184) 12-54-12

Precio por ejemplar M.N. N$ 10.00. Suscripción por un año N$ 60.00. Para el Extranjero, U.S. Dlls.$ 3.50 el ejemplar

Tiro de Hoy 1,000 ejemplares

Administrador: Francisco García Ordóñez

Saltillo, Coahuila, México, 1995

COLEGIO COAHUILENSE DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

PRESIDENTE: Oscar Flores Tapia
SECRETARIO: Javier Guerra Escandón
OFICIAL MAYOR: Patricia Pérez Hinojosa

MIEMBROS DE NUMERO

ARREOLA PEREZ Jesús Alfonso
BARRERA FUENTES Florencio †
BERRUETO RAMON Federico †
BOSH PARDO Wifredo †
CANALES SANTOS Alvaro
CAMPOS AGUILAR Casiano †
CARDENAS VILLARREAL Carlos
CUELLAR VALDES Pablo Mario †
CORDERO MARTINEZ Javier
DAVILA AGUIRRE José de Jesús †
ESPINOZA MIRELES Gustavo
FLORES TAPIA Oscar
FUENTES AGUIRRE Armando
GOMEZ VILLARREAL Humberto
GONZALEZ MILLER Pablo
GONZALEZ NAÑEZ Federico Leonardo †
GUERRA ESCANDON Javier
LEVY AGUIRRE Abraham †
MENCHACA HERNANDEZ Daniel †
MONCADA GARZA Arturo
OROZCO MELO Roberto
RAMOS GONZALEZ Ismael †
RECIO FLORES Sergio †
ROBLEDO LUNA Gabriel (Parras)
SANCHEZ JIMENEZ Melchor †
SUAREZ José María
VALDES José de la Luz †
VILLARREAL LOZANO Javier

MIEMBROS HONORARIOS

CAVAZOS GARZA Israel
REYES AURRECOCHEA Alfonso †

EL IV CENTENARIO

Por: Adalberto E. Guillén

Viajero: Las montañas que ahora contemplas y el cielo telúrico que se eleva más allá de tu pensamiento, fueron testigos hace 400 años del advenimiento de una nueva ciudad que hoy te saluda con austeridad indígena y con reverencia castellana.

Celebra la ciudad de Saltillo durante 1,977 el IV Centenario de su castellana fundación. Los actos conmemorativos, singularmente relevantes, que se han efectuado en los primeros noventa días del año, revelan la inteligencia, el entusiasmo y el saber histórico de sus Organizadores: pero es de estricta justicia destacar la venturosa circunstancia de

que al frente del Gobierno del Estado, que ha promovido la celebración oficial del imponderable suceso, se halla un hombre que ama entrañablemente el viejo solar de sus mayores que es al mismo tiempo su propio solar. El titular del Ejecutivo es poseedor además de una vasta cultura, pero sobre todo es un profundo conocedor del devenir de la muy leal y antigua Villa de Santiago, convertida hoy, por el arrimo de un gobernante ejemplar, en una importante ciudad que contempla con optimismo y con renovada fe en el futuro, los años postreros del siglo XX y el orto del siglo XXI.

Saltillo ostenta y sustenta virtudes de la más elevada excelencia humana. Con legítimo orgullo las generaciones de la hora presente, evocan, y tienen derecho a evocar, su origen racial castellano y chichimeca, hispano y tlaxcalteca, estirpes que rubrican con el cenit de su luminosa existencia las señeras virtudes del decoro humano: la dignidad que conduce a la libertad, el valor a la audacia; el amor a la solidaridad y la justicia. Aquí en estas tierra, que no han sufrido la erosión de las almas, no hay todavía bajeza moral, ni proclividad, ni insolencia, ni lujuria, ni ladronería; aquí no florece la trapacería. Hay ciertamente ciudades depravadas. Yo he vivido en alguna de ellas "de cuyo nombre no quiero acordarme".

Al decretar la conmemoración el distinguido Gobernador de Coahuila, quizá tuvo presente el pensamiento de Ortega y Gasset: "Somos herederos"..., herederos de un linaje humano que escribió las más brillantes páginas de heroísmo en el siglo XVI.

Las reflexiones anteriores me inducen, en esta hora de reconocimiento, a involucrar mi pensamiento en el egregio acontecer que conmemoramos. Quizá yo pueda rendir un testimonio de escucha. Recuerdo con limpia claridad la charla que tuve con el Ing. Vito Alessio Robles. Fue en la ciudad de México, en Mayo de 1946. Ambiente de Cultura. Cuando yo le pregunté quién por fin, había fundado la ciudad de Saltillo, me dijo:

- El Capitán Alberto del Canto.
- ¿Cuándo ocurrió eso?
- En 1577.
- En dónde se llevó al cabo el acto de la fundación?
- En el lugar que hoy puede ser localizado en las instalaciones del antiguo Ateneo Fuente y la Plaza de Zaragoza.

El Ingeniero Alessio Robles era en aquel instante uno de los más distinguidos historiadores de México y el más eminente historiador coahuilense.

Desde entonces he mantenido inalterable interés por la precisión histórica de la fundación de Saltillo aunque nunca

pude dedicarme a la investigación y en consecuencia no consagré mis esfuerzos culturales a este campo primario de la historia. Afortunadamente hoy se han desbrozado las tres interrogaciones fundamentales:

¿Quién?..... ¿Cuándo?..... ¿Dónde?.....

Quizá por eso las meditaciones inherentes al acontecer que ahora rememoramos me han conducido a otear otras frases de la Conquista, por ejemplo la juridicidad de la invasión y el derecho territorial de los pueblos de América; a esclarecer si es verdad, como afirman los indigenistas, que las tribus del Continente americano tenían derecho "al girón de tierra que en aquel instante ocupaban"; si las tribus trashumantes del norte del país tenían el mismo derecho a la posesión precaria de sus asentamientos que las Naciones del Valle de México, de Yucatán, de Veracruz y de Oaxaca. Creadoras de auténticos sistemas de cultura y con evidente arraigo.

Quizá tenga interés evocar los contrastes. El último cuarto del siglo XVI enfrentó a los indígenas que habitaban estas latitudes con los castellanos invasores. Frente a frente estuvieron el arco y la flecha y el arcabuz y el mosquete; el maíz como base de alimentación de los indios y el trigo, el arroz, la cebada y el centeno que constituían los elementos básicos de la alimentación de los españoles: el caballo, el buey, el borrego y la cabra y sobre todo la rueda

para el transporte que aprovecha-ban y usaban los invasores, y el lomo del indio que se empleaba aquí para el acarreo de las recolecciones. En el orden social se enfrentaron un régimen patriarcal, una esclavitud disfrazada, el fetiche y un sistema de poder, y una organización jurídica familiar, religiosa y militar.

Pero por encima de estas diferencias, indígenas y españoles se identificaban por el dualismo espiritual. En indios y castellanos afloraban al mismo tiempo el valor y la crueldad, la ambición y la voracidad, la astucia y la mala fe, la sevicia y la piedad, dísticos humanos que don Alfonso Teja Zabre atribuía a Cortés.

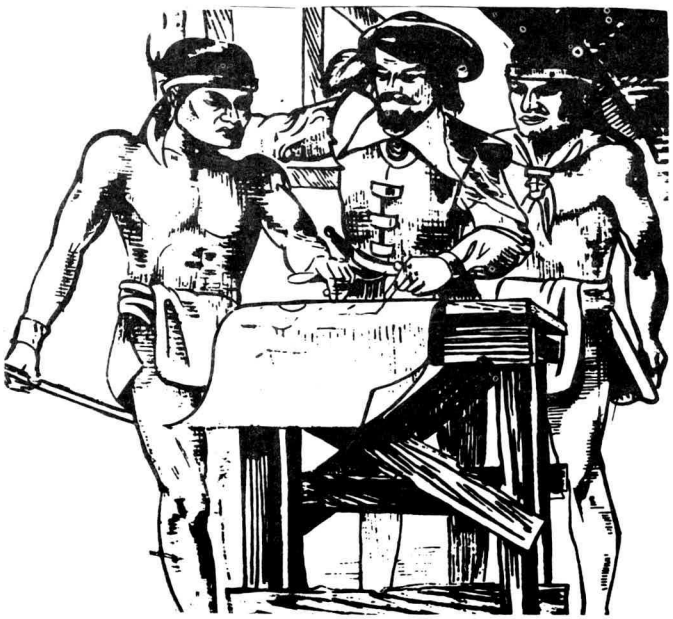
Hubo en la Conquista sin duda actos de extrema crueldad, pero al mismo tiempo actos generosos de alto valor moral. Un relato de don Vicente Covarrubias narra dos hechos que revelan el noble proceder de indianos y españoles.

Francisco de Urdiñola era Gobernador de la Nueva Vizcaya el año de 1592. El ilustre fundador de San Esteban, pueblo aledaño a Saltillo, combatía la rebelión de los Acaxes. En un fiero combate logró derrotar a los indios y aprehendió a un numeroso grupo de mujeres indígenas. Para favorecerlas el Capitán Urdiñola decretó la pena de muerte para quien atentara contra la vida o su honor; e hizo aún más, las llenó de consideraciones, las proveyó

de alimentos y vestidos y las envió con los suyos.

Al llegar a los dominios de los Acaxes las mujeres relatan el tratamiento que habían recibido, lo que dio lugar a que los jefes de la Tribu se reunieran para decidir como debían responder a la acción generosa de los españoles. No podían deponer las armas por un juramento previo, pero aceptaron negociar para conceder su amistad a los castellanos.

Aquellos dos actos de innegable contenido moral consumaron la paz entre los temibles Acaxes y la Gubernatura de la Nueva Vizcaya.



APUNTES DEL DIARIO DE LA PRINCESA

INES DE SALM SALM

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha escrito, principalmente en Europa, con relación á los últimos acontecimientos que prepararon la caida del imperio que se pretendió establecer en México, con el príncipe Fernando Maximiliano de Hapsburgo á la cabeza, pero desfigurando siempre la verdad unas veces á favor de un partido, otras en contra, no se ha conocido una relacion de los hechos tal cual pasaron.

Los príncipes de Salm-Salm que acompañaron en Querétaro al infortunado príncipe hasta sus últimos momentos, han dado á luz el diario que formaron de todo lo ocurrido desde el asedio de aquella plaza por las huestes republicanas hasta el trájico fin de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, donde concluyó el ensayo de la plantacion de un imperio en este país, arrancando el cetro de las manos del descendiente de Carlos Quinto con su vida.

Estos hechos hasta en sus más lijeros pormenores se encuentran rejistrados con la verdad histórica que merecen en los diarios del príncipe Félix y de la princesa Inés de Salm-Salm, descansando sus apuntamientos en documentos que merecen entera fé.

Ambos escritos son dignos de conocerse en este suelo, y á reserva de publicar más adelante el del príncipe, sacamos hoy á luz el de la princesa su esposa, seguros de que será visto con agrado por la imparcialidad con que está redactado, así como por su sencillez y claridad.

Al hacer la traducción y publicar este cuaderno no tenemos ningunas pretenciones; queremos únicamente dar á conocer un escrito en que se consignan hechos que la historia deberá recoger para utilizarlos más adelante cuando calmadas las pasiones y borrados con las huellas del tiempo los odios que dividen á los mexicanos pueda escribirse con entera imparcialidad y buena fé la relación de cuanto ha ocurrido en estos últimos años.

Tal es el único deseo de

El Traductor y los editores.

(se respeta ortografía)

HABLA LA PRINCESA:

Durante los últimos seis años he oído y visto muchas cosas. En la guerra civil de los Estados-Unidos, acompañaba casi siempre á mi marido; de modo que pude ser testigo ocular de muchos acontecimientos interesantes, y tuve la ocasion de conocer personalmente casi á todos los generales y á otras personas que hacian un papel principal en aquel período revolucionario.

Tambien he vivido largo tiempo en Nueva York y en Washington, donde tenia que entrar en relaciones con los hombres de Estado, principales de la época, por ciertos fines que me habia propuesto; y oía y observaba varias cosas.

Cuando seguí á mi marido para México, hizo la casualidad que me tocó igualmente algun papel en la trajedia que acaba de representarse en aquel país.

En una palabra, muchos de mis amigos, en la inteligencia de que haya visto tantas cosas, y opinado que tengo mucho que contar, han insistido en que publicase todo lo que ha acontecido durante los últimos seis años. Les he prometido hacerlo, pudiendo cumplirlo, tanto mas facilmente cuanto que tengo la costumbre de llevar un diario y poseo además una memoria excelente.

Pero hasta ahora no he podido hallar ni tiempo ni ocio para llevar á cabo mi

proyecto, é ignoro si se facilitará dentro de poco tiempo. Mas mi marido que está actualmente publicando un diario escrito en México, me rogó que diera á lo menos un breve relato sobre aquella época, y sobre los sucesos en que tuve parte principal, lo que no pude negarle.

Aunque las hojas siguientes no son completas, tal vez pueden servir para aclarar algunos sucesos que tuvieron lugar durante los últimos dias del malogrado Emperador Maximiliano.

El Emperador se hallaba sitiado en Querétaro por los liberales y mi marido estaba á su lado. Hacia mucho tiempo que no habiamos sabido nada de ellos, y los rumores mas contradictorios circulaban en México. En aquel tiempo no vivia en la misma capital, sino en casa del ex-cónsul general mexicano *D. Federico Hube*, en Tacubaya, un lugar sumamente ameno, unas millas distante de la capital, y donde muchos mexicanos opulentos poseen unas quintas lindísimas.

En el mes de Marzo de 1867, supimos que el general Márquez habia llegado de Querétaro con 300 hombres y que todo México se hallaba en la mas grande excitacion. Estando por supuesto sumamente ansiosa por tener noticias de mi marido, supliqué al Sr. Hube que me acompañara para hacer una visita al general Márquez.

El general me recibió con mucha amabilidad. Era entónces un hombre grande, y se complacia extraordinariamente en semejante papel.

El emperador le habia nombrado su lugarteniente, y él se conducia y hablaba del Emperador, como si este fuese de cierto modo su pupilo, y él mismo el personaje principal en todo México. Con todo eso estuvo sumamente afable para conmigo y su rostro moreno y maligno se puso casi risueño y cariñoso. Tenia sus barbas recortadas que cubrian antes una honda cicatriz en su mejilla, la que provenia de un balazo y no le embellecia absolutamente.

El general hablaba de mi marido de la manera más lisonjera. Le llamó uno de los oficiales más valientes de Querétaro, y me contó que se habia señalado últimamente por haber tomado seis piezas con muy poca jente, y que, por este bizarro comportamiento, *él* le habia condecorado y que *él* le habia nombrado general, aun en la víspera de su marcha.

Tambien hicimos una visita al general Vidaurri recientemente llegado junto con Márquez; que confirmó que todo estaba de lo mejor en Querétaro; hablando al mismo tiempo en los mejores términos de mi marido, á quien segun decia, amaba como á su hijo.

Las buenas nuevas del ejército del Emperador causaron gran júbilo en México,

y hubo fiestas, bailes y fuegos artificiales durante los diez dias siguientes en que Márquez se preparaba como decia: "segun las instrucciones del Emperador," á marchar al encuentro de Porfirio Diaz, quien estaba con un ejército liberal en marcha contra Puebla.

Al fin quedaron concluidos los preparativos, y las tropas imperiales se marcharon de México; no se quedaron para guardar la capital mas que unas pocas tropas mexicanas, cuyo número era tan insuficiente, que no podian detener al enemigo de aproximarse á la capital, solo unos pocos pasos afuera de las garitas. Hubo diariamente pequeñas escaramuzas dentro y fuera del mismo Tacubaya.

Tres dias despues de la marcha del ejército, se esparció en México el rumor de que Márquez habia ganado una gran victoria, derrotando completamente á Porfirio Diaz y dispersado á todo su ejército. Pero este rumor no tuvo una larga con-sistencia, porque ya en el próximo dia, el mismo general imperial vino á la capital como fugitivo, solo acompañado de unos doce jinetes y adelantando en toda prisa por unas doce horas á su ejército derrotado. El 8 de Abril habia sufrido cerca de San Lorenzo, una derrota vergonzosa perdiendo toda su artillería.

Si Porfirio Diaz hubiese sido bastante fuerte para guardar paso igual con su

enemigo que estaba huyendo delante de él, habría podido entrar en México sin encontrar alguna resistencia. Pero no se presentó sino unos tres dias despues en las cercanías de la capital; cuando nuestro ejército desmoralizado ya se hubo algo recobrado de su susto.

La vanguardia de los liberales pasó delante de nuestra casa en Tacubaya, y me admiraron sus hermosos caballos y los bellos uniformes que habian en su mayor parte conquistado de nuestras tropas. Tacubaya y Chapultepec fueron ocupados por los liberales sin alguna resistencia, y se comenzaron los preparativos para el sitio de México.

En la noche siguiente soñé que veía á mi marido próximo á morir. El emperador estaba inclinándose sobre él, y dijo con tono aflijido: ¡Oh! mi querido, vd. no debe dejarme solo. Mi marido pronunció mi nombre; á su alrededor se batieron, y por todas partes ví sangre y todos los horrores de una batalla.

Este mismo sueño se repitió en la próxima noche. Ví á mi marido luchar con la muerte y le oí llamar mi nombre. Por todas partes se batian con furia, todo estaba envuelto en tinieblas, y los relámpagos se cruzaban. El mismo sueño se repitió tambien en la tercera noche, y mi marido me llamó con voz mas fuerte aún que ántes.

Semejantes sueños, tres veces repetidos, me causaron una inquietud suma, tanto mas, cuanto que creo en sueños; y vine á tomar la determinacion de ir á México para consultar con el ministro de Prusia, Baron de Magnus, y con los jefes de las tropas extranjeras, para saber si se podia hacer algo para salvar al Emperador y á mi marido, que me parecían estar en el mayor peligro.

Cuando comuniqué al Sr. Hube que queria ir á México, se opuso éste con toda enerjía y se encolerizó mucho. Me dijo que haria cuanto estuviese en su poder para hacerme desistir de semejante locura; puesto que él era responsable de mi seguridad, porque mi marido me le habia confiado á él; y que por tanto nunca sufriria que yo cometiera un desatino tan manifiesto.

El Sr. Hube y su señora me habian recibido en su casa hospitalaria, con la mayor amabilidad, tratándome con un amor y un desinterés, como si fuese su propia hija; sentí sobre manera hacer alguna cosa que les causara tanto disgusto, pero hay impulsos á los que no se puede resistir, y contra los cuales todas las razones del entendimiento, son completamente impotentes. Me parecia que una fuerza irresistible me impedia á seguir la voz de mi corazon, y vine á tomar la determinacion irrevocable de llevar á cabo mi designio, venga lo que viniere; aunque creí conveniente darme la

apariencia que las advertencias del Sr. Hube hubiesen hecho alguna impresion en mi ánimo.

Tanto este señor, como su señora esposa, no tenian sin embargo plena confianza, temiendo continuamente que me escapase durante la noche, por cuya razon no solamente se cerraba, como de costumbre, el zaguan, sino que el Sr. Hube quitaba tambien la llave y se la guardaba consigo en su recámara.

Estas precauciones entorpecieron por cierto mis proyectos completamente; pero sabiendo que se abría la casa á las seis de la mañana para dejar entrar á los mozos de cuadra que dormian afuera, me puse en acecho, y viendo que en efecto, la puerta se abrió como de costumbre, me salí de puntillas por el zaguan, acompañada de mi camarera Margarita y de mi fiel compañero cuadrúpedo Jimmy. Mas el Sr. Hube, quien estaba acechando, salió de repente detrás de una esquina, y dijo con grande irritacion: ¿Qué sucede, princesa? -Buenos dias, Sr. Hube, respondí con frialdad, y tomé el camino para la estacion del ferrocarril.

El señor Hube echó á correr por un camino mas corto, de suerte que al llegar á la estacion, ya lo encontre allí. ¿A dónde quiere vd. ir? Preguntó. A México, por supuesto, como le he dicho á vd., respondí sin hacer ninguna mencion de mis sueños

y de mis designios de que solo se habria reido.

Me repitió de nuevo las razones que tenía para hacerme desistir de mi proyecto y no dejó de amonestarme sériamente. Dijo que podria encontrar la muerte ó exponerme á otros peligros entre los soldados groseros; agotando por dos largas horas cuanto le sujeria el sentido comun, con el fin de disuadirme de mi designio; más se entiende por sí solo que no me ha hecho mella alguna por estar una vez firmemente resuelta á hacer mi voluntad. Le dí mis mas expresivas gracias por toda la amabilidad que me habia demostrado y por la pena que se daba por mi causa, declarándole al mismo tiempo muy determinadamente que queria y debia irme. El buen anciano palideció y no habló otra palabra más para retenerme.

Tuve entonces que ir una legua hasta Chapultepec con Margarita y con Jimmy. Todo el camino estaba cubierto de oficiales y soldados enemigos; pero por haberme visto en casa del Sr. Hube, que es del partido liberal, todos me saludaron respetuosamente dejándome pasar libremente.

Al llegar á Chapultepec, pregunté por el comandante del castillo, coronel Leon, quien había estado dos años en los Estados-Unidos y hablaba el inglés bastante bien. Le llamaron de una fonda donde estaba almorzando, y me recibió con suma política

y amabilidad. Le dije que estando en gran cuidado por la situacion del Emperador y de mi marido, queria ir á Méjico , con el fin de influir para con los jefes estranjeros á que se rindieran á Porfirio Diaz, si éste último se obligaba á garantizar la vida del Emperador y de los oficiales estranjeros, en caso que cayeran presos.

El coronel me decia que Querétaro no podria tenerse por más tiempo; porque la ciudad estaba tan estrechamente sitiada que la guarnicion habia de morir de hambre. Me dió sin vacilar el permiso pedido, bajo mi promesa de volver inmediatamente luego que supiera la opinion de los jefes estranjeros. Dándome su brazo me acompañó tres cuartos de legua hasta sus postas más avanzadas.

Aquí se despidió de mí y yo seguida de Margarita y de Jimmy, caminaba sobre el campo abierto hácia la garita defendida por una batería. Por ser conocida del oficial imperial que mandaba aquel punto, no tuve alguna dificulta en pasar. Los soldados colocaron vigas encima del foso de la trinchera y nos ayudaron á brincar encima del parapeto.

Me dirijí inmediatamente á casa del Barón de Magnus, á quien encontré en casa; pero fuí recibida con alguna frialdad y una cortesía glacial. Creo que este señor me habia tenido á mal el haberme hospedado, en contra de su opinión, frecuentemente

espresada, en casa del Sr. Hube, contra quien, no sé por cuál motivo, estaba algo resentido.

Finjiendo no notar sus maneras ceremoniosas de diplomático, le dije: que mi intencion al venir á Méjico habia sido ver á los coroneles de Kodolitsch y Conde Khevenhuller. El coronel Leon habia hablado de dichos señores con la mayor estimacion por su bizarro comportamiento en la última batalla, y me habia empeñado su palabra de honor que los dejaria volver libres á Méjico, en caso que vinieran á Chapultepec con el fin de conferenciar con él.

Las maneras del Baron de Magnus se cambiaron luego que supo mi plan y los pasos que habia ya dado para llevarlo á cabo; esperaba mucho de eso, si quisiese dejarme conducir por sus consejos, con lo cual me declaraba conforme.

El ministro mandó ponerme coche, monté en él y fuí á casa del coronel del Kodolitsch á quien no encontré sino en casa del conde Khevenhuller.

El coronel Kodolitsch estuvo al momento pronto á salir á hablar con el coronel Leon, pero bajo la espresa condicion de que el Baron de Magnus no tuviese nada que hacer en toda la negociacion, porque dicho señor estaba demasiado propenso á no seguir sino su propia cabeza; á lo cual le contesté que ya no podia retroceder por

haber ya concluido un convenio con el mismo ministro.

Entonces los coroneles me prometian hablar tan pronto como fuera posible con sus oficiales y soldados y hacerme saber el resultado.

El Baron de Magnus me alojó con una señora de Michalowitsch, una mejicana casada con un oficial austriaco, y en cuya casa me quedé la noche.

En la próxima mañana ví á los dos coroneles. El conde Khevenhuller opinó que seria conveniente rendirse desde luego. Decia que era evidente que Márquez hacia traicion el Emperador, y que aunque él por su persona estuviese pronto á sacrificar cien veces su propia vida para este último, no tenia absolutamente ganas algunas de sacrificarse á sí y á sus soldados por el señor Márquez.

De lo contrario, kodolistch opinaba que no se debiera negociar una rendicion, antes de tener noticias fidedignas de Querétaro y de saber la voluntad del Emperador; que, aunque estuviera pronto á escuchar las condiciones del enemigo, no podia reunirse con el coronel Leon, porque el jeneral Márquez acababa de dar una órden segun la cual cada oficial ó soldado que tratase de algun modo con el enemigo, seria fusilado en el acto.

Entónces le rogué á los dos que me dieran un poder por escrito, en cuya virtud

podria negociar en nombre de las tropas estranjeras y de mis jefes; pero lo juzgaron igualmente demasiado peligroso, y desearon únicamente que yo me dirijiese al campamento de Porfirio Diaz, para hacerles las dos propuestas siguientes: la primera era que me prometiera á mí ó á otra persona ir á Querétaro para informar al Emperador del estado de las cosas de Méjico y recabar su voluntad, para cuyo objeto se concluiria un armisticio de siete dias; en caso que el jeneral enemigo no aceptare la propuesta mencionada, las tropas estranjeras estarian prontas á rendírsele bajo la condicion que él mismo garantizara por escrito la vida del Emperador y la de las tropas estranjeras, en caso que cayeren, junto con Querétaro, en manos de los liberales.

Como me parecia ser un desatino ir á ver á Porfirio Diaz sin *alguna* autorizacion por escrito, rogué al señor Baron de Magnus que me diese algunos renglones para confirmar que era yo en efecto delegada por los jefes estranjeros; pero lo rehusó igualmente diciéndome que sabia otro camino por el cual podia obtener el mismo resultado sin hacer correr peligro á nadie.

Entónces me comunicó que vivia en Méjico una señora Baz, cuyo marido era jeneral en el estado mayor de Porfirio y estaba designado para ser gobernador de Méjico, despues de la toma de la capital; que la mencionada señora mantenia

relaciones continuas con el enemigo, siendo en efecto el espía de los liberales en Méjico; y que, si me dirijiese á ella, sin duda encontraria medios de hacer saber á su marido que yo era una delegada del Ministro y de los jefes estranjeros.

El Baron y yo fuimos en coche á casa de la señora Baz, acompañada del Canciller del Ministro, señor Scholler, quien habla el castellano perfectamente bien y debia servirnos de intérprete para esponer todo á la referida señora con tanta claridad que no hubiera lugar para alguna equivocacion.

La señora Baz era un personaje célebre y gozaba una grande estimacion en el partido liberal por los eminentes servicios que le habia prestado. Ya en el tiempo cuando los franceses estaban todavía en el país, se habia metido frecuentemente al mismo campamento enemigo, bajo diversos disfraces, y sus noticias y advertencias habian sido siempre tan exactas y tan oportunas, que entre los liberales no se llamaba de otro modo que su "ánjel tutelar."

Es una señora de poco más de treinta años, de talle delgado y no muy alta, de rostro ovalado y no muy lleno; tiene hermosos dientes, frente alta y despejada y unos ojos estraordinariamente vivos y expresivos. En sus modales muestra mucha calma y ninguna pretension, aunque se descubre en todo su porte cierta enerjía que nunca disimula.

El Baron Magnus le expuso el objeto de nuestra visita, é igualmente le comunicó las propuestas que yo le habia hecho; tambien manifestó que estaba pronto á tomar por su cuenta todos los gastos por viajes, escoltas y otros fines.

La señora Baz aprobó luego mi plan y aún se ofreció á presentarme á Porfirio Diaz y á hacer todos los esfuerzos posibles para persuadirle que aceptase las condiciones que le proponia, pero me decia que no podia ir antes del dia siguiente, por tener que esperar noticias de su marido.

Por haber prometido al coronel Leon volver al campamento enemigo luego que supiera la opinion de los jefes, y temiendo que sospechase de mí por haber retardado mi vuelta, salí de la Ciudadela y me dirijí á la Casa Colorada donde le encontré.

Me decía que había hablado con Porfirio Diaz comunicándole mi plan y que este habia encargado de nuestro asunto al coronel... á quien yo tendria que comunicar las condiciones de los coroneles estranjeros. Aunque dije al coronel Leon que la misma señora Baz iria al dia siguiente en persona á ver al jeneral Porfirio Diaz, insistió sin embargo en que yo viese al ya mencionado coronel, y fuímos en coche hasta el cuartel jeneral en Tacubaya.

Dicho coronel ya estaba esperándome; pero le dije que volveria el dia siguiente con la señora Baz, y me permitió retornar á

Méjico donde habia prometido estar de vuelta antes de la noche.

Entretanto se habia oscurecido, y cuando Margarita, Jimmy y yo llegamos á la garita, el centinela me gritó: "¡Quién vive!", entonces en mi sobresalto contesté resueltamente -"enemigo" -por equivocacion- en lugar de decir "amigo". El centinela contestó no menos resueltamente con un tiro; la bala silbó encima de mi cabeza sin hacerme algun daño. Temiendo que se repitiese el disparo más eficazmente, me oculté detrás de un arco del acueducto que estaba cerca; y Margarita demasiado medrosa, se echó de rodillas y llamaba en su auxilio á todos los santos del calendario.

A fin de hacer comprender á los soldados en la garita que no era absolutamente un *enemigo*, les grité en alta voz: "¡Viva Maximiliano!" Por mi grande fortuna mandaba el punto de la garita un conocido mio, el anciano coronel Campos quien al reconocer mi voz, salió inmediatamente y se puso iracundo, porque uno de sus soldados habia tirado sobre mí.

Cuando vine en la próxima mañana á casa de la señora Baz, me dijo que no podia tener noticias de su marido sino a las dos de la tarde, y era preciso esperarlas. Al volver á su casa á la hora fijada, supe, á mi pesar, que el jeneral Baz habia recibido en la víspera la órden de ponerse en marcha al cuartel general de Escobedo y que por

tal razon ella no podia acompañarme. Me prometió sin embargo, mandar á Porfirio Diaz un mensajero con una carta en la cual confirmaba que yo era en efecto una delegada del Ministro de Prusia y de los jefes estranjeros. Hice cuanto pude para persuadirle que me acompañase; pero no quiso absolutamente; de modo que tuve que ir sola.

El coronel Leon y el otro coronel nos esperaban con una escolta á la señora Baz y á mí para conducirnos al cuartel jeneral de Porfirio Diaz. Pero yo no me habia mudado de ropa hacia tres dias y teniendo que ir á caballo hasta el cuartel jeneral, distante algunas millas de Tacubaya, me dirijí primero á la casa de la señora Hube. Como no le dije lo que proyectaba, se puso muy enojada conmigo y tanto más cuanto que le habian contado muchos chismes sobre mis acciones. Aunque sentí mucho causar disgustos á la buena anciana, sin embargo, juzgué por más conveniente dejarla creer lo que gustase y le dije solamente que iba al cuartel jeneral; á lo que me contestó sécamente que encontraria á su marido allí mismo.

El coronel Leon fué tan amable que me prestó su hermoso caballo prieto mejicano, y llegué pronto á la Villa de Guadalupe, donde se hallaba el cuartel jeneral. Allí estaban esperando unas cincuenta personas que deseaban ver al jeneral liberal, y entre

ellas el señor Hube, quien me recibió con una cara muy séria. Más cuando le dije que venia en clase de delegada por parte de los oficiales estranjeros para negociar con Porfirio la rendicion, y le supliqué que me sirviera de intérprete, mudó súbitamente sus modales y me elojiaba más de lo que merecia.

Mandé mi tarjeta al jeneral, quien me hizo entrar inmediatamente. El jeneral es un hombre de talle delgado, cara bien formada, ojos negros de azabache y muy intelijentes. Llevaba de uniforme una levita azul con botones de metal amarillo, pantalon azul y bota fuerte.

Me recibió con mucha cortesía y llevándome por la mano me decia que habia sido ya informado por sus oficiales que tendria que comunicarle las condiciones de las tropas estranjeras respecto de la rendicion de Méjico; y que él por su parte estaba dispuesto á oirlas. Al preguntarle si no habia recibido una carta de la señora Baz, me dijo que sí; pero espresó al mismo tiempo el deseo de saber proposiciones más detalladas.

Entonces el señor Hube le hablaba con grande elocuencia, y con mucho sentimiento suplicó encarecidamente al jeneral que aceptara las condiciones que propusimos para que el derramamiento de sangre cesara desde luego. Le ponderaba todas las consecuencias y las ventajas que

tal procedimiento llevaria consigo; y el buen anciano estaba tan conmovido de todo cuanto decia que tenia los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto al jeneral, no le agradaba absolutamente la proposicion de un armisticio de siete dias y -no tenia confianza en mí, como lo supe más tarde-. Creia que yo queria ir á Querétaro á todo precio para llevar al emperador noticias de Méjico, por las que este resolvería tal vez atacar á los liberales. Tambien estaba plenamente convencido de que Márquez aprovecharia el plazo concedido para fortificar la capital.

En tal concepto el jeneral nos contestaba: que no tenia facultades absolutamente para hacer alguna promesa concerniente al Emperador y á las tropas en Querétaro; que él no mandaba sino la mitad del ejército, y que por tanto podia negociar solo y únicamente tocante á Méjico; que no queria aceptar absolutamente la rendicion de la ciudad bajo alguna condicion, estando seguro de conquistarla, ni dejar escapar á Márquez y á otros mexicanos que merecían ser colgados; pero que, si las tropas estranjeras quisieran salir á rendirse, les perdonaria la vida y aún les concederia la libertad permitiéndoles llevar consigo todo cuanto podrian cargar, menos las armas; que los mandaria, á expensas del gobierno, á cualquier puerto para volver á Europa; pero, en caso que yo quisiera ir á Querétaro,

me daria un pasaporte y una carta para Escobedo, á quien deberia dejar libre la determinacion sobre si me concediese ó no la entrada en aquella ciudad.

Eran cerca de las cuatro de la tarde, y despues de haber tomado con el jeneral una taza de café, monté á caballo para volverme á Méjico y saber lo que los oficiales estranjeros habian de contestar á las proposiciones de Porfirio Diaz.

Por estar algunas leguas distante la garita por donde habia salido de Méjico, me resolví á volver á entrar por otra que estaba más cerca; tanto más cuanto que siendo de dia no habia que temer alguna equivocacion. Una escolta me acompañó hasta las postas más avanzadas y despues de haber fijado á mi látigo mi pañuelo á guisa de bandera de parlamentario, me fuí á galope hácia la garita.

Al llegar á un pequeño puente enfrente de la batería de la garita, es decir, tan cerca que podia ver las caras de nuestros soldados, recibí una carga de fusil por el centinela, lo que tomé por una advertencia de hacer alto; y en efecto lo hice esperando que se mandase salir á un cabo y alguna tropa para examinarme. Veia á algunos de los soldados subir al parapeto y antes de poder reflexionar sobre lo que tal vez intentaban, recibí una carga llena. Las balas silbaron sobre mi cabeza y rozaron mis cabellos; otras cayeron en el suelo cerca de mi caballo.

Me puse más bien enojada que espantada, porque era de veras demasiado bobo tirar sobre una mujer sola, ¡como si hubiese sido capaz de tomar la batería! Mi primer pensamiento fué soltar la rienda á mi caballo contra aquellos imbéciles y darles de latigazos; pero al oir detrás de mí la pisada de los cascos de la escolta liberal, la que corria en mi auxilio al oir los tiros, y al ver á los soldados de la trinchera cargar á toda prisa, no queria esponer á nadie á algun peligro solo por causa mia. Así, dí la vuelta; y mi pequeño caballo prieto mejicano voló como una flecha. Aquellos miserables tiraron en efecto aún otra salva detrás de mí, más felizmente sin tocar ni á mí ni á mi caballo.

Supe más tarde que la trinchera de aquella garita estaba ocupada por reclutas indios enteramente bisoños, que probablemente no tenian alguna idea de lo que significaba mi pañuelo blanco; y que además su oficial estaba dándose una pavonada en una taberna próxima, justamente en el momento en que llegué. Márquez, al tener noticia de que se habia hecho fuego sobre un parlamentario -sin saber quien lo habia sido- ordenó poner en arresto á aquel oficial neglijente.

Cinco o seis oficiales liberales vinieron con veinticinco hombres á mi encuentro: todos manifestaban muchísimo cuidado y no quisieron creer que no estaba herida.

No queriendo exponerme otra vez á un fuego graneado, resolví dirijirme á la misma garita, donde el coronel Campos mandaba; y el jeneral Porfirio Diaz tuvo la bondad de darme una escolta de diez hombres. Antes de llegar á la garita á algunas leguas distante, me sorprendió un chubasco que me mojó á tal grado que preferí ir á Tacubaya, donde la señora Hube me recibió con los brazos abiertos, enteramente reconciliada conmigo despues de haber sabido por su marido la clase de aventuras que habia buscado.

El próximo dia, 19 de Abril, era viérnes santo, en cuyo dia no era entonces permitido que salieran á las calles de Méjico ni coches, ni caballos, ni mulas. Mas pareciéndome sumamente preciso recabar del Barón Magnus y de los jefes estranjeros lo que pensaban hacer, me puse en camino á pie, á pesar del fuerte sol que me molestaba bastante en el largo trecho que tenia que caminar.

Primero fuí á ver al Baron Magnus y despues á los coroneles que me decian que no podian aceptar las ofertas del jeneral enemigo, antes de saber la voluntad del Emperador. Entonces les proponia ir á Querétaro, bajo mi única y propia responsabilidad; pero á esto se opuso el Baron de Magnus quien no queria absolutamente que me marchase á Méjico y trataba de persuadirme á permanecer allí á lo menos

algunos dias, mientras que tal vez llegaran algunas noticias ciertas de Querétaro. Por haber prometido a Porfirio Diaz volver prontamente, á mi pesar condescendí con las ideas del Baron. Este parecia abrigar temores de que Márquez habia tenido soplo de los pasos que yo habia dado y mandaria arrestarme á la vuelta.

Cuando estuve en el campamento de los liberales, el coronel Leon me dijo que tenia bajo su guarda un cierto número de prisioneros imperiales estranjeros que habian caido presos en la accion de San Lorenzo y que careciendo de todo lo necesario se encontraban en una situacion lastimosa; agregó que con mucho gusto me daria licencia de traerles ropa y dinero, en caso que pudiera hacer algo en Méjico en favor de los pobres prisioneros. Hablé de eso luego con el Baron Magnus y con los coroneles, y reunimos en el acto entre nosotros cien pesos que me fueron entregados.

No pudiendo aguantar por más tiempo en Méjico, fuí el 24 á ver al Baron Magnus para decirle que estaba decidida á ir á Tacubaya y hacer todos los preparativos para mi viaje para Querétaro, y pedirle sus instrucciones.

En la mañana del 25 el ministro me mandó su coche en el cual fuí conducida hasta la garita. Desde allí caminé hasta la Casa Colorada, donde ví al coronel Leon, á qien dije que llevaba conmigo algun dinero

para los prisioneros. Entonces él mismo me condujo al Castillo de Chapultepec y los mandó llamar. Eran un capitan, Rodolfo Spornberger y algunos cabos y soldados, en total, quince hombres; tenian en efecto sus vestidos hechos jirones y se encontraban en la situacion mas desesperada. Dí al capitán veinticinco pesos y á cada uno de los demás cinco, exigiendo que cada uno pusiera su recibo en mi lista, que está todavía en mi poder, en prueba de que no he olvidado mi encargo.

De allí me fuí á Tacubaya. Al llegar noté en los modales de los prisioneros de los oficiales liberales mucho cambio para conmigo, y al entrar en la casa de Hube, encontré á todos en llanto, y en grande angustia. No sé exactamente lo que habia sucedido durante mi ausencia; pero el 24, Porfirio Diaz había dado una órden mandando fusilar á cualquiera que viniese de Méjico bajo el pretexto de negociaciones; y como yo me encontraba en la misma posición, los buenos Hubes me veian ya en el féretro.

Quise ir al momento á casa del jeneral para disculpar mi larga ausencia; pero la señora Hube no quiso dejarme ir y me detuvo muchas horas. De repente se paró delante del zaguan un carruaje en cuatro caballos y se presentó un oficial, quien me anunció tener la órden de conducirme al instante al cuartel jeneral. El lamento en casa de Hube

era grande; pero tuve que obedecer y despues de haber envuelto algunas piezas de ropa mas necesarias, monté en el carruaje, con Margarita y Jimmy.

Al llegar al cuartel jeneral, un ayudante de Porfirio Diaz me comunicó que tenia yo que salir de Méjico inmediatamente, y me dió un pasaporte con la órden de indicar un puerto donde quisiera embarcarme y á cuyo punto seria conducida por una escolta.

Todo este arreglo no me convenia absolutamente, y resolví que no se efectuaria. Por tal motivo pedí ver al jeneral Porfirio Diaz, porque debia haber alguna mala intelijencia que deseaba aclarar. Pero el jeneral rehusó verme, y el ayudante insistia en mi partida. Mas le declaré resueltamente que no me iria con mi voluntad; que me pusieran cadenas ó me fusilaran, pero que jamás me harian salir del país.

Mi firme resolucion les causaba un gran embarazo y no sabian qué hacer, porque permanecí en el cuartel jeneral desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, sin moverme de mi lugar. Al fin consentí en dejarme alojar en una casa particular con una familia mexicana que me trataba con mucha atención; pero se colocó un centinela delante de la puerta.

El 26 de abril en la mañana un carruaje con cuatro caballos volvió á pararse delante de la casa y el oficial que debia escoltarme,

insistia en mi marcha. No me moví de mi lugar y mandé al jeneral Porfirio Diaz un recado con la súplica de dejarme ir para Querétaro; pero recibí por respuesta una denegacion, y permanecí resueltamente allí donde estaba.

En la tarde vino la señora hube á dejarme algunos vestidos, acompañada del jeneral Baz, quien acababa de llegar de Querétaro y es muy amigo de la familia de Hube.

El jeneral Baz es un señor bastante corpulento con una cara gorda y agradable, ojos pardos claros, pelo castaño igualmente claro, el bigote un poco crespo más claro, lo mismo que la piocha. Es en sus modales muy elegante y espedito, y me hacia más bien la impresion de un francés. Había viajado mucho y era sumamente amable y comedido, con una cierta dignidad en su porte, y aunque era un liberal en cuerpo y alma, disfrutaba la estimacion y el afecto de los dos partidos.

El Sr. Baz, estaba desde luego dispuesto á ver al jeneral Porfirio Diaz y á informarse de él sobre el motivo verdadero de su estremo rigor para conmigo.

Entonces supimos pronto á qué atenernos. Porfirio Diaz decia que yo habia violado mi palabra procurando sobornar á sus oficiales por medio de dinero y de lisonjas, lo cual era un gran crímen; y que era una persona demasiado peligrosa para poderme dejar en Méjico.

Sin embargo, el Sr. Baz arregló el asunto y obtuve al fin de Porfirio Diaz el permiso de irme para Querétaro; pero sin ninguna escolta, dejando completamente al arbitrio de Escobedo permitirme la entrada á aquella ciudad ó despacharme más lejos.

El jeneral Baz, siendo como siempre sumamente afable, hizo todo cuanto pudo para allanarme el camino para Querétaro. Me dió como unas treinta cartas de recomendacion para dueños de haciendas, maestros de postas, administradores de dilijencias, posaderos y oficiales. El Sr. Smith, comerciante y al mismo tiempo director ó inspector principal del ferrocarril, puso á mi disposicion cuatro mulas muy buenas con su cochero; se me ofreció un coche de un color amarillo sumamente claro, que habia servido probablemente ya desde la conquista de coche-simon en Tacubaya.

El camino entre Méjico y Querétaro estaba plagado de ladrones, por cuya razon el viaje de cuatro dias no dejaba de ser bastante peligroso; pero mi buena estrella no me abandonó. Un tal Sr. Parra, que pertenecia al partido liberal y quien con el fin de hablar á Porfirio Diaz acababa de hacer el viaje en tres dias, viendo que no podia lograr su objeto, se resolvió á volver inmediatamente y se ofreció á escoltarme; lo acepté con tanto más gusto, cuanto que tenia consigo á un mozo armado á caballo

y también á un cochero. Porfirio Diaz no tenia por fortuna nada que decir en contra sobre que dicho señor me acompañase. Con mucho sentimiento me despedí de la familia Hube y me puse en camino el 27 de abril. Me acompañaron por supuesto Margarita y Jimmy y tambien mi pequeño revolver de siete tiros que llevaba siempre conmigo.

Las cartas de recomendacion que el general Baz me habia dado, eran de sumo valor para mí. Por todas partes fuí recibido con la mayor afabilidad y hospitalidad y tratada con una estimacion y atencion como si fuese una reina. Para mí, mis compañeros, mis sirvientes y mis mulas se tomaban el cuidado más esmerado y en ninguna parte se queria aceptar paga alguna, lo que no me era desagradable en las actuales circunstancias, siendo así que no tenia más que tres onzas en la bolsa.

Una mañana al amanecer salimos de San Francisco. Despues de haber andado algun trecho, un poco antes de la salida del sol, ví á la derecha del camino, un objeto colgado de un árbol, y plenamente iluminado por los rayos del sol naciente. Saqué la cabeza fuera de las ventanillas del coche para ver lo que era, y reconocí con gran horror, á un oficial liberal de uniforme y bota fuerte y una gorra negra sobre la cabeza y la cara. La sangre escurria del cuerpo hasta el suelo, lo que era una prueba

de que no habia encontrado su muerte solamente por la soga.

Llena de horror y de espanto retiré violentamente la cabeza; pero al mirar por el otro lado del carruaje, ví otro árbol al cual igualmente estaba colgado otro oficial liberal, cuyo aspecto era aún más horroroso.

Supe despues que aquellos desgraciados eran un teniente coronel y un mayor, quienes, despues de haber cometido un crímen horrible contra una jóven, habian echado á tierra á su padre, que enfurecido trataba de vengarla y le mataron despues de haberle arrancado la lengua. Segun la costumbre mejicana fueron fusilados en el mismo lugar donde habian cometido el crímen y quedaron por via de ejemplo, colgados á los árboles por algun tiempo.

Pasó largo rato, antes que pudiera librarme de la impresion que aquella escena horrorosa habia hecho en mí, y que todavía al recordarla me hace estremecer.

Al fin llegamos a Querétaro. Desde la altura de la Cuesta China se podia ver toda la ciudad; pero tambien fuimos vistos desde allí y mi coche amarillo con cuatro mulas y una escolta no quedó desapercibido por los Imperialistas que me habian tomado por Juárez, segun me dijo más tarde el Emperador. Al bajar el cerro para la Hacienda de Hércules perteneciente al Sr. Rubio, para quien tenia una carta de recomendación, esperaba siempre recibir una bala de las baterías de

la ciudad, por hallarme por todas partes á tiro de cañon.

El cuartel jeneral de Escobedo estaba del otro lado, esto es, al lado Norte del Rio Blanco, en la pendiente del cerro de la Cantera. Tenia cartas que entregarle y queriendo tambien saber á qué debia atenerme, me mudé luego de traje y monté un caballo que pude fácilmente conseguir; un albardon no se encontró en ninguna parte y tuve que montar en una tosca silla mexicana de palo, lo cual ni era agradable absolutamente, ni dejaba de tener sus incomodidades peculiares.

El caballero que me habia acompañado desde Méjico, habia ya tomado la delantera para anunciar mi llegada. Cuando mandé mi tarjeta al jeneral Escobedo, salió del grupo de los oficiales allí reunidos un capitan de color rubio, saludándome como antiguo conocido desde los Estados-Unidos, aunque yo no podia recordarle. Era un capitan Enking, quien habia sido teniente de Artillería en la División del jeneral Blenker y que decia haberme servido una vez de escolta al visitar su campamento.

Supe despues que ese jóven se ha jactado de conocerme muy íntimamente, aunque yo no pude recordar siquiera su cara. También más tarde se condujo de la manera más despreciable y parece que jamás ha disfrutado una gran estimacion ni entre sus mismos compañeros, y menos de

parte del jeneral, pues este último rehusó con bastante frialdad los servicios de intérprete que Enking le ofreció, y prefirió mandar llamar para el mismo objeto á un mejicano que sabia inglés.

El Sr. Enking era oficial en la *Legion of honor* americana, y despues de la toma de Querétaro entró con su tropa por fuerza en habitaciones particulares echando mano sobre cuanto era de propiedad de unos oficiales imperiales; por cuyo hecho el jeneral Escobedo le impuso un arresto.

En otra ocasion, cuando rogué al jeneral que me diera un oficial de compañero, mandó llamar al mismo capitan Enking de quien yo sabia que se habia permitido hacer observaciones sobre mí. Rehusé con cólera ese acompañamiento expresando mi sorpresa de que el jeneral me queria hacer acompañar por semejante sujeto. El capitan Enking sé retiró muy confundido, y Escobedo hizo sus disculpas. Parece que tuvo un intento particular al poner á ese caballero enfrente de mí, esperando que le haria un desaire.

El jeneral Escobedo me recibió en una tienda de campaña muy pequeña y estraordinariamente miserable, por todas partes apuntalada por palos y remendada pobremente con tablas y telas de lienzo. Habia en ella una tosca mesa hecha de tablas, y un cajon de palo blanco servia de asiento. El jeneral llevaba un uniforme semejante al que usaba Porfirio Diaz, con

la sola diferencia de que usaba más galones y botones.

Escobedo me recibió con mucha amabilidad. Le dije que habia sabido que mi marido estaba herido y por tal razon le pedí el permiso de entrar á la ciudad á cuidarle. El jeneral contestó que no sabia nada de la herida de mi marido y que no me podia dar el permiso deseado; que todo cuanto podia hacer, era darme una carta para el Presidente Juárez en San Luis Potosí, quien tal vez accederia á mi deseo.

Manifestó conocer muy bien á mi marido y me hizo muchos cumplimientos respecto de él, diciendo que era un oficial sumamente valiente y atrevido, lo que habia experimentado á su propio perjuicio. Prometió tratarle bien, en caso de que cayera en sus manos y permitirme que le cuidara, si estuviese herido.

El jeneral lo dejó á mi arbitrio si queria marcharme en la dilijencia que debia salir a San Luis Potosí en la próxima mañana ó si prefería permanecer en la casa del Sr. Rubio hasta la salida de otra dilijencia. Me resolví por la primera alternativa, considerando que mi permanencia delante de Querétaro ya no tendria ningun objeto. El mismo Sr. Parra, quien me habia acompañado desde Méjico, se ofreció escoltarme tambien hasta San Luis Potosí, pero no quise aceptar su oferta, aunque le quedé sumamente agradecida, y supliqué al jeneral Escobedo me

diera á un oficial suyo de escolta, á cuya solicitud accedió bondadosamente.

La dilijencia salió de un lugar algunas leguas distante de Querétaro y al concurrir allí á las tres de la mañana, se me presentó el Teniente Coronel Aspiroz, manifestándome que era el mismo oficial á quien el jeneral habia encargado de acompañarme hasta San Luis Potosí, y de presentarme al Presidente.

Sin algun accidente llegamos dentro de tres dias á San Luis Potosí, y entregué luego una carta del jeneral Baz al comandante militar de la ciudad, quien me alojó en una habitacion en una casa perteneciente á un señor que era partidario del Emperador.

El Teniente Coronel Aspiroz me acompañó á casa del Presidente. Encontramos allí á uno de sus ayudantes que me introdujo de la mano, como en una contradanza, en una grande sala de recepcion. Aquí el ayudante ceremonioso me hizo una reverencia tan profunda como un acróbata, y me dejó sola con Aspiroz.

Unos pocos momentos después entró el Presidente *Juárez* acompañado de su ministro de justicia, *Sr. Iglesias*, quien habla el inglés perfectamente bien y sirvió de intérprete.

Juárez es un hombre de una estatura más bien baja que mediana, con un rostro muy oscuro y del tipo indio, que queda un tanto desfigurado, ó más bien dicho

interesante por una cicatriz muy grande. Tiene unos ojos muy negros y penetrantes, y hace la impresion de un hombre que medita mucho y reflexiona larga y detenidamente antes de obrar.

Llevaba cuellos parados muy altos, una corbata negra y traje de paño negro.

El presidente me dió la mano y me condujo al sofá, donde por supuesto, Jimmy se habia ya establecido; y me dijo que estaba dispuesto á oir lo que tenia que comunicarle.

El Sr. Iglesias que hizo de intérprete parecia más bien un aleman, peli-oscuro, con anteojos, que un mejicano. Tanto en su esterior como en sus modales, es un caballero en todo el sentido de la palabra; y su cara benévola manifestaba interés.

Conté al Sr. Juárez todo cuanto habia sucedido en Méjico y lo que yo habia intentado para poner fin al derramamiento de sangre; y últimamente le supliqué que me permitiese entrar á Querétaro.

El Presidente contestó que todavía no habia recibido de Porfirio Diaz un informe detallado sobre el motivo que le habia inducido á proceder con tanto rigor contra mí, pero que el jeneral debe haber tenido seguramente buenas razones para considerarme por tan peligrosa; y que antes de estar mejor informado no podia darme alguna respuesta, dejando completamente á mi propio parecer, si queria volverme con

el teniente coronel Aspiroz á esperar su respuesta en casa del Sr. Rubio, o quedarme en San Luis.

Contesté que lo reflexionaria y le daria mi respuesta mañana mismo. El Presidente me dió el brazo y me condujo por toda la pieza hasta las escaleras, donde se despidió de mí con una profunda reverencia.

No pudiendo obtener el permiso de entrar á Querétaro, juzgué por más conveniente permanecer cerca del Presidente donde podia saber siempre las noticias mas recientes y encontrarme por tanto en la posibilidad de obrar eficazmente segun el tenor de ellas. Pero despues de la marcha del Sr. Aspiroz y al acercarse el dia en que la dilijencia debia salir otra vez, cambié de resolucion y me decidí á volver á casa del Sr. Rubio. Por tal razón fuí á ver al Presidente para comunicarle mi nueva determinacion, pero él insistió en que me quedase, porque estaba esperando de un dia á otro la caida de Querétaro.

Por tanto, permanecí quieta en San Luis y supe casi nada de nuevo hasta el 15 de Mayo, cuando de repente el repique de todas las campanas acompañado de salvas de artillería anunció un gran acontecimiento; pero solo hasta el otro dia en la mañana supe por un señor que vino á visitarme, que un coronel López habia vendido Querétaro, por tres mil onzas, á los

liberales, que el Emperador y mi marido habian caido prisioneros, y que el último estaba herido.

Era natural que semejantes nuevas me afectaran sobre manera y fuí luego á ver al presidente para pedirle la licencia de ir á Querétaro. Mas no pude verle, porque estaba comiendo, y por tanto creí más conveniente marcharme sin su permiso. Así lo hice y llegué á Querétaro el 19 de mayo.

Bajé en el hotel de las dilijencias donde todos conocian muy bien á mi marido. Era entre las seis y las siete de la tarde, y por tanto era demasiado tarde para buscar á Escobedo, cuyo cuartel jeneral estaba en la Hacienda de Hércules, que está algo distante de la ciudad.

El otro dia en la mañana, tuve que irme á caballo, porque era imposible encontrar un coche, y no pudiendo conseguir un albardon, monté un caballo ensillado que estaba parado delante de mi puerta y que pertenecia á un oficial enemigo, quien me lo ofreció con mucha política. Así caminé para dicha hacienda, seguida por un mozo indíjena.

El jeneral me recibió con suma amabilidad; me dió la mano y me dijo que se alegraba mucho de volver á verme. Le pedí el permiso de visitar al Emperador y á mi marido; entónces mandó llamar al coronel *Villanueva*, oficial en su estado mayor, quien debia acompañarme á la prision.

Me volví primero á mi hotel para cambiar mi vestido de montar por otro, y me fuí despues con el mencionado coronel al Convento de las Teresitas. Llegamos allí entre las 10 y las 11 de la mañana, atravesamos un patio y subimos unas escaleras muy súcias, donde habia un hedor insoportable. Esto y el ruido de los soldados me causaron una especie de vahido.

Entramos en un pequeño cuarto súcio, donde varios oficiales estaban acostados en el suelo sobre unos petates. Encontré á todos en muy malas trazas: desaseados y desaliñados.

Al preguntar por mi marido un caballerito muy político, Sr. Blasio, me dijo que estaba en el cuarto contiguo al del Emperador y que vendria en el momento.

Apenas hubo acabado de hablar, vino mi marido. No estaba afeitado, llevaba una camisa de muchos dias y tenia unas trazas como si acabase de salir de un basurero, aunque no estaba más desaseado que sus camaradas. Me afectó muchísimo el volverle á ver así y en tales circunstancias; me puse á llorar y casi desvanecida me eché en sus brazos.

Se fué luego á anunciar mi llegada al Emperador, y volvió pronto con la noticia de que este se complaceria en recibirme. El Emperador estaba enfermo y en cama, mas en una situacion semejante cesan todas las ceremonias. Salm me advirtió no hablar

de la muerte del jeneral Méndez, que hacia unas pocas horas habia sido fusilado.

Jamás en mi vida olvidaré aquella primera entrevista con el Emperador. Nunca, le habia visto porque habia siempre acontecido que él estaba ausente de Méjico, cuando yo tenia mi residencia allí.

Le encontré en cama, en un cuarto miserable y desprovisto de todo; parecia muy pálido y enfermo. Me apretó la mano, la besó y dijo que se alegraba mucho de que viniese á verle.

Como no habia sabido nada de cierto ni de Márquez ni de México, tuvo mucho interés en todo cuanto le conté; se enojó muchisímo por la conducta de su jeneral, que se abrogaba unos derechos que no podian concederse á ningun súbdito; puesto que distribuia condecoraciones, como si él mismo fuese el Soberano.

Le informé tambien de mis negociaciones con Porfirio Diaz y con los coroneles estranjeros en Méjico, lo mismo que de mi entrevista con Juárez en San Luis Potosí, lo cual le causó sumo interés.

El estado en que encontré al Emperador, me hizo preguntar á S. M. si no se podrian dar algunos pasos para hacer cambiar aquella situacion desagradable y sobre todo para saber lo que los liberales estaban intentando respecto de él; pues supe que el jeneral Escobedo habia hecho en efecto

una visita al Emperador, pero sin indicarle algo acerca del porvenir.

Por tanto, me propuse hablar al jeneral en nombre del Emperador y procurar que concediese unas condiciones mas razonables. Pensé hacer cuanto podia, para que él viniese á ver al Emperador, ó que le recibiese en algun lugar decente en caso que este se sintiese bastante aliviado para poder salir.

Me pareció de la mayor importancia mejorar la estancia del Emperador y la de mi marido y ante todo comprar alguna blanca que los dos necesitaban mucho pues carecian de todo.

Me volví luego al cuartel de Escobedo, á quien encontré de muy buen humor, porque estaba esperando á su hermana á quien no habia visto hacia muchos años. Me dijo que no podia salir; pero que recibiria al Emperador con sumo placer si este queria hacerle una visita, acompañado de mí y de mi marido.

Mientras que el coronel Villanueva salia á buscar un coche para la visita propalada, me procuraba alguna ropa blanca, con la que volví a las Teresitas.

El Emperador se sintió bastante fuerte para salir, me dió su brazo, y seguidos del coronel Villanueva y de mi marido, bajamos las escaleras, hasta la calle, donde encontramos el hermoso coche del Sr. Rubio y una escolta.

En nuestro tránsito hasta la puerta los prisioneros que habian salido de sus celdas, se pusieron en filas, y todos saludaron al Emperador con la espresion del mayor respeto y amor.

Fuimos en coche á la Hacienda de Hércules, y en un jardin grande y hermosísimo, con una fuente y un estanque en medio, se hallaban reunidos muchos oficiales liberales y otras personas, todas las cuales saludaban respetuosamente al Emperador, que me llevaba del brazo.

El jeneral Escobedo vino á encontrarnos y dió al Emperador la mano. Despues se dirijió con nosotros hácia una calle de árboles ancha, á la derecha, donde se habian colocado asientos para nosotros. Al principio platicábamos sobre objetos indiferentes, pero nuestra conversacion se hacia muy penosa á causa de dos bandas de música que hacian un espantoso ruido musical, ahogando nuestras voces.

Poco á poco llegamos al objeto de nuestra entrevista, y el Emperador dijo al jeneral Escobedo que tenia que hacer en su nombre algunas proposiciones; y él, y el coronel Villanueva se retiraron á fin de arreglar el asunto, cuyos pormenores se podrán leer en el diario del príncipe.

Permanecimos hasta el crepúsculo en el cuartel jeneral de Escobedo, quien nos ofreció refrescos, pero no los aceptamos, y

volvimos á Las Teresitas del mismo modo en que habiamos ido.

El Emperador estaba sumamente abatido, lo que debia atribuirse tanto al estado de su salud, como al bullicio de aquel convento; por cuya razon no podia conciliar el sueño, y tenia un deseo vehemente de tener una casa particular para él y para los que lo rodeaban.

Tuve mucho empeño en cumplir con el deseo del Emperador, y encontré tambien á Escobedo muy dispuesto a nuestro favor, de suerte que ya en la próxima mañana habia hallado una casa muy bien alhajada, de la que una mitad quedaria destinada para las habitaciones del Emperador y de su casa, mientras que la otra serviria de lugar de detencion para los generales.

Pero la buena intencion de Escobedo se desconcertó completamente por las maniobras del jeneral Refujio Gonzalez, un antiguo jefe de gavilla, quien estaba encargado de la guardia de los prisioneros. Este reprobaba á Escobedo que tratase á Maximiliano como á un príncipe, contrariando las instrucciones del supremo gobierno, y que él no podia responder de la seguridad de los prisioneros, si estuviesen alojados en una casa particular.

Escobedo no podia dejar semejantes observaciones desapercibidas, tanto á causa de la disposicion que reinaba entre

sus tropas, cuanto que tambien sabia de muy buena fuente, que el gobierno estaba resuelto á emplear el mayor rigor contra sus prisioneros imperiales. Dejó al albedrio de Refujio Gonzalez procurar otro alojamiento para el Emperador y los jenerales; y dentro de poco tiempo recibieron el aviso de que tenian que trasladarse al convento de las Capuchinas.

El Emperador queria que yo le acompañara en este camino, y el coronel Villanueva salió para pedirle otra vez al Sr. Rubio su coche, que se le concedió inmediatamente.

El Emperador al ser introducido á la pieza destinada para él en el convento de las Capuchinas, se paró en el dintel, diciendo con una voz conmovida: "Por cierto, este no puede ser mi cuarto. ¡Es un sepulcro! ¡Es de mal agüero!"

Era en efecto lo que el Emperador decia; pues aquellas piezas constituian el panteon de las Capuchinas. El coronel Villanueva se incomodó, lo mismo que todos nosotros, y corrió inmediatamente á ver al jeneral Refujio Gonzalez para reconvenirle sobre esta falta absoluta de todo miramiento, la que podia llamarse brutalidad; pero el digno cabecilla contestó: "Sí, ese es *su* cuarto, y allí *debe* dormir, á lo ménos esta noche, para recordarle que sus horas están contadas".

Luego que Escobedo fué informado de esa infamia, mandó dar al Emperador otro cuarto, donde podia salir á un pequeño patio. Tres dias despues, empezó la formacion de la causa, y por esta razon Maximiliano fue separado de los demas prisioneros. El Coronel Villanueva me dijo significativamente: "La cosa se acerca á su fin, *nada mas que la fuga puede salvar al Emperador*".

Me dirijí muy aflijida á mi casa, y encontré al Sr. Bahnsen, vecino de San Luis Potosí, cuya cara lastimera no estaba propia para dispersar mis sentimientos melancólicos. No dormí casi nada en toda la noche; porque no dejaba un instante de pensar en resolver esta pregunta: *¿Qué puede hacerse para salvar al Emperador?* Así continué al dia siguiente, y cuando al anochecer los Sres. Bahnsen y coronel Villanueva vinieron de visita, habia encontrado lo que queria y les pregunté: "*¿Quién quiere ir á San Luis Potosí y pedir a Juárez una próroga?*"

El Sr. Bahnsen se encojió de hombros y dijo "Nadie quiere ir allá. ¡Pedir una próroga! Esto es enteramente inútil. Vd. no conoce á Juárez. Le conozco mejor. No se debe pensar absolutamente en eso".

"Ahora coronel", contesté: "á vd. no puedo ni insinuarlo; pero yo que soy mujer, iré"

"¡*Usted*!" esclamó el Sr. Bahnsen con una risa sarcástica, no muy galante; pero

ni toda su duda ni su mofa me hicieron resistir de mi determinacion y pregunté al coronel: "¿Quiere vd. acompañarme á casa de Aspiroz, para pedirle el permiso de ver al Emperador en esta misma noche?"

El coronel estaba dispuesto. Mi anterior compañero de viaje, el teniente coronel Aspiroz, habia sido nombrado fiscal en la casa del Emperador, quien desde luego habia quedado bajo su vigilancia particular.

Eran las once y media de la noche, cuando llegamos á la habitacion de Aspiroz, que estaba ya acostado; mas Villanueva le despertó. Le comuniqué que queria ir otra vez á San Luis Potosí y le pedí permiso de hablar antes con el Emperador en presencia del coronel Villanueva me lo concedió, no solo con mucha amabilidad, sino aun con una prontitud que me admiraba.

Ya hacia mucho tiempo que habian dado las doce de la noche, cuando llegamos al convento de las Capuchinas. Mi marido dormia; pero estaba vestido aún, y no dejó de asustarse al verme aparecer tan de repente, no pudiendo suponer otra cosa sino que una nueva malísima podia hacerme penetrar en la prision tan á deshoras de la noche; pero al saber lo que se intentaba, lo encontro escelente, y fué inmediatamente conmigo á ver al Emperador, quien desde que fué separado de los demás prisioneros, no habia visto á otra persona que á su médico de cabecera.

El Emperador, no pudiendo menos de agradecer mi buena voluntad, aprobó mi proyecto completamente. Villanueva le dió el consejo de dirigir algunas líneas a Juárez, pidiéndole una próroga de quince dias, para preparar su defensa y consultar con abogados de México. El Emperador condescendió con esta propuesta, y firmó una carta escrita por el mismo Villanueva, á pedimento suyo. Los dos me dieron la instruccion de no entregar dicha carta sino en las propias manos de Juárez, y si no pudiere hacerlo, de no entregarla á nadie absolutamente.

Teniendo que ponerme en marcha inmediatamente, me despedí del Emperador, quien no pudo contener sus lágrimas. Yo igualmente estaba muy conmovida; porque me parecia ver su rostro por la última vez.

Habiendo prometido dar la carta en las propias manos de Juárez, y temiendo que se me pusiesen dificultades para llegar hasta él, juzgué por conveniente procurarme un salvo conducto de Escobedo.

Entre la una y las dos de la mañana cuando me dirijí con Villanueva y con mi criada á casa de Escobedo. Tuve suerte: el general acababa de llegar con el coronel Doria de un lugar de recreo y estaba de un humor magnífico. No me dió solamente la carta que le pedí para Juárez, sino también la órden de que pudiera aprovechar las mulas de posta entre Querétaro y San Luis;

de suerte que volví muy contenta á mi hotel, á fin de preparar mi viaje, para cuyo objeto el Sr. Bahnsen me habia prometido prestarme su carretela lijera.

Pero luego que se trató de cumplir su promesa, el Sr. Bahnsen se retractó. Tuvo miedo de que su carruaje se hiciese pedazos; y llamó mi plan un capricho de mujer descabellado é inútil. Estuve fuera de mí é hice cuanto pude para obtenerlo, lo que al fin logré despues de muchos trabajos y bajo la condicion de que uno de sus sócios mexicanos me acompañase.

Eran ya las cinco de la mañana cuando al fin partimos con cinco mulas y los cocheros correspondientes. Aquellas bestias fuertes, acostumbradas á tirar la pesada diligencia, subiendo cerros y colinas, se pusieron muy briosas cuando sintieron una carga tan lijera tras de ellas; y parecia que tenian el ánimo de cumplir los malos presentimientos del Sr. Bahnsen; pues apenas hubimos hecho una legua, cuando emprendieron un asalto contra un muro de piedra quebrando la lanza.

Mi protector mexicano se puso fuera de sí; y despues de muchos gritos y lamentos inútiles, la lanza fué amarrada con reatas, hasta que pudimos conseguir otra nueva en San Miguel.

De este modo pasábamos todo el camino tan á prisa como era posible, y llegamos sin más accidente á una hacienda,

sita en una distancia media entre San Luis y Querétaro. Era la media noche; yo por mi parte quise seguir adelante; pero aquel hombre de palo á quien el Sr. Bahnsen me habia dado de compañero, decia que estaba cansado y debia dormir; que el camino estaba plagado de ladrones... en pocas palabras, que no tenia ganas de caminar más durante la noche.

Al fin condescendí con ese lloron, bajo la condicion de que nos pusiéramos en camino á las tres de la mañana.

Todos estuvimos listos á la hora prefijada, yo, los cocheros y las mulas; pero mi afeminada y soñolienta escolta, representada en el compañero que me diera el Sr. Bahnsen, no dejó verse en ninguna parte, y los golpes más fuertes contra su puerta quedaron desapercibidos.

Ya habia tomado la resolucion de abandonar á aquel dormilon, cuando el caballerito se presentó de repente á las seis, completamente acicalado y planchado y con guantes de cabritilla, pidiendo con una voz chillona una tasa de café. Esto me violentó tanto, que habria podido hasta matarle; pero me contenté con darle una muerte moral con palabras.

Lelgamos á San Luis entre las seis y las siete, y nos alojamos en la casa del Sr. Bahnsen, cuyas amables hermanas me recibieron con un sincero afecto.

Siempre tenia delante de mí el rostro pálido y melancólico del Emperador, dirijiéndome miradas de gratitud desde su lecho de dolor; miradas que se grabaron en mi corazon cuando me despedí de él, y que parecian recordarme que cada momento que perdiese podia costarle la vida.

No haciendo caso del atavío que tenia, corrí inmediatamente á la habitacion de Juárez, quien no pudo recibirme por estar en acuerdo con sus ministros. Mandó decirme que le enviara la carta del Emperador, lo cual rehusé por haber hecho promesa de no entregarla sino en sus propias manos; pero sí le envié la carta de Escobedo; y me mandó decir que me esperaba á las nueve de la mañana próxima.

Al tiempo prefijado, el hermano del Sr. Bahnsen me acompañó á casa del presidente, quien me recibió otra vez acompañado del ministro de justicia, Sr. Iglesias. Tomó mi carta, la leyó, la dió al ministro y dijo: que el término para la forma-cion de la causa contra Maximiliano, se concluia dentro de tres dias, segun la ley, y que, despues de haber reflexionado madura-mente, habia resuelto que no le era posible conceder la próroga que se pedia.

Entonces me dirijí al Sr. Iglesias hablando en favor del Emperador cuanto pude. Dije que era bárbaro fusilar á un prisionero sin concederle siquiera el tiempo necesario para su defensa y tratar de traidor á un

hombre que habia venido al país con la firme creencia de haber sido elegido y llamado por el pueblo mexicano; que unos dias más ó menos no podian hacer variar las disposiciones del gobierno, y que aun la misma prudencia aconsejaba no festinarse; que meditasen bien las consecuencias; y que no solo la Europa, sino el mundo entero civilizado se indignaria del modo cruel y precipitado con que se procedia en el presente caso.

"Pues, Sr. Iglesias", continué diciendo: "sírvase vd. reservar su determinacion á lo menos hasta las cinco de la tarde; si entonces perseverais en ella, me volveré para Querétaro; y Dios sabe, con cuanta afliccion".

El Sr. Iglesias me acompañó hasta la puerta, y entonces les dije todo lo que mi corazon dictaba para conmoverle. Nada contestó; pero me apretó la mano de un modo que parecia prometerme su ayuda.

Cuando volví á las cinco, vino á mi encuentro con una cara radiante de alegría, y sin decir una palabra, me entregó la órden preciosa, por la cual se concedia la próroga que se habia pedido. Estuve fuera de mí de gozo, y con pena pude detenerme de echarme al cuello de aquel buen ministro. Quise tambien darle mis gracias al Sr. Juárez; pero este no estuvo en casa, ó se mandó negar.

Aunque me dijeron que la órden de la próroga habia sido dirigida por el telégrafo

á Querétaro, tuve impaciencia de volver allá, considerando que muy fácilmente pueden cometerse unos yerros irreparables, y que la órden escrita estaba solo en mis manos. Rehusé el acompañamiento del consabido sócio soñoliento; pero acepté gustosa el de otro más vivo, del Sr. Daus, quien me indicaba ser un compañero de viaje más útil y más agradable; así era en efecto, pues cuando el cochero no arreaba bastante, él mismo se sentaba en el pescante á tomar las riendas.

Las amables hermanas del señor Bahnsen pusieron dentro del coche para el Emperador y los demás prisioneros todo cuanto seria util y necesario; y habrian puesto todo su menaje si se hubiera podido.

El viaje era muy molesto. Las noches eran oscuras y los caminos tan peligrosos que era preciso encender hachas; pero estas se apagaban inmediatamente por los fuertes aguaceros, y teniamos que caminar á pie horas enteras en la oscuridad y completamente mojados. No tenia más que un par de zapatos muy delgados, que se hicieron prontamente pedazos por las piedras agudas. Este viaje y la irritacion consiguiente me causaron un malestar tal que al llegar á mi hotel en Querétaro á las once, hubiera querido recobrarme un poco y arreglar mi tocador; pero sabiendo que el Emperador o habia todavía sabido

nada de la próroga, habria tomado por un crímen el demorarme solo por un minuto, y me fuí inmediatamente, tal como estaba, al Convento de las Capuchinas.

Estaba cansadísima; mis zapatos estaban en pedazos y mis pies desollados, mis cabellos en desórden y mis manos y mi cara sin lavar; en una palabra, debo haber parecido un espantajo; pero era muy feliz y acaso un poco orgullosa del suceso que habia obtenido.

El Emperador se conmovió mucho y me espresó su agradecimiento con las palabras más bondadosas. Ya durante mi ausencia me habia condecorado con la órden de S. Cárlos fundada por la Emperatriz; cuya condecoracion consiste en una pequeña cruz de esmalte blanco, adentro verde, con la inscripcion "Humilitas", y se lleva en un moño colorado.

Despues de haber conseguido la próroga, importaba ante todo aprovecharla para salvar al Emperador. Ya cuando le ví por la primera vez, habia tratado de convencerle de la necesidad de hacer venir de Méjico al Baron Magnus y á algunos abogados; pero entonces me contestó que no queria llamar á nade, por ser enteramente inútil. Mucho menos lo creia conveniente, estando ocupado en un proyecto de fuga inventado por mi marido quien no dudaba del buen éxito, y cuya fuga debia efectuarse luego que los

oficiales sobornados montasen la guardia.

Desde el principio desconfié del buen éxito del mencionado plan, aunque hice cuanto pude para llevarlo á cabo. Era magnífico en sí, pero yo no tenia confianza en la jente que mi marido empleaba. Dos de ellos se habian pasado con los liberales, despues de haber pertenecido al ejército francés; eran unos oficiales demasiado subalternos, y me parecia que no tenian ni la autoridad ni la enerjía necesaria para llevar á cabo lo que prometían, me hacían la impresion de ser unos viles cuyo único y solo interés era sacar dinero. Por tal razon; yo me habia declarado desde el principio en contra, advirtiendo que no se metieran con ellos, é insistí en que el Emperador tratase con personas de más categoría.

No teniendo, pues, mucha fé en el buen éxito de la fuga, obtuve al fin del Emperador la promesa de mandar por el Baron Magnus y otros ministros estranjeros como tambien por algunos abogados de Méjico, y me ofrecí, ir yo misma á traerlos.

Temiendo que el jeneral Márquez mandara á arrestarme en aquella capital, hice que el Emperador le escribiese la siguiente carta.

'Querétaro Mayo 20 de 1867.

Mi querido jeneral.

La dadora de estos renglones es la princesa Salm que ha tenido la bondad de prestarse para ir á México, con el fin de arreglar unos negocios de familia que son de suma importancia, y á hablar al mismo tiempo con los abogados que deben ser mis defensores.- V. proporcionará á la princesa, durante su permanencia en Méjico y para que vuelva á Querétaro, todo lo que necesite llenando en todo sus deseos.- Su afectísimo.

MAXIMILIANO".

Me dió al mismo tiempo una carta para el Baron de Magnus publicada por mi marido y dos cartas para los abogados Riva Palacio y Martinez de la Torre, como tambien unas líneas para el Padre Fischer acompañando la siguiente carta concerniente á su dinero particular, que debia traerle.

Publico dicha carta, porque el dinero mencionado en ella ha desaparecido, sin que nadie pueda decir en qué manos se ha estraviado.

Querétaro Mayo 23 de 1867

Por la presente ordeno á V. se sirva recojer las cantidades siguientes que me adeudan

de la lista civil á saber:

Mesada correspondiente á Mayo último	10.000
Por los gastos de la casa que me acompaña en dicho mes	1,500
Mesada de Abril	10.000
Gastos de la casa	1,500
Parte de la mesada que corresponde á los 15 primeros días de mayo	5,000
Idem gastos id	750
Total:	28,750

Además de esta suma arreglará V. con el Ministro de mi casa don Cárlos Sanchez Navarro, que el saldo ó sobrante de la que se me asigna de diez mil pesos mensuales para gastos de mi casa, una vez pagados estos en los dos meses y medio arriba expresados se agregue á la mencionada de $28,750, y el todo lo entregará V. al cónsul de Prusia en Méjico don Estéban Bencoke, arreglando con él si es posible el que por su valor dé libranzas á favor del comandante de la Corbeta Elisabeth D. W. Groveler á Veracruz, cuyas libranzas le remitirá á este con toda seguridad el mismo Sr. Deneoke.

Querétaro, Mayo 29 de 1867.
MAXIMILIANO

Al secretario del Gabinete, Don Agustin Fischer.

Temiendo mayores dificultades de parte de Porfirio Diaz, más que de Márquez, me dirijí al jeneral Escobedo, para exponerle los motivos que me impulsaban á ir á Méjico, y me dió las siguientes líneas:

Querétaro, Mayo 31 de 1867.
Sr. jeneral D. Porfirio Diaz.
Tacubaya

Muy estimado amigo y compañero:

La Sra. Salm Salm pasa para Tacubaya enviada por Maximiliano para abreviar la venida de los defensores que ha nombrado. A esta Sra. que presentará á V. una carta, atendido su sexo, me he permitido recomendarla no dudando la atenderá V. convenientemente.

Sabe V. la estimacion con que soy de V. su afectisimo amigo y compañero que mucho lo aprecia y B. S. M.

M. ESCOBEDO.

Ya estaba todo listo para mi marcha, cuando inesperadamente me vino de parte de mi marido un impedimento grave siendo así que su plan de fuga habia madurado tanto que el 2 de junio debia ponerse en ejecucion. Ahora, si la empresa tenia buen éxito,

entonces mi viaje para Méjico habria sido inútil; y en caso que la fuga no pudiese efectuarse, ó si los que tenian alguna parte en ella, fuesen cogidos ó heridos, entonces mi presencia en Querétaro podria ser de gran provecho. Tuve con mi marido una pequeña escena delante del Emperador, la que concluyó con que accedí á su voluntad y diferí mi viaje.

Como habia tenido tanta prisa para marcharme, debia temer que se investigara por los motivos de mi demora y que tal vez se formasen sospechas: así, fué preciso hallar un pretexto cualquiera. Para este fin, finjí a Escobedo abrigar grandes temores de que Porfirio Diaz tal vez no respetara su carta, me detuviera ó aún me enviase fuera del país; por cuya razon le suplicaba me procurara del Presidente Juárez el permiso de ir á Méjico y de volver. Aunque Escobedo me aseguraba firmemente que su carta bastaria completamente, insistí en mi determinación, y el jeneral hizo lo que yo queria; encojiéndose de hombros y meneando la cabeza, mandó un telegrama al Presidente en San Luis, y yo no podia marcharme antes de que viniese la respuesta.

El Emperador, estando en la creencia de que me habia marchado á pesar de las objeciones de mi marido, se sorprendió mucho al volverme á ver, y cuando le conté lo que habia hecho Escobedo, se divertia mucho y dijo riéndose: "De veras, mi querida

princesa, si alguna vez llego á estar libre, la hago á vd. ministro de negocios estranjeros".

El 2 de junio recibió el Emperador un telégrama de Méjico, anunciándole que el baron Magnus y los dos abogados se habian puesto en camino para Querétaro. En consecuencia, se difirió la fuga, y mi viaje para Méjico ya no tenia alguna utilidad.

En aquel tiempo residia en Méjico un letrado americano, Mr. *Hall*, quien tenia que arreglar con el gobierno liberal de Méjico algunos negocios para el Sr. Halyday en Nueva York. El Sr. Hall era nativo de California, hablaba el castellano perfectamente, era un escelente jurisconsulto y conocia las leyes mejicanas muy bien.

Recomendé á dicho señor al Emperador, quien, despues de haberle visto, se resolvió á tomarle de defensor junto con los abogados mejicanos.

El Sr. Bahnsen no se sentia bien en Querétaro, desde que temia que por una fuga del Emperador, sea que se lograse ó solamente que quedara intentada, pudiera tener disgustos con el gobierno liberal; y por tanto, se marchó para San Luis un poco despues de mi vuelta.

Apenas hube llegado á Querétaro, traté de persuadir al Emperador para que enviase un correo ó un despacho telegráfico al gobierno de los Estados-Unidos en Washington para solicitar su proteccion. El

Emperador aceptó mi idea y encargó al Sr. Bahnsen le pusiera en práctica. Este dijo poco despues al Emperador, delante de mí y de mi marido, que lo habia hecho; pero en Washington no se ha recibido semejante telégrama; y el mismo Emperador se admiraba á menudo de no recibir alguna contestacion.

Entre la jente que se habia empleado para los preparativos de la fuga, se encontraba un ex-teniente de los liberales, quien inmediatamente despues de haberse marchado el Sr. Bahnsen, se largó con dos mil pesos que le habian sido confiados. Mandé luego un telégrama al Sr. Bahnsen, pidiendole que hiciese detener al ladron; pero solo recibí en contestacion los siguientes renglones anónimos: "Vuestros amigos en San Luis desean que no los comprometais con telégramas, como lo habeis hecho hoy".

El ladron habia estado en casa del Sr. Bahnsen, á quien atemorizó á tal grado que no procedió en su contra; y entonces, satisfecho de su obra, se marchó de San Luis con ochocientos pesos, únicos que le restaban de su robo, segun él mismo decia.

Tuve mucha razon para desconfiar de la jente que mi marido empleaba para llevar á cabo su proyecto de fuga, porque segun mi parecer, no tenian otro interés que el de sacar dinero. Un capitan de caballería, que era tal vez el mejor entre los oficiales que

estaban ganados para nuestro proyecto, vino á mi casa á pedirme 500 pesos, diciendo, que si no se le daban en el momento, no se verificaria la fuga; y cuando rehusé dárselos antes de haber hablado al Emperador ó con mi marido, prorumpió en amenazas. Al saberlo el Emperador, me encargó no darle ni un centavo.

El *Judge* Hall que conocia completamente todo el plan de la fuga, se habia encargado de tener preparados los caballos que habian sido comprados para el objeto indicado. No sé si el mencionado capitan ha llevado adelante algunas de sus amenazas; pero es un hecho, que el Sr. Hall, lo mismo que otros estranjeros, recibieron algunos dias despues la órden de salir a Querétaro, de suerte que yo tuve que guardar los dichos caballos en la caballeriza de mi casa.

La dilijecia en que el Sr. Hall iba para Méjico, fué asaltada; por este motivo envió á su mozo, que era un italiano, á Querétaro con el encargo de recabar por medio de mi influjo una órden de Escobedo para perseguir eficazmente á los ladrones; y al mismo tiempo me pidió uno de los caballos que tenia á mi cargo. Siendo así que Mr. Hall debia saber muy bien que los caballos no me pertenecian y que debian estar listos para un momento dado, no pude creer que él me habia dirijido semejante solicitud, y comprendí que era una suposicion de su

mozo. Por tal motivo, no accedí á lo que pretendia y no me sorprendió mucho cuando supe algunas horas despues que él mismo se habia sacado un caballo de mi caballeriza, bajo el pretesto de obrar por órden mia.

Dí inmediatamente parte del suceso al coronel Villanueva, quien mandó tras él una patrulla que le alcanzó. Puesto en prision, me escribió una carta en que me amenazaba con descubrir todo el plan de fuga que conocia bien por el Sr. Hall, si no le hacia poner en libertad. No hice caso de aquella carta, pero el coronel Villanueva puso á ese bribon en libertad despues algunos días.

El 5 de junio llegó el Baron Magnus con un canciller, el Sr. Scholler, y con los dos célebres abogados de Méjico. Al dia siguiente se presentaron tambien el Baron Lago con su secretario, el Sr. Schmidt y los encargados de negocios de Bélgica y de Italia, Sr. Horriks, y Sr. Curtopassi.

La llegada de los ministros estranjeros no fué provechosa para el Emperador. Estos señores, -segun me parecia á mí á lo menos,- no conocian absolutamente su posicion para con el gobierno republicano. Puede ser que su modo de obrar y el tono que adoptaban, haya sido perfectamente correcto y conforme con su importante posicion, como representantes de grandes potencias; pero parece que habian olvidado una cosa muy esencial, á saber: que no eran ministros

cerca del gobierno liberal, sino cerca de un Emperador, á quien aquel consideraba como usurpador, y le hacia formar causa por alta traicion. Olvidaban además que el gobierno liberal hacia muy poco caso de todas aquellas potencias que representaban, sabiendo demasiado bien que de ninguna de ellas podia temer algo, mientras que estaba bajo la protección moral de los Estados-Unidos, cuyo apoyo se habia hecho sentir bastante fuerte para echar fuera de Méjico á uno de los príncipes más poderosos de Europa.

Cuando el Baron de Magnus, despues de su llegada á Querétaro, hizo una visita al jeneral Escobedo, este le dió á entender que no podia recibirle en clase dé ministro de Prusia, por no haber sido reconocido su gobierno por la Prusia; sino simplemente como al Sr. Magnus, amigo de Maximiliano, y que en tal calidad le facilitaria todo cuanto pudiera desear para adelantar la defensa dl prisionero.

Tengo mis razones para creer que el Sr. de Magnus comprendia su proposicion mejor que los señores sus colegas, y por tal motivo obraba con más acierto.

Fue convenido en que los dos abogados debian continuar su camino hasta S. Luis Potosí, para ver como estaba el estado de las cosas allí y lo que podian hacer eficazmente en favor de su cliente.

Estando informados de que yo habia hablado con los Srs. Juárez e Iglesias respecto de la causa del Emperador, los dos abogados deseaba saber de mi boca, de qué modo aquellos señores se habian espresado; y el Baron Magnus me comunicó que querian hacerme una visita para el objeto indicado. Sabiendo que su tiempo estaba muy limitado, creí mas conveniente ir yo misma para buscarlos.

Les dije que el Sr. Iglesias parecia estar en una disposicion bastante favorable, y que no le disgustaba la idea de un arreglo, segun el cual las potencias estranjeras se comprometieran á pagar un rescate considerable ó á garantizar la deuda de la guerra de Méjico, si se perdonaba la vida del emperador.

Parece que ni el Sr. de Magnus ni alguno de los otros representantes de los gobiernos europeos querian creer posible que los mexicanos osarian formalmente fusilar al Emperador, aun en el caso que fuese sentenciado á muerte.

Aquellos señores, embelesados con su dignidad, creian que los mejicanos republicanos no podian absolutamente comprender esa importancia por no tener mas que unas nociones muy inciertas del poder de los estados de prusia, Austria, Bélgica é Italia, que están mas de mil leguas distantes. Por tanto, que se debia disculparlos, cuando en lugar de verlos

con respeto, tal vez *por ignorancia* (?) - estaban mas bien admirados y divertidos de la importancia que se daban los señores representantes y de sus maneras arrogantes. Siendo ame-ricana, y por tanto, estraña á las ideas europeas, comprendí á los mexicanos mucho mejor que los señores ministros, que ni siquiera en su imaginacion podian des-hacerse del sentimiento de su importancia. Mientras que ellos persistian en la idea de que el gobierno mexicano no osaria cometer una acción que seria condenada y tal vez vengada por todas las potencias europeas, tenia yo el pleno convencimiento de que Juárez y su gabinete no harian algun caso de eso; que la muerte del Emperador era una cosa résuelta, y que solo la fuga podia salvarle.

No era únicamente una idea mia. Habia oido la opinion de mexicanos republicanos que no eran crueles de ningun modo y aun tenian mucha simpatía por el Emperador; todos estaban plenamente convencidos de que seria fusilado.

Cuando yo estaba con el Baron Magnus en el cuarto del Emperador, se hizo mencion de la fuga proyectada. El Baron la juzgo por una locura, diciendo que no seria necesario meterse en una empresa tan arriesgada; dando á entender que una fuga seria una accion indigna del Emperador. Tambien tenia una gran confianza en el buen éxito de negociaciones diplomáticas,

y parecia creer que, si en un caso estremo fuese necesario apelar á la fuga, todavia sobraba tiempo; -y en cuanto á dinero, parece que, segun el mismo Baron, no valia la pena de ser mencionado, no obstante la importancia del artículo; pues indicaba solo de paso que en un caso preciso habria bastante para sobornar á toda la guarnicion.

Parece que también el jeneral Escobedo habia oido hablar de las enormes sumas que los señores ministros estranjeros querian meter en los bolsillos de los oficiales liberales con una prontitud apasionada; así es que tuvo á bien aumentar sus medidas de precaucion. Por tal motivo separó á todos los demás prisioneros del Emperador, de Miramon y de Mejía, y triplicó las guardias. Tambien dió la órden de fusilar al momento á cada prisionero, solo por intentar la fuga.

Antes de la venida de los señores ministros era muy fácil llegar hasta el Emperador; pero ahora debia yo, lo mismo que ellos, pedir un permiso peculiar cada vez que queria verle.

El gobierno austriaco y el gobierno belga deben saber mejor que nadie, si sus representantes han obrado segun sus instrucciones; en cuanto á nosotros y á los mexicanos, nos parecia su conducta muy extraordinaria, pero de ningun modo digna de admiracion. Mucho antes de que las

tropas francesas comenzaran á retirarse el país, habian hecho cuanto pudieron para disuadir á los soldados estranjeros de que se quedasen en Méjico siguiendo el servicio del Emperador, y se conducian y hablaban como si estuvieran completamente del lado de sus enemigos.

Se ha dicho que el encargado de negocios de Austria y su secretario lo aparentaban así para servir mejor al Emperador; pero deben confesar que era una política muy singular é incomprensible para mí.

El Sr. Horricks, encargado de negocios de Bélgica, iba en la política indicada tan lejos, que se expresaba públicamente, delante del jeneral Escobedo y de su estado mayor, del Emperador del modo mas inconveniente. Se permitia espresiones que son sinónimos de tonto; diciendo que el gobierno estaba en su perfecto derecho de fusilarle. El jeneral Escobedo y los oficiales de su estado mayor de entonces confirmaran la verdad de mi asercion, pues varios de ellos manifestaban hácia mí su indignacion por una *política* tan cobarde y tan indecente.

El representante de Italia, Sr. Curtopassi, se conducia mucho mejor que sus colegas de Austria y de Bélgica; hacia á lo menos algunos esfuerzos sérios de servir al Emperador; y si no lograba su objeto, consistia en que obraba solo con promesas

y no con pesos sonantes. -Se dirigió al médico militar mexicano, Sr. Rivadeneira, quien tenia que visitar al Emperador "ex-oficio", prometiéndole diez mil pesos, si conseguia hacer alojar al Emperador en una casa particular, lo que habiamos deseado hacia mucho tiempo, para que la fuga pudiera efectuarse más fácilmente. - El médico, que probablemente no habria resistido á la mitad en onzas de oro, no tuvo confianza en simples promesas, y encontró mas ventajoso comunicar a Escobedo la oferta que se le habia hecho.

Lo que se pedia era una cosa muy sencilla y enteramente lo mismo que yo habia solicitado frecuentemente de Escobedo; de suerte que no fué el pedimento en sí lo que llamó la atención, sino la suma que se ofreció, por la cual se sospechaban algunos pensamientos ocultos y peligrosos; y en consecuencia todas las precauciones se redoblaron.

Ya dije mas arriba, cómo los mexicanos no comprendian la importancia de unos encargados de negocios, y que al principio solo se admiraban y se divertian de su soberbia; pero poco á poco empezaron á enfadarse de las pretensiones que aquellos caballeros hacian y del tono altanero que adoptaban. Yo estaba en buenos términos con todos los oficiales superiores del estado mayor de Escobedo. Mi afecto para el Emperador, el celo que manifestaba para

él y el modo con que me conducia, me granjeaban su estimacion; sabia que la mayor parte de ellos me deseaba, aunque solo en secreto, un feliz éxito en mis empeños. De ellos supe muchas cosas ocultas para otros, como, por ejemplo, que la intervencion y el modo e conducirse de los representantes estranjeros, no solo eran estériles, sino nocivos y apresuraban la catástrofe; así es que nada sino la fuga podria salvar al Emperador - esto me fué mas de una vez dicho al oido por mas de uno de aquellos oficiales.

Por tal motivo hable al Emperador muy seriamente, pero él parecia estar contajiado de la confianza demasiado grande de los representantes estranjeros, lo que calificaban mis temores de flaquezas de una mujer tímida, y no miraba el porvenir con los ojos tan tristes como lo hacia antes de la llegada de ellos. Mas no pudo dudar de mi sinceridad ni de mi buena voluntad, ni dejar de tener alguna confianza en mi juicio y en mi jénio observativo, lo que le indujo á prestar á lo menos oido á mis propuestas.

Hacia mucho tiempo que me esforzaba en convencerle de la necesidad de tratar respecto de su fuga, no con unos oficiales subalternos, sino con los jefes. Ya habia ganado á uno de ellos, á saber, al coronel Villanueva, quien tenia el mando de todas las guardias en la ciudad. Villanueva tomaba

el mas vivo interes en la suerte del Emperador y consideraba como una desgracia para su país, si su gobierno le mandaba fusilar. Por tal razón estaba dispuesto á ausiliar su fuga. Rehusaba recibir algun dinero para sí, aunque era bastante pobre y tenia unas hermanas que mantener, confiando solo en que el Emperador deberia llevarle consigo á Europa y asegurarle su porvenir.

A pesar de todo eso me decia que él solo no podia efectuar la fuga, y que era preciso ganar al coronel *Palacios* quien tenia el mando superior en la misma prision.

Para este objeto pedí la suma de $100000, que el Emperador debia coloca en el banco del Sr. Rubio, sobre quien se podia jirar en caso necesario, pues dije al Emperador segun mi antigua esperiencia, "dinero efectivo es una cosa absolutamente necesaria, si se quiere tratar con americanos".

El Emperador contestó que no importaba nada la cuestion del dinero, puesto que tanto el Baron de Magnus como los demás ministros estranjeros le habian asegurado que sumas de cualquier importe que fuesen, estaban á su disposicion.

¡Era en efecto una cosa rara! Al fin de cada palabra estaba pegada una onza de oro, -pero en las yemas de los dedos ni siquiera un miserable peso! Bien se puede comprender que me impacientó y me llenó

de indignacion solo el pensar *que por esa miserable mezquindad de los representantes estranjeros ha muerto el Emperador*!

Era una desgracia que el Baron Magnus se hubiese ya marchado para S. Luis Potosí, pues es probable que él mas que cualquier otro se habria procurado dinero. Los dos abogados en San Luis le habian llamado por el telégrafo, por haber vislumbrado alguna esperanza de que el gobierno se inclinase á un arreglo. El Emperador no quiso separarse de él como él mismo me decia delante del Dr. Basch, por tener mas fé en el Sr, Magnus que en cualquier otro de los demas representantes estranjeros, y porque deseaba tener un hombre de confianza á su lado, y cuando le hice la observacion que no se podia hacer nada sin dinero, mandó llamar al Sr. Baron de Lago, el encargado de negocios de Austria, quien no se habia dejado ver hacia dos dias. El buen Baron pertenecia segun creo, á la raza demasiado esparcida de las liebres, aunque habia sido de parecer que *no se podia* fusilar al Emperador, se habia vuelto en los últimos dias notablemente tímido y temia ya que los *"bribones"* republicanos no solo fusilarian al Emperador, sino aun á su persona sagrada.

El pobre Emperador estaba en efecto en una situacion muy apurada, y lo sentia. Cuando le dije que los coroneles estranjeros, y entre ellos mi marido, tendrian que salir

dentro de poco tiempo de Querétaro, y que entonces yo me veria precisada á partir con él, se afectó mucho y me dijo: V. es la única persona que ha hecho efectivamente algo por mí. Cuando V. se haya ido entonces estaré de veras abandonado! Para evitarle este dolor, mi marido convino conmigo en que presentaria su despacho de jeneral, con el fin de quedarse en Querétaro.

Ya estaba acercándose el dia en que el Emperador, Miramon y Mejía tenian que comparecer delante del consejo de guerra que debia celebrarse en el Teatro, cuyo edificio estaba compuesto para este objeto, como si fuese para una fiesta. No pudiendo soportar la idea de que el Emperador, débil y enfermo como estaba, quedaria espuesto á la vista pública hice cuanto pude, en la víspera del consejo de guerra, para persuadirle á no ir allá y á tomar para este fin en la mañana algun medicamento que le hiciese aparecer mas enfermo de lo que estaba en efecto. Tampoco le agradaba á él la idea de presentarse en el Teatro; mas temia que lo obligaran con la fuerza; sobre este punto pude tranquilizarle, por haber ya acordado todo con el coronel Villanueva.

Cuando llegué á las nueve de la otra mañana al Convento de las Capuchinas, los reos salieron y se encaminaron hacia el coche que les esperaba; mi corazon latia de miedo de ver tal vez tambien al Emperador; pero habia seguido mi consejo y no vino. El

jeneral Miramon tenia un aire alegre y risueño, como si fuese al baile, mientras que el pobre Mejía estaba muy abatido.

Entregué al Emperador una carta de mi marido en la que le rogaba encarecidamente no perder mas tiempo en esperanzas fútiles, sino que desde luego se preparase para la fuga, cuyo plan esplicaba en la misma carta.

Entonces comuniqué al Emperador que ya habia arreglado todo con Villanueva, de manera que este debia conducirle fuera de la prision, donde estaria lista una escolta de 100 hombres para acompañarle á la Sierra Gorda, y de allí hasta la costa.

El Emperador aprobó el plan, pero insistia en que yo le siguiera de cerca y á caballo, junto con el Dr. Basch, puesto que temia ser traicionado y tal vez asesinado por la propia escolta; y para prevenir tal crímen deseaba tener á su lado á una señora, cuya presencia quizás impondría á los que atentaran contra su vida.

Dije despues al Emperador que me habia comprometido á ganar al coronel Palacios, quien estando encargado de la guardia del Convento se paseaba todas las noches delante su cuarto para cumplir plenamente con su deber; pero no dejé de advertir que, á fin de lograr mi objeto era preciso tener dinero a mi disposición.

El Emperador vió al fin su posicion en su verdadera luz y estaba bastante

arrepentido de haber dejado pasar tanto tiempo inútilmente sin haberse procurado el dinero necesario. Aunque no tenia absolutamente nada, me dijo sin embargo que haria los últimos esfuerzos para encontrar los medios necesarios.

Cuando le volví á ver, le encontré desesperado. No podia obtener el dinero necesario para sobornar á los oficiales; y para suplirlo me ofreció dos letras de cambio, cada una de cien mil pesos, jiradas sobre la casa imperial y la familia imperial en Viena, prometiendo al mismo tiempo mandarme, precisamente hasta las nueve de la noche, cinco mil pesos, cuya cantidad se necesitaba, sea para entregarla á Palacios para los soldados, ó para que yo misma la distribuyera entre ellos.

Hasta aquel tiempo no habia hecho todavía ninguna revelación al coronel Palacios, y solo Villanueva y yo habiamos convenido en que yo saliera de la prision á las ocho de la noche, y cuando Palacios como de costumbre, me acompañaba le deberia detener hasta las diez.

No vivia entonces en un hotel sino en una casa particular perteneciente á doña Pepita Vicentis, viuda de un señor del partido nuestro, muerto durante el sitio.

El jeneral Echeagaray vivia en la misma casa. Aquella señora anciana era muy buena para con nuestros prisioneros,

á tal grado que asistia de balde á quince de ellos, durante su cautiverio.

Me quedé con el Emperador hasta las ocho de la noche y tuvimos una conversacion muy larga y muy interesante, S. M. me dió á conocer los cuidados y pesares secretos que tenia; me inició en las relaciones íntimas de su familia manifestándome sus proyectos para el porvenir, en caso que volviese á Europa. Hablaba con la mayor ternura de su madre para quien me encargaba muchas espresiones y otras cosas en el caso que yo sola viniese á Viena.

Esta conversacion me enterneció mucho y tuve el vago presentimiento de que veia al Emperador por la última vez.

Cuando eran cerca de las ocho, el Emperador me dió su anillo para sellar, encargándome que si mis empeños con Palacios quedaban estériles, este mismo coronel lo devolviera en la misma noche.

Me despedí del Emperador con mi corazon oprimido y con poca esperanza: tenia sobre mí una tarea sumamente difícil y me encontraba solo con medios muy insuficientes para llevarla á cabo - á saber, con dos hojitas de papel, cuya significacion apenas podia comprender la persona con la cual tenia que tratar.

El coronel Palacios es un indio que sabe apenas leer y escribir, pero es al mismo tiempo un soldado valiente; se habia distinguido en varias ocasiones y habia

sabido granjearse la confianza particular de sus superiores que le empleaban de *capitan preboste*, el que, segun el diccionario de la lengua castellana, es el oficial nombrado para formar causa á los malhechores y conducirlos al suplicio. Tiene una mujer jóven, que hacia poco le habia dado á luz un niño que amaba mas que á sí mismo. No poseía ninguna fortuna, y por tanto yo abrigaba la esperanza de que con asegurar á su hijo su porvenir, le haria entrar en mis proyectos.

El coronel me acompañó á mi casa, y entonces le convidé á pasar á mi sala. Empezé luego á hablar del Emperador, para saber cuál era su opinión acerca de él, ó si yo podia abrigar alguna esperanza de un buen éxito en mis empeños.

Me dijo que habia sido un gran enemigo del Emperador; pero desde que le custodiaba y presenciaba que su conducta en la desgracia era tan buena y tan noble, y desde que veia frecuentemente sus buenos ojos azules, sentia hácia él no solo el mayor interés, sino cierto afecto y mucha admiracion.

Despues de esta conversacion que solo servia de introduccion y duraba poco mas ó menos veinte minutos, me hice, aunque temblando, el ánimo de hablar del asunto que me importaba.

Fué en efecto un negocio de la mayor importancia, de que dependia la vida o la

muerte de un hombre bueno y noble, quien me honraba con su amistad, y era mi Emperador. Dije que tenia que darle parte de un asunto de la mayor importancia, tanto para él como para mi; pero antes de hacerlo, me deberia no solo empeñar su palabra de honor y de caballero, sino jurar por la vida de su mujer y de su hijo, que jamás descubriria á nadie lo que le diria, aun en el caso de que no condescendiese con mis proyectos.

Me dió la palabra de honor que le pedí, y prestó el juramento mas solemne por la vida de su mujer y de su hijo, que amaba mas que todo en este mundo.

Entonces le dije: que no me cabia duda de que el Emperador seria condenado á muerte y fusilado, si no se fugaba; no negó la certeza de aquella apreciacion. Seguí diciéndole que tenia ya preparado todo para la fuga, la que debia efectuarse en la misma noche, en caso que él consintiese en disimular por unos diez minutos; que sin él no podia hacerse algo, puesto que estábamos todos en sus manos, y de él solo dependia la vida del Emperador; que únicamente por lo apremiante de la actual situacion me veia en la precision de hablar francamente con él. Llegué al punto mas delicado, el del dinero, y lo traté de la manera siguiente: Sabia, dije, que él era muy inseguro en los actuales tiempos de turbulencia; y que no se presentaria otra

vez una tan buena oportunidad, como ahora, para asegurarles un sustento por toda su vida, pues siendo así que se le ofrecia una libranza de $ 100,000, girada sobre la Familia Imperial de Austria, además unos 5,000 pesos en efectivo, cuya cantidad se le entregaria inmediatamente para su tropa. Continué diciendo: que lo que se le proponia, no era absolutamente en contra de su honor, puesto que con aceptarlo sólo serviria á su patria del mejor modo que podia, pues la muerte del Emperador llamaría á todo el mundo en armas contra México; mientras que si protejia, la fuga de manera que saliese del país, ninguna potencia europea se mezclaria mas adelante en los negocios interiores de México. Hablé aun mucho mas; y á todo prestaba mucha atencion. Ví bien en su rostro el que estaba demudándose continuamente, que sostenia una fuerte lucha consigo mismo.

En seguida tomó la palabra; poniendo la mano sobre el corazon, me aseguró que sentia de veras el mayor interés por Maximiliano y que en efecto creia que seria lo mejor para Méjico dejarle escapar; pero no podia resolver en cinco minutos una cosa tan importante, y que de ningun modo aceptaria la dicha libranza, aun en el caso que consintiese en la fuga.

Sin embargo, la tomó en mano y la miraba con curiosidad. Probablemente el indio no podia familiarizarse con la idea de

que un tan pequeño pedacito de papel con algunos garrapatos daria la seguridad de una vida sosegada para su mujer y su hijo: un bolsillo con oro habria hablado un lenguaje mucho mas persuasivo.

Me devolvió la libranza, diciendo *no*, que no podia aceptarla; que reflexionaria en la noche y me diria el resultado al otro dia en la mañana.

Le mostré el anillo del Emperador diciéndole lo que significaba y le rogué lo entregase al Emperador aun en la misma noche. Lo tomó, se lo puso al dedo; despues de un rato se lo quitó diciéndo que no podia aceptarlo, y que debia meditar todo maduramente. Se confundia hablando de su honor, de su mujer y de su hijo.

"Veo ahora, coronel, le dije, que vd. no ha resuelto todavía Medítelo vd. bien y recuerde su palabra de honor y su juramento. Vd. sabe que nada puede hacerse sin su auxilio, y que seria enteramente inútil descubrirme".

El coronel Villanueva que estaba naturalmente muy ansioso de saber inmediatamente el resultado de mi conversacion, se presentó luego, y un poco mas tarde vino el Dr. Basch -pero sin 5,000 pesos-, para informarse del éxito de la conferencia. Luego que Palacios se hubo ido, dije al doctor que la fuga no podia efectuarse esa misma noche, pero que al dia siguiente tendria una certeza. Al mismo tiempo

entregué al doctor el anillo del Emperador.

Parece que Palacios meditó sobre mis proposiciones hasta la media noche. Despues tomó su resolucion; fué á ver á Escobedo y le descubrió todo.

Antes de levantarme en la mañana, mi casa estaba ya cercada de guardias. Todo el mundo tuvo permiso de entrar; pero el que salia era arrestado. Esta suerte tuvo el Dr. Basch, quien sin sospechar algo de malo, vino enviado por el Emperador que temia me estafasen aquellas dos libranzas, con el fin de presentarlas, cuando ya estuviera fusilado. A efecto de frustrar semejante engaño, me mandó el siguiente papel escrito de su propia mano, el cual agrego en el original como autógrafo.

'Querétaro, Junio 13 de 1867.

Las dos letras de cambio de *cien mil pesos* cada una, que he jirado con fecha de hoy en favor de los coroneles *Palacios* y *Villanueva*, para ser pagadas por la familia Imperial de Austria en Viena, son solamente válidas desde el mismo dia en que me hallare completamente a salvo por el auxilio de los dichos coroneles.

Maximiliano'.

Dos criados del Emperador vinieron con el mensaje de que deseaba hablarme al momento. Supe ya que Palacios habia

faltado a su palabra de honor y á su juramento, y que el Dr. Basch habia sido arrestado, porque un oficial del Estado mayor me lo comunicó en una nota que destruí luego.

Me preparaba para salir fingiendo que todo lo ignoraba. Al salir de la casa, se me acercó el general Refugio González con una sonrisa maliciosa, diciéndome que el general Escobedo deseaba verme sin pérdida de tiempo. Le contesté que ya estaba para hacerle una visita.

Hacia algun tiempo que el cuartel general habia sido trasladado de la hacienda de Hércules á la ciudad y se encontraba solo á unos pocos pasos de mi casa en la misma calle.

Al llegar allí fuí introducida á una gran sala de recepcion, donde encontré muchos oficiales. Algunos de ellos parecian estar de muy buen humor, como si esperasen una escena interesante; otros me miraban con cierto interés; y uno me dijo al oido: "todo se ha perdido".

Despues de algun rato vino Escobedo. Tenia un aire tan sombrío como un nubarron y dijo con tono sarcástico: que el aire de Querétaro no parecia serme agradable, porque era e efecto muy malo.

Le aseguré que jamás me habia sentido con mejor salud; pero él insistió en que yo tenia un semblante muy enfermo, y que por tal motivo habia dado la órden de poner un

coche y de tener lista una escolta para conducirme á San Luis Potosí, donde me sentiria mucho mejor.

Le dije que no tenia ganas absolutamente de ir allá y que le agradecia mucho sus atenciones.

Ya no pudo aguantar por mas tiempo, y prorumpió en cólera, diciendo: que encontraba muy mal hecho de mi parte y contrario á todo sentimiento de gratitud y de honor, que, despues de las bondades que me habia mostrado, yo habia tratado de sobornar á sus oficiales, poniéndoles en una posicion sumamente penosa.

"No he hecho nada, jeneral, le contesté, de que tenga que avergonzarme, y que vd. mismo en mi posicion, no habria dejado de hacer lo mismo".

"No queremos hacer averiguaciones, señora, pero deseo que vd. salga de Querétaro".

"Vd. no ignora general, respondí, que estoy ahora completamente impotente y que el Emperador está perdido. Pero mi esposo está aquí esperando que le formen su causa; por tal razon le ruego que me deje aquí. Métame vd. á la cárcel, ó mándeme poner centinelas de vista: le ofrezco á vd. estar quieta".

El jeneral no quiso oir nada; estaba demasiado incómodo y dijo: que segun lo que yo habia hecho hasta ahora, no podia

estar seguro de que yo no asesinase á sus oficiales.

Esto me indignó y le contesté que no tenia razon alguna para pensar tal cosa de mí, aunque yo deseaba salvar á mi esposo y al Emperador.

Su contestacion fué que me fuese, bien escoltada, á hablar por sus vidas al Presidente en San Luis, pero que no podia quedar aquí; y agregó diciendo que yo no era la única persona que habia de salir de Querétaro, pues ya los ministros extranjeros habian recibido la misma órden.

"Pero, jeneral, repliqué, le aseguro a vd., que los ministros no tenian que hacer ni lo más mínimo con mi proyecto; y nunca se habrian atrevido á apoyarlo".

"Lo sé; dijo desdeñosamente, y justamente porque son tan cobardes, deben *largarse* cuanto antes".

"Pero, jeneral, contesté, el Emperador que-da entonces completamente abandonado y no tiene á nadie que le asista en sus últimas disposiciones".

"¿En qué pueden unas viejas, servir á un hombre?" exclamó, "¡bonita jente, son esos embajadores! Dos de ellos ya se han huido, abandonando todo su equipaje".

Esos dos representantes tímidos eran, por supuesto, el de Austria y belga. Todos los oficiales de Escobedo se mofaron de ellos, y el mismo jeneral me dijo despues en México, "que si uno de esos menguados

le hubiese pedido el permiso de ver al Emperador para despedirse de él, no lo habria negado". Pero esos caballeros no hicieron ni siquiera una tentativa, y el Baron Lago tenia la cabeza tan completamente perdida que se llevó consigo el codicilo que el Emperador habia añadido á su testamento, sin esperar que éste lo firmase.

Naturalmente no tengo los menores escrúpulos en decir que encontré la conducta de esos caballeros sobremanera miserable; pero en caso que ellos ó cualquier otro pusiera en duda que el jeneral Escobedo se haya expresado tan poco diplomáticamente respecto de esos diplomáticos, me refiero al mismo jeneral, quien, creo, no es hombre para negar lo que ha dicho, y tambien á todo su Estado mayor, principalmente al coronel Doria.

Al fin conocí que, por lo primero, no pude hacer otra cosa que conformarme, y salí de la casa de Escobedo, no con el mejor humor, como se puede comprender. Ví ya un carruaje con cuatro mulas parado delante de la puerta de mi casa; me dirijí allá, naturalmente pensando que se me dejaria á lo menos tiempo para hacer los preparativos mas necesarios para mi marcha; mas en el momento en que iba á abrir el zaguan para entrar á mi casa, el capitan que me servia de escolta, cerró la puerta estrepitosamente é hizo un ademan, como

si quisiese retenerme por la fuerza. Solo al pensarlo me enfurecí tanto que me sentí demudar el color; con la velocidad del relámpago tomé en mi mano el pequeño revolver que llevaba siempre en la bolsa, y lo dirijí sobre el pecho del capitan asustado, á quien grité: "capitan, tóqueme vd. solo con un dedo, y vd. será muerto".

El capitan se disculpó diciendo que no pensaba en querer emplear la fuerza; pero que el jeneral Escobedo le habia hecho responsable de mi persona, con la órden extricta de no perderme de vista. Mi contestacion fué invitarle á subir conmigo; porque debia dejarme algun tiempo para hacer mis preparativos y para embaular. El capitan volvió á hacer objeciones; pero llena de cólera le dije con impaciencia que se saliera cuanto antes, porque yo queria y debia subir. Dicho esto, entré en la casa y subí las escaleras, con el revolver en la mano: el capitan siguió tras de mí.

Ante todas cosas quise ganar tiempo, esperando que mientras tal vez aconteciera alguna cosa que diera á todo el asunto un jiro diferente; por tanto, manifesté que ni yo ni mi criada sabiamos empaquetar, pidiendo al capitan el favor de buscar á alguno que lo hiciera.

El pobre oficial ya no sabia qué hacer, y juzgó conveniente mejor volver al cuartel jeneral de Escobedo, para preguntar lo que debía hacer.

Cerca de una media hora despues volvió con una escolta de seis hombres, diciéndome que el jeneral le habia recibido muy mal amenazándole que le mandaria arrestado, si no me hacia salir de la ciudad; que tenia la órden de acompañarme hasta Santa Rosa, al lado de la Sierra Gorda, y de meterme en la dilijencia que pasa por allí para San Luis Potosí.

Entonces conocí que una resistencia mas prolongada podria tener malas consecuencias y empecé á embaular, cuando un criado del Emperador vino con el mensaje de que S. M. deseaba verme en el momento. Supliqué al capitan que me dejase escribir algunos renglones al Emperador; mas lo rehusó, y el criado tuvo que salir del cuarto.

Induje al capitan á manda preguntar á Escobedo, si podria despedirme de mi marido; pero tambien esta gracia me fué denegada, y solo despues de alguna disputa me permitió mandarle algunos renglones que le llevó mi moza india. Salm, no comprendiendo nada de lo que me pasaba, me envió una esquela bastante imperiosa, dándome la órden de que fuese luego á verle.

Concluido el empaque, subí al coche, seguida por mi recamarera margarita con un baul pequeño, y por mi falderillo.

He olvidado hacer mencion de que el coronel Villanueva habia venido á verme

hacia un rato, y que le entregué las dos libranzas mencionadas suplicándole que las devolviese al Emperador, dando al mismo tiempo una explicación del estado actual de las cosas, tanto a S. M. como á mi marido.

No sé si el coronel trajo al capitan alguna instruccion de parte de Escobedo; pero sucedió que luego que subí al coche, y ya que el cochero iba á arrear, el capitan le gritó. "Al cuartel jeneral".

Al oir estas palabras dí un brinco fuera del coche y encima de Margarita, de Jimmy y del baul y me opuse con toda mi fuerza á ir allá á ver á Escobedo; diciendo que no tenia ningunas ganas de esponerme otra vez á la mofa y sarcasmos de sus oficiales, y que él mismo podria venir á mi casa, si deseaba hablarme.

El capitan volvió con la misma centinela de sus instrucciones; y yo declaré que solo por la fuerza podria llevarme delante de Escobedo. Al fin el coronel Villanueva se interpuso é hizo que el capitan aguardase hasta que él mismo volviera del Cuartel jeneral. Esto sucedió pronto: yo salí con la mia, subí otra vez al coche y partí de Querétaro.

Me alojaron en Santa Rosa, en una pieza decente, en una hacienda perteneciente á un liberal cuya familia me trataba con la mayor atencion y afabilidad. En la dilijencia que pasó por allí en la proxima mañana, encontré ya dos asientos

tomados para mí y un oficial vestido de paisano. Este caballero se contentaba con no perderme de vista: nunca habló ni una sola palabra conmigo; de suerte que ninguno de los demás pasajeros pudieron sospechar siquiera que habia una cierta relacion entre los dos.

Hasta entonces habia yo estado naturalmente incomodísima contra el jeneral Escobedo; pero reflexionando bien en lo que yo trataba de hacer y que no era nada condescendiente, debo reconocer, con el mayor agradecimiento, que he sido tratada de veras con la mayor cortesía y consideracion, no solo por el jeneral Escobedo, sino por el mismo Sr. Juárez y por sus ministros; en una palabra, con raras escepciones, por todos los mexicanos con quienes estuve en contacto. Aún en los Estados-Unidos, donde las señoras disfrutan unas prerogativas considerables, habria indudablemente sufrido, en igualdad de circunstancias, un trato muy diferente; y estoy cierta de que varias señoras confederadas confirmarán mi asierto.

A nuestra llegada á San Luis Potosí, desapareció mi guarda. Me alojé en un hotel y mandé llamar al Sr. Bahnsen, quien tuvo la bondad de ofrecerme su casa. Quise hablar al presidente, aun en la misma noche; pero recibí la órden de presentarme en la mañana siguiente: mas cuando fuí le hallé tambien demasiado ocupado para recibirme,

y me mandó al Sr. Iglesias, á quien conté todo cuanto habia motivado mi destierro para San Luis.

El Sr. Iglesias dijo: que no ignoraba que habia en Querétaro hartos bribones que se podrian cosechar; dejando al mismo tiempo entender que mi proyecto habria tenido buen éxito, si hubiese tenido dinero efectivo en lugar de papel.

Cuando le supliqué en el curso de la conversacion, que me dijese con toda franqueza, si él mismo no se habria alegrado en su interior cuando hubiera sabido que el Emperador se habia escapado, contestó sonriéndose que en efecto habria sido así.

Hablé con él sobre la situacion de mi marido, y de los temores que tenia respecto de él, preguntándole si era absolutamente imposible obtener para mí el permiso de volver á Querétaro, á lo menos con el fin de estar cerca de él. El Sr. Iglesias me dió el consejo de esperar hasta la ejecucion del Emperador; mas no pudiendo resistir á mis instancias de ver al Sr. Juárez, me citó para las cinco de la tarde.

Aunque habia hecho de mi parte cuanto pude para salvar al Emperador, el Sr. Juárez me recibió como de costumbre. Yo misma empecé á hablar de eso, á lo que me dijo que sabia todo, esquivando una respuesta á la misma pregunta que habia hecho al Sr. Iglesias; pero en todo se dejó traslucir

que la fuga del Emperador no habria sido una cosa enteramente desagradable para él.

El Sr. Juárez me dijo que debia resignarme á quedar en San Luis, bajo vijilancia. Al hablar de mi marido y del Emperador, el presidente me manifestó que tenia algunos temores de no poder hacer nada por el último, pero que, en cuanto á mi marido, podia yo estar enteramente tranquila respecto de la suerte que le tocase, pues aunque no pudiera hacerse nada por el momento y tal vez recayese una sentencia de muerte, me empeñaba su palabra de honor que no seria fusilado.

El Emperador habia sido condenado á la pena de muerte mientras que yo estaba caminando, y debia ser fusilado dentro de tres días. El Sr. Baron de Magnus estaba en San Luis cuando llegué: salió de la última audiencia que obtuvo del presidente con la conviccion de que no se podia salvar al Emperador; pero con todo, solicitó una suspencion de la ejecucion por unos tres días, á lo que el presidente accedió, únicamente como decia, porque el Sr. Magnus lo deseaba y para que no se pudiera culparle de una precipitación inusitada ó de un rigor estraordinario, aunque no podria en nada alterarse la misma sentencia; el ministro de Prusia estaba tan plenamente convencido de esto, que al marcarse á Querétaro, llevó consigo á un médico de

San Luis, con el fin de hacer embalsamar al Emperador.

Durante todos estos días yo estaba casi fuera de mis sentidos: de día y de noche revolvia el pensamiento de si no habria alguna posibilidad de salvar al Emperador. Veia varias veces al Sr. Iglesias; pero cada vez que me separaba de él, me iva con la firme conviccion de que nada podia salvarle. Mas como la esperanza nunca muere, traté de ganar otra suspension por ocho días, hasta que hubiera recibido una respuesta del Presidente Jonhson, á quien conozco muy bien: pensé rogarle por medio del telégrafo de Brownsville que protestara de nuevo y con más enerjia contra la ejecucion del Emperador. Pero tanto el Presidente como el Sr. Iglesias me dijeron que no podia concederse de ninguna manera otra suspension; el primero estaba muy arrepentido de haber condescendido con el Baron Maguos, siendo así que principalmente los extranjeros le echaban en cara á él, "el Indio", la crueldad de haber prolongado intencionalmente la agonía del Emperador.

Llegó la víspera de la ejecucion; en la próxima mañana el Emperador habia de ser fusilado. Aunque tuve poca esperanza, sin embargo quise hacer otro esfuerzo para enternecer el corazon de aquel hombre, de quien dependia la vida del Emperador, cuyo rostro pálido, y cuyos ojos azules y

melancólicos que habian hecho una impresion aún en el mismo Palacios, me estaban mirando continuamente.

Eran las ocho de la noche, cuando fuí á ver al Sr. Juárez quien me recibió al momento. Estaba muy pálido y parecia padecer mucho. Con labios temblorosos imploré la vida del Emperador, ó á lo menos una suspension de la ejecucion. El Presidente dijo: "que no podia conceder ninguna suspension, para no prolongar la agonía del Emperador, quien debia morir en la mañana del día siguiente".

Al oir estas palabras terribles, no pude dominar mi dolor. Temblando y sollozando caí de rodillas. Rogaba con ardientes palabras que provenian del corazon, y que en este momento no recuerdo.

El presidente hizo esfuerzos para alzarme; mas abarqué sus rodillas y no quise levantarme, hasta que no me concediera la vida del Emperador; pensé que *debia* ganársela luchando. Ví que el Presidente estaba conmovido: tanto él, como el Sr. Iglesias, tenian los ojos humedecidos de lágrimas. Me dijo con voz baja y triste: "Me causa verdadero dolor, señora, el verla así de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuviesen en vuestro lugar, no podria perdonarle la vida". "No soy yo quien se la quito; es el pueblo y la ley que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le

quitaria la vida á él, y aún pediria la mia tambien".

¡Oh! exclamé desesperada, si ha de correr sangre, entonces tomad mi vida, la vida de una mujer inútil; y perdonad la de un hombre que puede hacer aún mucho bien en otro país".

Todo era en vano. El presidente me alzó y volvió a repetirme que la vida de mi marido no corria riesgo, que en efecto estaba sumamente comprometido, de suerte que debe ser condenado á la pena de muerte; pero por haber llegado á estimar y admirar mis nobles acciones, lo mismo que los grandes sacrificios que he hecho para salvar al Emperador y á mi esposo, y sintiendo sobremanera no poder concederme todo cuanto le pedia, haria cuanto pudiera en mi favor, y que podia estar segura de que no se tocaria á la vida de mi marido. Salí del aposento bastante agradecida al Presidente.

En la antesala encontré á más de doscientas señoras de San Luis, que venian igualmente á implorar clemencia para los tres sentenciados. Fueron introducidas, pero sus ruegos no tuvieron mejor éxito que los mios.

Mas tarde vino la señora de Miramon, conduciendo de la mano á sus dos hijitos. El Presidente no pudo rehusar el recibirla: el Sr. Iglesias me contó, que habia sido una escena conmovedora cuando la pobre

mujer y sus pequeños hijos inocentes, tartamudeando, imploraban la vida de su esposo y padre. "El Presidente, me dijo, sufria en aquel momento sobremanera, por verse en la dura y cruel necesidad de mandar quitar la vida á un hombre tan noble como Maximiliano, y á dos hermanos. Pero no podia hacerse de otro modo".

La señora de Miramon cayó desmayada, y era preciso sacarla cargada del cuarto.

Las escenas conmovedoras que el Presidente habia presenciado en aquel dia, eran mas de lo que podia soportar. Se retiró á su cuarto y no se dejo ver de nadie por tres dias.

En aquella noche, no pude dormir y me reuní con muchas señoras de nuestro partido en la iglesia para orar.

En el curso de la mañana, vino por el telégrafo la triste nueva de que la ejecucion se habia efectuado; y todo estaba concluido.

En la noche hice una visita á la señora Miramon. Se habia en los últimos dias demudado tanto, que la reconocí apenas. Me dijo que queria quedar algunos dias tranquila en San Luis, á fin de recobrar fuerzas para el viaje á Querétaro, donde queria recoger el cadáver de su marido.

Quise tambien volver á Querétaro, para cuyo objeto no deje de molestar harto al Sr. Lerdo y al Sr. Iglesias, no dejando pasar ni un dia sin hacerles una visita.

El Sr. Lerdo es la mano derecha del señor Juárez y no disfruta solamente su absoluta confianza, sino que tiene tambien la reputacion de ser un gran hombre de Estado. Toda su presencia no es la de un mexicano, pues tiene pelo rúbio y ojos azules. Es un perfecto "gentleman" y sumamente cortés.

Yo habia escrito á mi marido, encargándole consiguiese de Escobedo para mí una licencia de volver á Querétaro; la obtuvo, y el Presidente accedió tambien á mi solicitud tantas veces repetida, pero bajo la condicion de que diera mi palabra de honor de no meterme otra vez en alguna empresa para proteger la fuga de los prisioneros.

Llegué el 1o. de Julio de 1867 á Querétaro, y me alojé otra vez en casa de la Sra. Vicentis, ausente entonces.

Mi marido, estaba muy pálido, flaco y sumamente impaciente é irascible; cosa muy natural en un prisionero. La muerte del Emperador estaba todavía fresca en su memoria, de suerte que no quiso creer ni en las promesas ni en la palabra de honor del *"Indio Sanguinario"*. No pensaba en otra cosa que en la fuga, cuyo proyecto no quise ni pude protejer, aunque el término para la formacion de su causa se acercaba, y todo el mundo estaba convencido de que seria condenado á la pena capital.

Me fiaba en las seguridades de Juárez, Lerdo é Iglesias, que me habian dicho que

él y los demás generales serian condenados a muerte pero que la vida de mi marido quedaria salva.

Sentia yo que mi marido no supiese dominar su encono y se mostrase tan poco amable para con los oficiales que le servian de guardia, de suerte que no podia pretender algun comedimiento de parte de ellos. Por tal motivo me ponian toda clase de dificultades cuando venia á verle, y los oficiales liberales oficiales encontraban un placer particular en esparcir rumores siniestros, á fin de atemorizar á los pocos prisioneros que no trataban de grangearse sus favores.

Mi marido, estando tan preocupado en contra de todo el partido liberal, prestaba mas fé á aquellos rumores que á mis seguridades, y me hizo tambien á mí entonces vacilar en mi fé, de suerte que empecé á tener nuevos temores.

Juzgando por mas conveniente no permanecer en Querétaro durante la formacion de su causa, me volví para la capital el 12 de julio.

También en México se habia esparcido el rumor de que todos los prisioneros serian fusilados, de suerte que yo y todos los parientes de aquellos estábamos en la mayor ansiedad.

Unas veinte mujeres y hermanas de los prisioneros fueron conmigo á ver al Presidente; mas no nos recibió, sino que

envió al Sr. Iglesias, quien nos comunicó que la ejecucion de los sentenciados habia sido suspendida por quince dias.

El ministro repitió las seguridades que se me habian hecho antes y me aconsejó permanecer tranquila en México, hasta que se hubiera tomado una decision respecto del lugar de confinamiento de los prisioneros, agregando que entónces haria cuanto pudiera para conseguir que el Príncipe quedase en México. La decision dejó esperarse mucho tiempo, hasta que quedó concluida la revision de los autos de los prisioneros; y entretanto, siguiendo los consejos del Sr. Hube, me quedé otra vez en su casa hospitalaria en Tacubaya.

Al fin vino en el mes de septiembre la decision que los prisioneros habian de quedarse en Querétaro, hasta nuevas órdenes; inmediatamente me puse en camino y llegué el 8 de septiembre á Querétaro.

Allí me quede hasta el mes de octubre, pasando el tiempo sin alguna novedad, hasta que vino de México la órden de conducir á los prisioneros á sus respectivos lugares de confinamiento.

Mi marido deseaba estar bajo las órdenes de Porfirio Diaz, en quien tenia mas confianza que en Escobedo, y logró, gracias á los buenos servicios del coronel de Gagern, que se le asignase Oaxaca como el lugar de su confinamiento.

Unos pocos dias antes de la marcha de mi marido, se me hizo anunciar, á las nueve de la noche, un señor, un doctor, quien deseaba verme. Le hice introducir en la sala, y me quedé muy sorprendida de ver á un hombre chaparro, trigueño y de aspecto repugnante, quien llevaba un paquete debajo del brazo. Era el doctor Licea, el mismo que habia denunciado á Miramon y habia embalsamado al Emperador, en cuya ocasion se habia conducido con mucha brutalidad.

El objeto de su visita era ofrecerme los vestidos del Emperador y otras reliquias que llevaba consigo; agregando que dichos objetos debian ser de un gran valor para mí, por haber sido una amiga apasionada del difunto Archiduque. Al mismo tiempo me dió como un recuerdo una parte de las barbas de S. M. y la faja de seda colorada empapada en su sangre.

Le pregunté cuanto queria por esas cosas que no podian tener algun valor para él; á lo que me contestó que habria podido sacar más de 30,000 pesos, si hubiera querido venderlas en detal.

Le prometí una respuesta para el dia siguiente; preguntándole al mismo tiempo por el molde de yeso que habia tomado del rostro del Emperador. Me dijo en contestacion que la suma de 15,000 pesos le habia sido ya ofrecida por un señor en Querétaro, quien tenia la intencion de mandarle á Roma,

donde habia de servir de modelo para una estatua.

Es necesario saber que dicho molde habia sido tomado por órden del jeneral Escobedo, con la expresa condicion de que debia ser mandado á la madre del Emperador.

El doctor no volvió; por tal motivo fuí yo misma á su casa, acompañada del coronel de Gagern, á fin de tener un testigo de nuestra conferencia. Sacó el molde detrás de sus libros, y pidió por él y las otras cosa la cantidad de 15,000 pesos.

Le dije que conocia á alguna persona que daria probablemente este precio, por cuya razon creia por conveniente que me hiciera una lista de los precios, para poder mostrar el papel; y así lo hizo.

Habiendo vuelto a México hablé con el Almirante de Tegethoff sobre este asunto; ése era de parecer que seria lo mejor tratar de adquirir los referidos objetos para quemarlos; puesto que no serian un regalo muy propio para la madre aflijida.

El Presidente Juárez, á quién presenté despues el dicho papel firmado por el doctor Licea, se indignó de que se hacia un vil tráfico con unos objetos de esta clase, sobre que el doctor no tenia algun derecho, y me aconsejó poner una demanda en justicia delante de los tribunales del país, exijiendo la entrega de dichas cosas.

Lo hice así, y se dió la órden de conducir al Sr. Licea bajo escolta á la capital. Tanto yo como el coronel Villanueva, quien prestó juramento de que el dicho molde habia sido hecho por espresa órden de Escobedo, tuvimos que comparecer delante del tribunal, y la causa seguia hasta que recibí la noticia de que mi marido habia sido puesto en libertad. Quise partir el lúnes, más el domingo recibí una citacion judicial de comparecer delante del juez. Temiendo mayor dilacion consulté luego al Almirante Tegethoff, y siguiendo su consejo, no hice caso de la citacion y partí.

Supe mas tarde que se me habia citado para entregarme las cosas del Emperador, en virtud de un fallo del tribunal. No sé lo que ha sido de ellas, mas ciertamente el Almirante, no lo ignorará.

El doctor Licea fué sentenciado á dos años de prision, y segun creo, tambien á una multa. Abrigo la esperanza de que ni uno ni otro castigo se le habrá perdonado, por haberlos merecido mas que sobradamente por su conducta vil.

El camino para Oaxaca, el lugar de confinamiento de mi marido, pasa por México, así es que me fuí á su encuentro en la dilijencia llegando ántes de él á la capital donde tuvo que quedar á lo menos algunos dias.

Ocurria yo todos los dias á Lerdo, á Iglesias y á una multitud de otras personas,

para conseguir que la pena de prision se conmutase para él en destierro; y muchas otras personas estaban aún empeñándose para el mismo objeto; pero sin lograr de pronto un buen éxito.

Mi marido, viendo que no podia arreglarse que permaneciese en la Capital, me rogó que hiciera cuanto pudiera para conseguir el permiso de permutar Oaxaca por Veracruz, cuyo punto estaba igualmente bajo el mando de Porfirio Diaz, y de donde seria mucho más fácil fugarse. Tuve mucho trabajo para obtener lo que deseaba; pero al fin, lo conseguí. Mi marido salió de México el 29 de Octubre; pero yo por mi parte me quedé por algun tiempo, con el fin de activar su libertad.

En esta tarea me apoyaban muy eficazmente y de la manera mas afable todos los americanos residentes en México, Unionistas y Confederados; y me siento sumamente obligada hácia el Sr. D. A. G. Percy; además, al corresponsal del "New York Herald", doctor Skilton y ante todos á Mr. Plumb, el nuevo encargado de negocios de los Estados-Unidos, quien remitió una carta particular de Mr. Seward que conocia muy bien á mi marido, solicitando su libertad. El presidente Johnson, á quien tuve despues una oportunidad de hablar, me dijo que dicha nota habia sido escrita por su órden espresa y en contestacion á las cartas mias que le habia dirijido á él.

Mientras, habia llegado tambien el Almirante Tegethoft quien se interesaba igualmente por la suerte del príncipe. Un dia, en el mes de Noviembre, y antes que mi marido llegase á Veracruz, recibí una carta del Almirante en la cual me felicitaba por la libertad de mi marido, cuya fausta nueva habia sabido en una comida por boca del mismo Sr. Lerdo, quien le dijo que el Presidente acababa de firmar la órden respectiva.

La transmití luego á mi marido por medio del telégrafo.

Me preparé sin pérdida de tiempo para ir á Veracruz, á donde llegué el 16 de Noviembre, encontrándome con la noticia desagradable de que mi marido habia tenido que partir en la víspera. Le seguí inmediatamente hasta Europa, me vino á encontrar en Paris, de donde me condujo al sitio de Anholt donde residia su familia, la que me recibió muy afectuosamente, haciendo todo cuanto se puede para hacerme olvidar los dias funestos que habia pasado en el último año.



Inés, Princesa de Salm-Salm.

CHAPULTEPEC EN LA HISTORIA

Por: Oscar Flores Tapia.

FASCINANTE es la historia de Chapultepec -cerro del Chapulín- situado antes en las inmediaciones de la gran Tenochtitlán y hoy, en el corazón de la ciudad de México... EN LA ÉPOCA en que presidía el gobierno el Rey Ixcóatl, fue a residir por algún tiempo a la ciudad del lago el Rey Netzahualcóyotl, que acababa de vencer a Maxtla, el usurpador... ERA EL AÑO de 1428. El Rey poeta era un ídolo de los aztecas, razón por la cual fue bien recibido y cuando expresó su deseo de construir un palacio en Chapultepec, fue complacido... Mientras los obreros levantaban los muros del palacio, Netzahualcóyotl dirigía personalmente la plantación de los ahuehuetes que forman el bosque y cuya

edad es de 595 años... DURANTE EL reinado de Moctezuma Xocoyotzin el imperio alcanzó su mayor esplendor. La casa de fieras que instaló en el bosque, ya la quisiera el actual zoológico... UNA DESCRIPCIÓN de las casas de fieras dice que: tenía Moctezuma dos casas, una para las aves que no eran de rapiña; otra para estas, para los cuadrúpedos y reptiles... EN LA PRIMERA había cámaras y corredores, con columnas de mármol de una sola pieza. Los corredores daban a un jardín con arboles y donde se veían diez estanques... UNOS ESTANQUES eran de agua dulce para las aves acuáticas de río; otros de agua salada, para las de mar. Las especies de pájaros, eran tantas, que maravillaron a los españoles... LA ALIMENTACIÓN de animales y pájaros era abundante y adecuada. Comían lo mismo que cuando estaban en estado de libertad: granos, raíces, insectos y solamente los pájaros que vivían de los peces, consumían diez canastas diarias... CORTES, en sus famosas Cartas de Relación a Carlos V, aseguraba que trescientas personas se ocupaban en cuidar a aquellas aves, amén de los médicos que observaban sus enfermedades y aplicaban los remedios oportunos... LAS PLUMAS de los pájaros iban a formar luego los primorosos mosaicos que son el más grande orgullo de las actividades artísticas de nuestros antepasados... LA CASA destinada a las

fieras tenía un enorme patio y estaba dividida en grandes departamentos. En uno de ellos estaban las aves de presa, desde el águila real hasta el cernícalo... EN OTRAS salas estaban las fieras: leones, tigres, lobos, gatos del monte y otras a las que daba de comer a diario liebres, ciervos y los intestinos de los hombres sacrificados... EN ESTANQUES había peces, culebras, cocodrilos y tortugas, de infinita variedad. A estas especies, Moctezuma había agregado nombres que, por el color del pelo o piel o deformidades, se tenían como una rareza... EN TODOS los palacios había jardines hermosos donde crecían todo género de plantas, yerbas y flores que servían lo mismo que para ornato que la preparación de medicinas... LOS ESPAÑOLES todo lo destruyeron, aniquilaron la fauna, destrozaron los jardines, derrumbaron los edificios y no se tendría noticia de todo ello, de no contar con el testimonio de los mismos conquistadores... PARA LOS aztecas, Chapultepec era un lugar sagrado, en lo alto del cerro habían levantado un Teocalli, cerca de la residencia del emperador. La guarnición, reforzada no fue fácil para los españoles... CONSUMADA la conquista, Cortés ordenó la demolición de todos los antiguos edificios, repartió solares y se reservó para él las que circundan el cerro del Chapulín... EN EL AÑO de 1530, una Real Cédula expedida por Carlos V, ordenaba

que de las propiedades de Don Hernando debería segregarse el Bosque de Chapultepec, el cual, de ahí en adelante, pertenecería a la Ciudad de México, como lugar de recreo... CHAPULTEPEC era un sitio tan hermoso, como lo es en la actualidad. Hay noticia de que el primitivo Ayuntamiento concedió un permiso a un fulano Díaz del Real para vender en el bosque "pan, vino y otros mantenimientos a los que ahí fueran a holgar"... FUE EL segundo Virrey don Luis de Velasco, quien promovió el embellecimiento del bosque. En la entrada mandó colocar una lápida con la siguiente inscripción: "DON LUIS DE VELASCO, Virrey de esta Nueva España, dedica a su Soberano -este Bosque- lugar de recreo público, Hermoso por su frondosidad y Fábricas"... EL ANTIGUO Palacio construido por los aztecas para que lo habitara el Rey Poeta Netzahualcóyotl, fue reconstruido por Don Luis de Velasco. En él se pasaba los fines de semana, acompañado de parientes y funcionarios... EL CASTILLO de Chapultepec actual se empezó a construir en el año de 1785, precisamente en el lugar donde los aztecas levantaron un teocalli y los conquistadores la Capilla de San Miguel... FUE EL VIRREY don Bernardo Gálvez, hijo del Virrey Matías, joven entusiasta y ganoso de hacer algo en la lotería con que lo premió la monarquía, quien puso la "primera piedra"... SEGUN EL proyecto inicial, el alcazar tenía

la misión de aposentar en sus ocios a la Corte Virreynal, pero las comadres de la política, que nunca faltan, mandaron el chisme a la metrópoli... NADA MENOS que Gálvez pensaba en la independencia, razón por la cual estaba construyendo aquella fortaleza. No se le aprobó lo gastado, que llegó a la suma de trescientos mil pesos, de aquellos, y GALVEZ, que había sido Capitán General en Guatemala, enfermó de tristeza y un año y medio después de haber llegado a México, murió dejando la obra casi concluida. Se recuerda a Gálvez como uno de los más emprendedores Virreyes de la Nueva España. Bajo su gobierno se inició el alumbrado público y se construyeron las torres de Catedral... PUES BIEN, sigamos con la historia del famoso Castillo de Chapultepec. Primero diremos que los proyectos y planos para la construcción fueron presentados por el Ing. Jesús Manero... LA DIRECCIÓN de la obra, estuvo a cargo del Ing. Manuel Agustín Mascaró, que vivía en Arizpe, Sonora. Mascaró era barcelonés y durante su servicio en Arizpe, presentó un proyecto para convertirla en capital de las Provincias Internas... EN EL AÑO de 1787 se terminó el Castillo, pero Carlos IV, que había sucedido a su padre Carlos III, no sólo desaprobó la inversión, sino que inclusive ordenó se rematara el Castillo para recobrar lo gastado... PERO ERA mucho el dinero -para la época- y no hubo postores; y

y fue hasta la llegada del Conde de Revillagigedo, que procuró el empleo del edificio como Archivo General y Jardín Botánico... FINALMENTE el Ayuntamiento de la Ciudad de México adquirió el Castillo, y aunque los centavos fueron a parar a las piadosas manos de los holgazanes coronados, el Castillo ya no corrió el peligro de pasar a propiedad particular.

CONTINUAMOS con nuestra narración sobre Chapultepec. Consumada la independencia y elevado a la Presidencia de México, el esclarecido insurgente don Guadalupe Victoria, dispuso la formación de un Jardín Botánico... TODAVIA en la actualidad pueden verse los viejos árboles con las etiquetas que los clasificaba, gracias a la curiosidad y cariño a nuestro pasado, de quienes cuidan el bosque... EL CASTILLO estaba abandonado. Apenas si lo habitaba el encargado, su madre y sus hijitas que eran tres. El día 29 de febrero de 1824 tuvo lugar el terrible episodio que vamos a narrar... ESA MAÑANA, sin saber su procedencia, una loba rabiosa se internó en el bosque. Subió al cerro y penetró el edificio. La abuelita y sus nietecitas almorzaban... AL VER LAS niñas a la fiera gritaron, pero la loba, en vez de huir, brincó al interior y atacó a las niñas, a las que destrozó. La abuelita con valor espartano se enfrentó a la loba, pero el animal estaba sediento de sangre... EN ESOS MOMENTOS llegó don Ignacio, el

guardabosques, vio el cuadro doloroso y sin pensarlo se echó encima de aquel engendro del demonio. La loba se revolvió y casi destrozó al viejo que, desesperado, alcanzó a pedir a su madre sacara del bolsillo trasero del pantalón un cuchillo que llevaba... ARRIESGANDO mordidas, la abuelita extrajo el belduque; la loba, enfurecida abandonó por un momento a don Nacho y se arrojó contra la anciana. Pero ella no se arredró y le hizo frente, cuchillo en mano... EL CUADRO ERA ATERRADOR; las niñas con las entrañas de fuera, tiradas aquí y allá; el padre lleno de sangre, estaba inocente, mientras en el centro del cuadro la loba y la abuela luchaban a muerte... UN TREMENDO aullido fue la señal de que la pelea había terminado. La loba con el corazón partido en dos, sucumbió ante el coraje de la abuelita... Y ASÍ TERMINA esto que no es cuento, pero donde los papeles se cambiaron. Aquí la abuelita se escabechó al lobo. Eso sucedió en 1824... MUCHOS y muy variados han sido los escritores que se han ocupado del bosque y Castillo de Chapultepec. Pero de todos ellos, llena de poesía la prosa fina de la Marquesa Calderón de la Barca... ERA LA BELLA e inteligente dama, inglesa de nacionalidad, pero casada con Don Angel Calderón de la Barca, acompañó a su esposo, casi a mediados del siglo pasado, cuando, reanudadas las relaciones con España, el

Marqués vino como Ministro... SIGAMOS a la ilustre escritora, noble por la alcurnia y la espiritual que, según anotó en su diario sobre la vida en México, visitó el Castillo de Chapultepec el 31 de diciembre de 1839... HEMOS PASADO el día visitando el Castillo de Chapultepec, que se encuentra a una legua corta de México y es el sitio histórico más lleno de tradiciones de que la capital puede ufanarse... SI PUDIESEN hablar, ¡Que de historias no nos revelarían estos canosos ahuehuetes, ya que han permanecido aquí siglo tras siglo, con sus largas barbas grises y sus venerables brazos extendidos!... YA ERAN ELLOS viejos en las mocedades de Moctezuma y todavía están vigorosos en la época de Bustamante. Aquí es donde el último de los emperadores aztecas buscaba expansiones con su harem de ojos negros... BAJO LA SOMBRA de estos árboles gigantescos, descansó y acaso fumara su tabaco mezclando con ámbar y cayera en plácido sueño, sin que su descanso fuese turbado por la visión del austero caminante que habría de venir del lejano Oriente, y cuyas velas quizás en ese momento mismo estaban a la vista de las playas de su imperio... EN ESTAS albercas se bañaba. Aquí estaban sus jardines y sus pajareras, y sus estanques llenos de peces. Posible es que él transitara a través de estos bosques ahora enredados y desiertos, llevado en litera por sus jóvenes nobles... ES MUY

FÁCIL que desde la roca misma en que se yergue el Castillo, contemplase su fértil valle y su gran capital, con sus lagos cubiertos de canoas, sus templos y pueblos desbordantes y sus jardines floridos.

CONTINUAMOS con nuestro comentario sobre Chapultepec, bosque y Castillo y llegamos a esa dolorosa efeméride que nos recuerda la inmolación de los Niños Héroes... UNA disgreción: uno de los alumnos más distinguidos fue Leandro Valle. El viernes 23 es el aniversario de su sacrificio -¡Por traidor a la religión!- según dijo su asesino Leonardo Márquez (a) "El Tigre de Tacubaya", sustenté una conferencia sobre su vida y su obra; y al referirme a la guerra del 47, en la que participó el héroe combatiendo al invasor, causó el desagrado de algún periodista que publicó: "Ataques a la amistad con los Estados Unidos". No valdría la pena refutar esa afirmación si no fuera como es: FALSA. Porque, -permítasenos manifestar nuestro pecado: IGNORABAMOS que los "amigos" sacrificadores de los Niños Héroes habían venido, en 1847, como turistas. Y es todo-... EL DÍA TRECE de septiembre del 47, cuando apenas el sonriente Febo apuntaba sus rayos sobre el Castillo, las baterías norteamericanas rompieron el fuego sobre Chapultepec... EL ENEMIGO presentó tres poderosas columnas para el asalto al Castillo, dirigidas por los generales Pilow, Quitman y Worth; en el interior del Colegio,

el coronel Xicotencatl, con unos cuantos alumnos, estaba listo para repeler el ataque... LAS TROPAS enemigas logran escalar el cerro del Chapulín. El primero en sucumbir, fue el heroico Jefe del Batallón de San Blas; lo sigue Vicente Gelati; Lucas Balderas, al caer atravesado por las balas, solo musita ¡Pobre Patria Mía! (CON TANTO TRAIDOR)... EN LA MEDIDA en que el parque de los mexicanos se agota, avanzan los "Turistas" yanquis. La defensa es desesperada y termina cuando al ser requerido el Coronel Anaya para que se entregue al parque, orgullosamente responde el gringo: "Si hubiera parque no estuviera usted aquí".

MUCHOS, muy variados y diversos han sido los motivos para que el pueblo de México vea en el Castillo de Chapultepec un símbolo de orgullo, pero ninguno como el que vamos a relatar... EL HEROISMO de los Niños Héroes que, sin temblarles el pulso ni anodadarles el alma, opusieron sus pechos esclarecidos a las balas invasoras... COMO LA HISTORIA lo consigna, los norteamericanos echaron todo su poderío militar sobre una Patria casi exangüe a causa de los desmanes de Santana, que a sus muchos pecados agregaremos otros:... SANTANA, jefe de las fuerzas mexicanas creía el muy bárbaro -que los soldados enemigos no tomarían Chapultepec y, con tal criterio, la noche anterior sacó los soldados que allí estaban... SOLO QUEDARON los

alumnos que fueron los que, al enfrentarse a las divisiones, que concentraron todo su poderío para la toma del Castillo, dieron testimonio del más venerable patriotismo... LOS NIÑOS HÉROES que allí consagraron a la Patria se llamaban: Juan de la Barrera, que acababa de graduarse Teniente de Ingenieros. Como un valiente... AGUSTIN Melgar, cayó defendiendo la entrada principal. La resistencia que opuso llamó la atención del Gral. Worth, que al darse cuenta de quien era exclamó: ¡Pero si es un niño! Sobre la frente del héroe, Worth colocó un ósculo... FERNANDO Montes de Oca fue cazado por un soldado norteamericano, en el momento en que el cadete brincó por una ventana para reunirse con sus compañeros. VICENTE SUAREZ estaba de centinela. MIGUEL Miramón que era el Cabo de Cuarto olvidó retirarlo y, cuando el invasor quiso penetrar al edificio, Suarez marcó el alto y al no ser obedecido, atacó a la balloneta con asombroso denuedo... JUAN ESCUTIA, que había solicitado y obtenido el permiso para quedarse defendiendo su Colegio, cuando se les formó a los alumnos para retirarlos, cayó muerto, acribillado, en uno de los lados del Castillo... FRANCISCO Márquez, el más joven de los Niños Héroes, fue encontrado todo destrozado entre las peñas del cerro; se cree que en el momento en que bajaba fue descubierto por los gringos que lo asesinaron... ENTRE LOS

muchos prisioneros estaba Miguel Miramón; Lean-dro Valle, como ya lo apuntamos en otras notas, se encontraba en ese momento defendiendo la Garita de Santa Clara... LA METRALLA norteamericana dejó en condiciones desastrosas el Castillo de Chapultepec, razón por la cual el Colegio Militar fue a ocupar el local llamado de "Las Recogidas", por el rumbo de San Lucas... NO FUE SINO hasta el 23 de julio de 1849 que, restaurado el edificio, volvió a ocuparlo el Benemérito Colegio, donde para entonces se respiraba un ambiente de heroísmo nacional... SIN EMBARGO, no fue sino hasta 1858, con motivo de una visita que hizo al histórico edificio el General Miguel Miramón, Presidente Conservador, que ordenó el cambio del Colegio al antiguo de San Pedro y San Pablo, para hacer algunas reparaciones... DE AQUELLA fecha data la construcción del segundo piso del alcázar y la balaustrada de los patios que ven a sur, pero en parte a la pobreza del erario, en parte a la situación como consecuencia de la lucha entre liberales y conservadores, no se atendió a su embellecimiento... EN REALIDAD Chapultepec, bosque y Castillo solo alcanzaron su verdadera suntuosidad hasta el imperio de Maximiliano, que al verlo, según se afirma, dijo que ningún príncipe europeo poseía lugar tan hermoso... Maximiliano ordenó la inmediata adquisición de los terrenos para la calzada que ahora se

conoce como Paseo de la Reforma y mandó se abriera la rampa para llegar a la explanada superior... TODA UNA serie de reformas hizo Maximiliano al Castillo: habitaciones para la guardia imperial, servidumbre y caballerizas, así como un museo zoológico donde había - ¡Oh manos de Moctezuma!- todo genero de aves, cuadrúpedos y otros animales... DURANTE el imperio, en más de una ocasión Maximiliano al contemplar, desde las terrazas del CASTILLO el valle, recordando que su palacio de Trieste se llamaba MIRAMAR estuvo a punto de rebautizarlo con el nombre de MIRA-VALLE... Chapultepec fue en esa época, un marco de suntuosidad para la belleza peregrina de Carlota, la ilusa y bella emperatriz de México... EL 15 DE JUNIO de 1867 hizo su entrada triunfal a la capital el Presidente Juárez. Había triunfado la República y el imperio, sólo quedaba el eco de tres descargas en el Cerro de las Campanas en la Ciudad de Querétaro... UNO DE LOS PRIMEROS acuerdos dictados por el oaxaqueño de bronce fue el de que el Castillo, escenario de palaciegas y ridículas ceremonias de la "nobleza" capitalina, volviera por sus fueros... SIN EMBARGO no fue sino hasta 1883 cuando el heroico Colegio Militar ocupó otra vez el edificio, de donde ya no se movió sino hasta el año de 1920 en que trasladó a San Jacinto... DURANTE el régimen de Porfirio Díaz, 1876 a 1911, tanto el bosque como el Castillo recibieron una atención especial,

se colocó la verja del lado sur y se trazaron y abrieron las calles y avenidas que antes no existían... EL LAGO artificial que se encuentra al pie del cerro fue abierto, gracias al empeño del Ministro de Hacienda José Ives Limantour, formándose la pradera donde ahora se levanta la pérgola Angela Peralta... EN EL AÑO de 1880, en ocasión de celebrarse el aniversario del sacrificio de los Niños Héroes, se llevó a cabo la inauguración del monumento levantado en memoria de los defensores del Castillo, en el lado oriente del mismo... DE LA MISMA época del Presidente Díaz data la construcción del restaurant Chapultepec y los museos de la Fauna y la Flora, don Porfirio gustaba pasar temporadas en el Castillo que, por otra parte, era alojamiento para huéspedes distinguidos... LA HISTORIA heroica del Castillo está ligada a los momentos más dramáticos de la del país. De allí, salió, con la bandera tricolor cruzada sobre su pecho en 1913, el Presidente don Francisco I. Madero... LOS AGUILUCHOS del Colegio le dieron escolta hasta el Palacio Nacional, mientras los infidentes se fortificaban en la Ciudadela. Eso fue la mañana del 9 de febrero, los Presidentes que allí han habitado han sido: el Gral. Díaz, el señor Madero, Obregón, Portes Gil Calles, Ortiz Rubio y Abelardo Cárdenas dispuso que quedara como mansión histórica... EL GENERAL MANUEL Avila

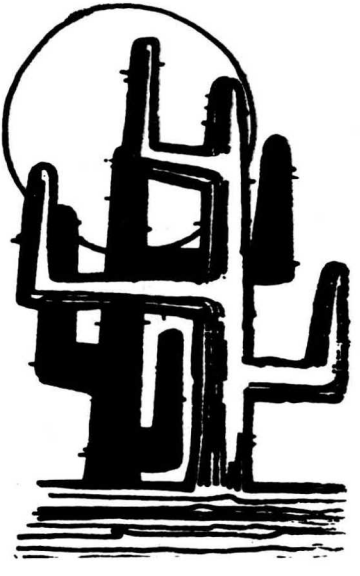
Camacho inauguró oficialmente el Museo Nacional de Historia el 20 de noviembre de 1944.

EL MUSEO NACIONAL de historia fue inaugurado -ya lo dijimos- por el Presidente Avila Camacho el 27 de septiembre de 1944. Era Secretario de Educación don Jaime Torres Bodet... CUENTA EL museo con las siguientes salas, según la distribución hecha por el poeta José de Nuñez y Dominguez y el historiador don Jesús Romero Flores... SALA DE LA CONQUISTA: contiene objetos, cuadros, armas y documentos relacionados con la conquista de México... SALA DE MISIONEROS es la siguiente. Retratos de nobles, frailes, cuadros como ese que representa el bautismo de Cuauhtémoc, viejos sillones y cascadas pilas bautismales... SALA DE ARMAS donde se puede admirar una preciosa colección de armas de diversas épocas, incluyendo los mosquetones usados por Cortés y sus hombres... LA SALA DEL Virreynato es una galería donde puede el visitante trabar conocimiento con los sesenta y dos virreyes que gobernaron a la Nueva España y no dejaron de saquearla... LUEGO VIENE la Sala de la Independencia. Están ahí los retratos de los principales insurgentes, inclusive el estandarte de Hidalgo y el cañón "El Niño" que se batió en Cuautla... LA SALA DE la República exhibe objetos pertenecientes al período 1824-1857, a la guerra, cosas de la guerra del 47 de Santana y de cuartelazos

y pronunciamientos... EL AGITADO período de la Reforma, la intervención francesa y el imperio de Maximiliano tiene sus objetos en la Sala de la Reforma... EN SEGUIDA está la Sala porfiriana con retratos, muebles y variados objetos, como el violín de Juventino Rosas... LA SALA DE la Revolución hace poco que se terminó de formar, sin embargo ya se cuenta con banderas, muebles, pinturas y retratos de los caudillos revolucionarios... SALA DE HERALDICA. Están todos los balsones usados en la Nueva España, así como los que se crearon, de la Independencia a nuestros días... EN LA SALA LA GUARDIA puede verse a la heroica bandera del Batallón de San Blas que, tremolada en 1874 por el coronel Xicotencatl fue guía en la lucha contra los gringos... LA SALA DE BANDERAS es una colección de lábaros empuñados por los mexicanos en los momentos cruciales de su historia... EN LA SALA de Carruajes están la carroza dorada -como sus barbas- de Maximiliano y la oscura -como su tez- de Benito Juárez... TERMINAREMOS recorriendo las salas del Museo Nacional de Historia y detengámonos a ver la de Arte Religioso donde, para dar más ambiente a la exhibición se ha construido una capilla... PASEMOS luego a la "Malaquitas" y admiremos las piezas que adquirió el "manco" Manuel González, durante el período -que fue el último- de pudor de Porfirio... VEAMOS los espejos encuadrados

en preciosas filigranas del barroco en la Sala Colonial, y los cofres de los piratas que mandaba España en calidad de Virreyes... EN LA SALA de Pintura y Cerámicas nos extasiaremos en los retratos de las encopetadas damas y reiremos de la estrafalaria figura de galanes zancones... LAS ARTES menores, no por menores carecen de Sala, están ahí lacas Michoacanas, esculturas, marfiles... Y EN LA de industrias artísticas lucen preciosos tejidos, bordados de Aguascalientes, chaquiras primorosas, tabaqueras del tiempo en que los obispos y funcionarios se la pasaban sorbiendo tabaco... LA NUMISMATICA tiene su Sala y la colección de monedas que encierra es de crecido valor. Romanas, españolas, de la france y, aunque no lo crean monedas mexicanas de las de dos por uno... LAS JOYAS MAS refulgentes tienen su Sala, también. Las piedras preciosas son variadas: esmeraldas, rubíes y una colección de abanicos que es asombrosa... LOS ESCRITORES han sido honrados con una Sala. Preside el cuadro el retrato de la Décima Musa, terror de obispos y de donjuanes. Digna de verse... LA CIUDAD DE MÉXICO es motivo de una Sala Especial. Maquetas de edificios y los planos primitivos que, según malas lenguas trazó don Hernando Cortés... ABANDONAMOS el Castillo heróico. En la balaustrada que ve al norte, como señalando a sus asesinos,

están los retratos de los muchachitos inmolados. Pero todo ahí respira tradición... BIEN POR Trompitas que haya dedicado a ese que fue símbolo de la opresión, europea, en un recinto donde la Patria conserva su pasado que nos habla siempre de nuestros deberes en el presente y alerta para el porvenir...



ROBLEDO LUNA

DE PARRAS, INGRESA AL COLEGIO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

En una emotiva ceremonia en la ciudad de Parras de la Fuente, el pasado día 8 de julio, de manos de nuestro Presidente, Oscar Flores Tapia, recibió nombramiento como miembro honorario del Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas, Gabriel Robledo Luna. Al acto asistieron destacados parrenses ligados a actividades culturales en esta ciudad y Rolando Marcos, Tesorero Municipal, en representación del Alcalde.

Gabriel Robledo Luna es desde ese momento uno más de los valiosos elementos de la cultura coahuilense que se integra a las tareas de este Colegio. Miembros honorarios son Israel Cavazos Garza, Cronista de la ciudad de Monterrey y notable especialista en la historia regional del noreste

de México y el recientemente fallecido Alfonso Reyes Aurrecochea, Presidente de la Sociedad Neoleonesa de Historia, que tantos vínculos mantiene con nuestra institución y a quien tanto debe la cultura del vecino estado.

Nuestro nuevo miembro honorario ha desarrollado una amplia y valiosa labor cultural en esta ciudad de Parras, muy pronto cuatricentenaria; ha sido testigo de situaciones políticas y sociales durante sus más de ochenta años de vida y sobre todo, valiente periodista, maestro tenaz, ha sido protagonista de acciones que han dado a Parras nueva estatura y nuevas oportunidades a los parrenses.

Robledo Luna ha publicado varias obras: "Breve Historia de Parras" 1892, obra de la que se han tirado ya dos ediciones; "Parras, Pinceladas de ayer y de hoy" 1985, obra en la que recoge muchas de las figuras que a lo largo del presente siglo se han desenvuelto en esa acogedora ciudad de Coahuila. Por las páginas de este libro, desfilan obreros, comerciantes, banqueros, campesinos, presentados por el autor con estilo sencillo y natural.

Aflora el poeta que hay en Robledo Luna, cuando habla de la mujer de Parras y cuando habla de esa madre generosa que es la misma ciudad de Parras. La descripción de calles, plazas y huertas son pinceladas que reflejan la castiza vida

provinciana; esa vida tan lejana ya en el trajín de las grandes ciudades.

Tiene otras obras Gabriel Robledo Luna, aún no publicadas: "Los trágicos sucesos del Movimiento Cristero de 1927 en Parras"; "La muchacha de la trenza larga y negra" novela. "Semblanza de Parras en el año de 1926"; "Canto Lírico a Coahuila", poesía 1918. "La gran epidemia en Parras".

En su periódico "El popular", semanario que durante más de cincuenta años ha sido tribuna al servicio de las causas de los más necesitados, se encuentran dispersos muchos otros testimonios de la historia de Coahuila escritos por Gabriel Robledo. Su ingreso al Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas, merecido, ha sido saludado beneplácito general y es ya motivo de orgullo para la comunidad parrense, Robledo ha dedicado su vida a cantar, a hacer el elogio de los parrenses, hombre tenaz ha buscado recrear la memoria de su pueblo y esto ya es tarea para significarlo. Autodidácta, sin más estudios que los de la escuela primaria, su primaria "Benito Juárez", sin más recursos que los de su modesto trabajo. Su fe indeclinable en Parras, en su gente, en su cultura, le ha llevado a levantar su voz y a escribir de historia.

Parras está viviendo un renacimiento cultural al impulso del trabajo que vienen desarrollando un grupo de entusiastas

damas coordinadas por la Profra. Angélica Barrera, ellas, bajo los auspicios del Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas, desarrollan semanalmente un "curso taller de Historia de Coahuila", curso que les acerca más a la obra de nuestros mejores hombres y mujeres y en donde el testimonio de Robledo Luna, gana permanencia y continuidad para bien de nuestra cultura.



La Leyenda del Capitán de Urdiñola

Por: Karos Fioli

Una de las controversias históricas más enconadas ha sido aquella que sobre la fundación de la antigua Villa de Santiago del Saltillo en diversas ocasiones ha ocupado la atención de quienes por estas cosas tienen interés.

Hace algunos años dos estudiosos, el profesor Casiano Campos Aguilar y el joven Eduardo Blackaller, desempolvaron el asunto negando que el Capitán Alberto del Canto hubiese fundado el saltillo, como lo sostuvo Vito Alessio Robles.

Retando a la pública discusión, Campos y Blackaller quedaron a la mitad de la arena, sin que alguno osare enfrentárseles; más en una charla que más tarde sostuve con el último, al sacar a colación el asunto de la fundación, muy seriamente me dijo:

- Jamás -o por lo menos nadie las ha encontrado- se expidieron las ordenanzas para la fundación; por lo tanto, desde el punto de vista legal, no hubo fundación.

- Bueno -repliqué- lo cierto es que Saltillo existe... de eso no hay la menor duda.

Por otra parte, a un personaje de la Colonia, don Francisco de Urdiñola, "El Viejo", mientras al Capitán, señor de la Villa de Patos, se le nombró Urdiñola "El Mozo".

En su forma más simple, la historia de Saltillo es la de que era -ahora ya no tanto- un lugar delicioso por su clima; sitio agradable y sano para quienes después de cruzar la zona desértica entre Matehuala y Saltillo, a lo único que aspiraban era el descanso. El paraje saltillero era un oasis, un encanto, un remanso acariciante y maravilloso. 562 manantiales de frescas y dulces aguas permitían extraordinaria vegetación; las flores silvestres de variados colores, esparcían sus perfumes por todo el valle, mientras gorriones, mirlos y zenzontles regalaban el oído de los conquistadores con músicas delicadas y el aire transparente daba al cielo tonalidades de un azul de ensueño incomparable.

En este edénico lugar, fueron rezagándose muchos expedicionarios. La búsqueda de las fabulosas Cíbola y Quivira -las ciudades de Oro- ya no les interesaba. Las caminatas despiadadas por caminos interminables, cuya característica era la

ausencia de árboles, agua y aduanales; el ataque constante de Coauchichiles y Rayados, feroces e indomables, y la falta de frutas o raíces comestibles, los llevaba a reflexionar sobre lo amable de la vida cuando disfrutaban del espléndido clima de Saltillo. Así fueron levantándose chozas a lo largo de las acequias formadas por las corrientes de los manantiales, de allí la topografía caprichosa de Saltillo que aunque siendo dificultosa para el tránsito de nuestros días, le da a la noble ciudad el sabor añejo de las viejas estampas castellanas.

Creció la espontánea fundación, avecináronse algunos soldados en ella, y a poco, en el valle majestuoso y virgen y el surco próvido, señaló la presencia del hombre de trabajo. Aquellas tierras a ellos estaban destinadas; allí los aventureros poco tenían que hacer. El hombre para subsistir tenía que labrar la tierra, fecundarla y defenderla. El hombre que vino al norte, le desgarró el vientre y volcó sobre la herida la semilla prodigiosa. Conquistada la tierra, se dispuso a defenderla con su propia vida. Por eso, quizá, el carácter del saltillero es tan especial, tan denodado, tan celoso de sus derechos.

A quienes allí se establecieron nadie dio cédulas reales ni actas de posesión. Eso sería más tarde, cuando Alberto del Canto mercedera tierras y aguas, y cuando el Capitán Urdiñola estableciera las familias

tlaxcaltecas que procedentes de Tizatlán, llegaron al Saltillo encabezadas por don Buenaventura de Paz, nieto de Xicoténcatl Acayatzin.

Dejaremos para otra ocasión hablar sobre Saltillo y sus fundadores. Por hoy concretémonos a Don Francisco de Urdiñola, considerado por muchos como fundador de la capital coahuilense.

Era Urdiñola, natural de la Villa de Oyárzum, de la provincia de Guipuzcoa, donde nació el año de 1552. Es posible que llegara a Nueva España por los años de 1575 o 76, ya que de los datos de que disponemos se desprende que contaba unos veinte años de edad cuando cruzó el océano. Lo descubrimos en Mazapil cinco años más tarde, donde el Alcalde Capitán Alonso López de Lóis lo tomó bajo su protección, encomendándole la pacificación de la zona de su gobierno y más tarde le concedió la mano de su hija, doña Leonor López de Lóis. A la muerte del Alcalde, Urdiñola que lo sustituyó en el mandato, hizo algunas entradas a los territorios de Coahuila y Zacatecas.

Durante el período comprendido entre 1581 y 1591 fundó el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala y enriqueció su estancia en Patos con huertas de frutales, cultivos de maíz, frijol y animales domésticos.

Su residencia oficial la había fijado en Río Grande, donde vivía con doña Leonor,

sus hijas María e Isabel y su suegra doña Mariana pero con frecuencia pasaba largas temporadas con toda su familia en su estancia de Patos, hoy General Cepeda.

Gran amigo de los indios, Urdiñola viajaba por las zonas que habitaban. Charlaba con ellos, los proveía de alimentos, vestidos y medicamentos y aunque en ocasiones tuvo que hacer uso de la violencia para someterlos, siempre prefirió convencerlos, aún a riesgo de su vida.

Urdiñola gozaba de bien ganado prestigio. El Santo Oficio lo había nombrado su Familiar y poco más tarde, al firmar las capitulaciones para la conquista de Nuevo México, despertó las envidias de don Juan Bautista de Lomas y Colmenares que aspiraba a ella y al no obtenerlo, fraguó la infamia que al ser difundida levantó una ola de indignación en toda la Nueva España.

Sucede que doña Leonor López de Lois murió en Río Grande, de erisepela, según se comprobó; en esos mismos días desapareció del lugar Gonzalo Morales, un fundidor que fama tenía de ser enamoradizo y aún de que cortejaba a la bella Leonor, a la sazón guapa señora de treinta años.

Lomas y Colmenares aprovechó la ocasión para urdir la intriga. Según la versión, Urdiñola había comprobado el adulterio de doña Leonor con Morales y los había asesinado; como se dieran cuenta del crimen

algunos sirvientes y una esclava negra, el Capitán Urdiñola los victimó para impedir que se conociera el crimen. Esa fue la acusación pública y a fines de 1593 la Audiencia de Guadalajara ordenó prender a Urdiñola y secuestrar todos sus bienes. El 19 de abril de 1594 se inició el proceso. Juan Morlete, familiar del Santo Oficio, declaró en favor de Urdiñola y finalmente, a falta de pruebas, que todo aquello había sido de "oídas", la sentencia fue de no culpabilidad.

Según la leyenda que aún perdura en el norte, Urdiñola se encontraba en su hacienda de Bonanza jugando a las cartas con algunos amigos; al filo de las diez de la noche, a pretexto de que sentía dolor de cabeza se retiró a sus habitaciones a descansar, pero en realidad en cuanto estuvo solo saltó por una ventana para tomar el caballo que un palafrenero le tenía listo, emprendiendo una veloz carrera con rumbo a la hacienda de Patos; en lugares estratégicos, criados comprometidos le tenían remudas; llegaba, saltaba sobre el caballo de regreso y continuaba su carrera; que así, reventando caballos, llegó a Patos, se introdujo a la casa por un pasillo secreto y cuando abrió la puerta de la recámara encontró a su esposa con su amante, que según la misma leyenda, era su sobrino y secretario. Mientras los amantes dormían, Urdiñola los apuñaló; a los gritos de los

desdichados, acudieron los sirvientes que prestos fueron víctimas también de la furia del ofendido. Terminada la matanza, Urdiñola volvió por el mismo camino, y una vez que tomaba un caballo, antes de emprender la fuga asesinaba al criado que allí lo había estado esperando. Más de veinte hombres murieron esa noche a manos del enloquecido caballero, quien unas seis horas después de haber abandonado Bonanza, llegó de regreso a su casa, se introdujo por la ventana y como si acabara de levantarse de su descanso, volvió a la sala de juego donde estaban sus amigos.

Tal es la leyenda que circula sobre Urdiñola. La situaron como acontecida en Patos -ahora Villa de General Cepeda- y hasta hace tiempo, todavía en los corredores del edificio de la Presidencia Municipal del lugar, una serie de mal pintados cuadros la representaba gráficamente.

Absuelto Urdiñola, en 1603 fue nombrado Gobernador y Capitán General de la Nueva Vizcaya, cargo en el que se distinguió por su espíritu emprendedor, su actitud cordial hacia los indios y una hidalguía que estaba muy lejos de corresponder al cruel asesino que pintaron las crónicas.

Todavía en 1880 el poeta José T. Viesca dio a la publicidad el romance que bajo el título de "Leyenda Histórica", afirmaba:

Don Francisco de Urdiñola
de estos contornos el dueño,
impuesto a ver en cada hombre
de su voluntad un siervo;
un señor de hora y cuchillo,
de nobleza y privilegios
y también de corazón,
como sus instintos negros,
fue el autor del negro crimen,
del crimen más estupendo
que hablan pergaminos viejos.

El romance lo describe como alto, delgado, amarilloso y trigueño y con unos ojos que revelaban sus mezquinos pensamientos; e inclusive que "era el Marqués del espanto de estos pueblos oprimidos", afirmación inexacta ya que el primer Marqués de Aguayo lo fue don Agustín de Echevers y Subiza, según título expedido por Carlos II en 1682.



PRESENCIA EN LA HISTORIA

Por: Oscar Flores Tapia.

- I -

LO OFRECIMOS y lo cumpliremos. A partir de hoy, publicaremos una serie que tiene un gran interés para los estudiosos de la historia... SE CONTRAREA a la época más gallarda de México, la época en que tanto liberales como conservadores se disputaban el derecho en señalar las rutas de la nación... MUCHOS son los personajes que desfilarán por esta modesta columna pero entre todos ellos, como un pedestal donde reposa la Patria, la figura del Benemérito... Y JUNTO AL indio de granito, la entrañable de Guillermo Prieto, el poeta de la Musa Callejera, el hombre que siendo un soñador puso su pecho entre los fusiles de *Bravo* y el Presidente: "LEVANTEN esas armas, los valientes no asesinan, los valientes no matan a mansalva, el 5° batallón ha

defendido siempre a la Patria"... OIREMOS la voz del *Nigromante* en el Constituyente, las veleidades de *Comonfort*, dignas de ser estudiadas mejor antes de condenarlo como traidor... VEREMOS cruzar, gallardos y con el pecho lleno de escapularios a *Luis Osollos* y *Miguel Miramón*, los "ángeles" vengadores de la santa religión... ASISTIREMOS a las tertulias donde abiertamente se conspiraba y a las entrevistas secretas, a la media noche, entre el Cura de Zacapoaxtla y el Presidente... NOS FAMILICIAREMOS con los mosqueteros de la Reforma: *Leandro Valle* y *Antonio Rosales* y PARTICIPAREMOS EN LOS COMBATES que sostuvieron los contendientes en Salamanca, Guadalajara, Santa Ana Acatlán y otros lugares que fueron escenarios de la épica pelea... VEREMOS a *Santos Degollado*, Jefe de los Ejércitos Liberales, forjar en medio de las derrotas la victoria final -de la que ya no participó- en Calpulalpan... SEGUIREMOS a Jesús González Ortega, el soldado de la República, vencedor de Miramón y a su lado, grave como un maestro de escuela, al héroe del 5 de mayo, Ignacio Zaragoza... *LA FRAGUA, Doblado, Vallarta, Arriaga y Juan Antonio de la Fuente*, orador a la inglesa y gran adversario de Vidaurri... y en fin, una gran serie que ningún lector debe perderse porque aparte de la amenidad del relato es fuente permanente de datos históricos...

- II -

ERAN LOS DÍAS tormentosos en que se forjaba el destino de México en el Congreso Constituyente, convocado por el régimen del Plan de Ayutla, que dio al traste con las trapisonadas políticas de su Alteza Serenísima... EN EL RECINTO Parlamentario se escuchaba las voces más autorizadas de todos los credos; las pasiones ideológicas entrechocaban y, no en pocas ocasiones amenazaban con convertir al congreso en un campo de agramante... ASISTIR a una sesión del Constituyente, equivalía presenciar, en el seno de una aula prodigiosa, la exposición extraordinaria de las más variadas materias... CIENCIA, Religión, técnica, filosofía, literatura universal, historia del mundo, teorías económicas, conocimientos teológicos, afirmaciones matemáticas, principios de astronomía, de física, pintura y música... TODOS LOS temas conocidos por el hombre allí tuvieron la voz que expuso sus valores morales, políticos y económicos. Los diputados parecían reunir máximos conocimientos, por eso sus actuaciones fueron lucidas siempre... MUCHOS fueron los que se destacaron en las sesiones del Constituyente: *Mata*, gran lógico y razonador maduro; teórico por excelencia, formaba parte de la comisión de Constitución... *PONCIANO Arriaga*, Presidente de la Comisión, orador calmado,

seguro de sí mismo y cuya voz alcanza matices insospechados cuando el asunto reclama su intervención. Su mímica es elegante y su argumentación definitiva... CUANDO SE presenta en la Tribuna del Congreso don *Ignacio Ramírez "El Nigromante"*, se escuchan voces de admiración o de repudio: "Enemigo de los frailes", "¡Ateo!", "¡Viva el Indio Ramírez!", "¡Bandido!", "¡Viva el Gregoriano!"... RAMIREZ es todo un personaje. Se le conoce desde la época aquella en que, reunidos en la Academia de Letrán los literatos, asombró a su auditorio al negar la existencia de Dios, afirmando que los seres de la naturaleza se sostenían por sí mismos... *JUAN ANTONIO DE La Fuente* "encogido, torpe, arrancherado, parece un palurdo que visitara por primera vez la Corte". Pero es un orador enemigo de retóricas y lleno de ciencia política, de habilidad y conocimiento de los hombres... EN EL CENTRO del cuadro, presidiendo la asamblea un hombre de edad avanzada, pálido, casi marfilino, de dulces ojos, mirada tierna, con aspecto de sufrimiento y resignación. Es el Patriarca de la Reforma, es don *Valentín Gómez Farías*...

- III -

DESPUES DE aprobar, artículo por artículo de la Constitución, se pasó a discutirla en lo general. Nada debía quedar sin

explicarse, nada que después diera lugar a enmiendas o lloriqueos... CUANDO Ignacio Ramírez "El Nigromante" abordó la tribuna, se apoyó en la barandilla e inició su demoledora tarea. Impugnó la redacción de las palabras iniciales de la Constitución que dicen: En el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo". Su argumentación levantó al principio olas de indignación: "Juzgó ridículo suponernos intérpretes de la divinidad y parodiar sin careta a Moisés, a Mahoma y a las Sibilas"... POR MI PARTE declaro -continuó- no haber venido a este lugar preparado por éxtasis ni por revelaciones; la única misión que desempeñó, no como místico sino como profano, está en mi credencial"... "VOSOTROS la habéis visto: ella no está escrita, como las tablas de la Ley sobre las cumbres del Sinaí, entre relámpagos y truenos. Es muy respetable el encargo de formar una Constitución, para que yo comience mintiendo"... EL PÚBLICO estaba absorto, nadie gritaba, nadie reía, nadie aplaudía. Se escuchaba al hombre, la palabra antes jamás oída. Una piqueta afilada haría menos destrozo que aquella oratoria... "EL JORNALERO es un esclavo; -sigue implacable-. Formemos una Constitución que se funde en el privilegio de los menesterosos, de los ignorantes, de los débiles", NADA DENOTABA emoción en el semblante de aquel hombre. Su mirada era

amable, su voz reposada, su ademán sereno. Habló sobre la tiranía del capitán, abogó por altos salarios y proclamo los derechos obreros... AL ABANDONAR la tribuna el aplauso era general. Los mismos que antes lo insultaron, le rindieron el vasallaje de la admiración. Entre filas de manos que entrechocaban, cruzó "El Nigromante" una de las inteligencias superiores del siglo de las luces...

- IV -

PONCIANO ARRIAGA tuvo el encargo de rebatir a Ignacio Ramírez. Lo hizo bien, pero su tesis no rompió la muralla levantada por el verbo iluminado de "El Nigromante". Defendió la invocación de Dios en la Constitución... "SI EN TODAS las acciones humanas se tuvieran presentes los beneficios y mandatos del supremo hacedor de las sociedades, habría menos errores y menos desaciertos en este mundo"... "LA REPÚBLICA no invoca el nombre de Dios para profanarlo con la opresión, ni con la servidumbre, sino para consolidar su libertad. El verdadero derecho divino lo constituyen la libertad y la democracia". Y ASI CONCLUYO El debate en el que muchos participaron, pero que sólo dijeron algo *Ignacio Ramírez* y *Ponciano Arriaga*. La Constitución se aprobó con las palabras iniciales "En el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo"... "EN EL AMPLIO

Salón que ocupaba la asamblea estaban los diputados del Constituyente. De vez en cuando los gritos amenazaban en convertir aquello en una olla de grillos: ¡Viva Arriaga! ¡Abajo los sacristanes! ¡Mueran los herejes!... DON PONCIANO sube una vez más a la tribuna; está en entredicho su postura liberal: "Soy cristiano fervoroso y creyente; amo a mi religión, pero no confundo la religión cristiana con los intereses del clero"... LOS GRITOS se suceden: ¡Bravo, Arriaga!... ¡Abajo el insultador del clero!"... ¡Muera ese blasfemo! El diputado siguió sin hacer caso de los insultos, ni de los elogios... "LA MORAL CRISTIANA -afirma- es la fuente de la civilización. Abolió la esclavitud, acabó con las castas y privilegios y al proclamar que todos los pueblos son hermanos hijos del mismo Padre que está en los cielos, estableció la igualdad"... ARRIAGA hace una denuncia: El General Scott ha participado a su gobierno que la Circular dirigida al pueblo mexicano para atraerlo, le ha sido sugerida por notables del clero, quienes además le han proporcionado emisarios y medios para hacerla circular en la República... LAS EXCLAMACIONES SUBEN de punto. Lo menos que se escucha son las palabras: ¡Traidores! ¡Herejes! ¡Calumniador! ¡Mueran los curas! Así se terminó aquella memorable sesión...

- V -

ANTE la inminencia de la jura de la Constitución, los elementos conservadores, no se daban reposo preparando sus movimientos en contra de ella y del legítimo poder constituido... UNO DE ESTOS movimientos, la conspiración de La Profesa, así llamado en virtud de que los conjurados se reunían en la iglesia de ese nombre... EN LAS calles circulaban papeles en los que firmaba de "Un devoto de la Virgen". Un amante de su patria o un amigo de Cristo, afirmaba que las gentes liberales pretendían entregar a México en manos de los gringos... EN LA PROFESA se juntaban, lobos de una misma manada, los curas *Zubeldía, Cadena* y *Suárez Navarro*. El pretexto era leer versos, criticar obras literarias, pero cuando alguien trataba de penetrar se le exigía la contraseña... DE ALLI, de La Profesa, salía, disfrazado de charro, un fraile felipense con destino a Puebla. Llevaba instrucciones para *Orihuela y Miramón*. Las medidas aconsejadas eran terribles: arrojar camisas empapadas de brea a catedral y a otras iglesias para quemarlas... EL PLAN era hacer creer al pueblo que aquellas atrocidades habían sido cometidas por los liberales; el pueblo se indignaría, mataría a las autoridades y se entregaría el poder a *Osollos* y a *Miramón*... UNA DE esas noches, al filo de las cero,

una sombra se llega al Palacio Nacional. Un oficial de Estado Mayor la introduce por corredores, de donde previamente han retirado los centinelas... EN EL DESPACHO presidencial espera don *Ignacio Comonfort*. Saluda al recién llegado, le ofrece asiento. Era el *Arzobispo Garza*. Comonfort es el que habla: "Se lo dije a Montes -Don Ezequiel- bastará que el señor Arzobispo y yo hablemos un rato para que nos entendamos... TENEMOS QUE ponernos de acuerdo en todos los asuntos pendientes que SS Ilma. considere le ocasionan disgustos". *¡La Ley Juárez!* abolición de fueros eclesiásticos y militares; *¡La Ley Lerdo!* ¡La Constitución!... LA LEY JUÁREZ Non possumus. La Ley Lerdo es benéfica. Non possumus... PODEMOS REFORMAR ambas leyes. Non possumus. Por lo menos diga: derogación de las censuras canónigas. Non possumus. Siquiera las que ha fulminado contra los denunciantes de fincas. Non possumus...

- VI -

NON POSSUMUS -No podemos-, respuesta única que dio el arzobispo Garza a las buenas intenciones de Comonfort, tuvo sus consecuencias; ya las tenía para cuando se efectuó la famosa entrevista. El General Orihuela y el Coronel Miguel Miramón atacaron en Puebla y el General *Moreno*, que tuvo que rendir la plaza. Cuando los

jefes de la sublevación hicieron su entrada a la Angelópolis... AQUELLO era un pandemónium. Las mujeres besaban los pies de los cadáveres, las armas de los caudillos muertos se colocaban en los altares a manera de reliquias... LA NOBLEZA poblana bordó una cruz encarnada sobre una especie de peto, para el Coronel Miramón a quien se le dio oficialmente el título de "Arcángel Miguel, Salvador de la Religión"... EN EL CONVENTO de Santa Clara, las monjitas, auxiliadas por prominentes señores estuvieron atareadísimas bordando cruces y leyendas de "Religión o Muerte" para colocar en el pecho de los soldados... UN EPISODIO de la época estremece por su crueldad. Miramón comisionó a un tal *Castillero* para ir a México, a fin de entregar unos papeles al arzobispo Garza. Como eran comprometedores, tomó por caminos alejados de los conocidos... EN UNO DE los recodos les cayó el Cura de San Andrés al frente de cien indios. Inmediatamente le pusieron la "corbata" y entre gritos de "maldito hereje", "puro de los demonios" y otros no menos insultativos, procedieron a colgarle... CASTILLERO trató de convencerlos de que no era liberal, sino de los pronunciados en Puebla, pero todo fue inútil. El Cura exclamaba: ¡Duro con él, para que sirva de escarmiento de los protervos de su laya!... EL PRESO suplicaba, lloraba, les enseñaba los papeles de identidad, pero el ministro

del Señor no oía. "Como lo vamos a dejar escapar -respondió a la gestión de uno de los indios que intercedió por Castillero-; si tal hiciéramos, nos atraeríamos la cólera de Dios"... SEÑOR CURA, dejadle ir -pidió la gente que lo seguía- pero el recondenado "curácuaro" -como les decían los liberales- replicó hecho una verdadera furia... CONVERTIDO en un poseído del demonio, el Cura de San Andrés no ponía la menor atención a las suplicas, ni de los indios que comandaba y que a su vez, suplicaban se perdonara la vida del viajero... SI ASÍ LO HICIERA -replicaba el furioso cura- se perderían nuestras sementeras, moriría nuestro ganado, se secarían nuestros aguajes y nos moriríamos de hambre nosotros, nuestros hermanos y los hijos de nuestros hermanos...

- VII -

CUANDO Castillero, el mensajero de Miramón que llevaba documentos para el arzobispo Garza, se dio cuenta de que de nada le valían los ruegos, se dispuso a morir y pidió los auxilios espirituales, PERO EL CURA Capitán de bandoleros, el defensor de la religión le respondió: "¿No has oído decir in pecato vuestro moríemini? Pues muere en tu infamia, que los sacramentos se hicieron para los hijos de la iglesia, Satanás del infierno"... SE ACERCÓ EL

"ministro del Señor y dio golpes al caído e imitando su ejemplo, los indios también le entraron a parras", quien le picaba los ojos, quien le sumía una costilla al pobre hombre... CUANDO TERMINÓ el festín de sangre se procedió al despojo. Uno le arrancó las botas, aquél le sacó la bordada camisa, éste la cartera y el dinero y cuando ya sólo le quedaba un calcetín fue que advirtieron que DEL CUELLO del "liberal" pendían escapularios, medallas benditas, reliquias y en uno de los dedos la argolla de plata que utilizaban los "cruzados"; en una bolsita llevaba imágenes, oraciones y los mensajes. EL PARROCO se dio cuenta del crimen cometido y para esconderlo, ordenó se echara el cadáver del "enemigo" de la iglesia en un hoyo del camino. La prensa bendita disculpó al asesino cura diciendo que no podía distinguir si se trataba de amigo o enemigo... DE TODAS maneras, este episodio retrata la violencia con que se inició la guerra de Reforma o de Tres Años como se le conoce también. Lucha a muerte, sin cuartel, fanática, de exterminio, donde los curas lo mismo bendecían un belduque que le echaban las tripas fuera con él a cualquier cristiano...

- VIII -

ERAN LAS diez de la mañana del día 5 de febrero de 1857 cuando se inició la

Sesión del Constituyente. El local estaba materialmente congestionado por la concurrencia. De las galerías partían gritos contra los "puros"... EL NIGROMANTE miraba a la muchedumbre con desprecio; don *Santos Degollado*, estaba nervioso; *Mata* oía burlas y *Zarco, Prieto* y *Arriaga* fueron recibidos con aplausos... MATA dio lectura a la lista de asistencia; había noventa y cinco Diputados. Sobre la mesa de debates había un crucifijo y a sus pies, abierta en San Juan, una Biblia. A los lados dos cirios... *LEON GUZMAN*, Vice-Presidente del Congreso fue el primero en jurar el nuevo código nacional; en seguida *Prieto, Benito Gómez Farías* y *Joaquín Ma. Degollado* levantaron a don Valentín para que otorgara el juramento. Era el Presidente del Congreso... LA ASISTENCIA estaba conmovida. Gómez Farías era la personificación de la democracia mexicana, iniciador del nuevo ideario nacional. Veinte años antes había intentado las primeras reformas y más tarde desafiando las balas polkas... CUANDO VOLVIO a su escaño el Patriarca de la Reforma, todos los Diputados se pusieron de pie y con brazo extendido sobre la Biblia dijeron a un tiempo: ¡Sí, juramos!... EN SEGUIDA Francisco Zarco da lectura al Manifiesto que debía preceder a la Constitución. Brillante pieza donde se condensaron los más altos ideales y el patriotismo más ejemplar... EN LAS GALERÍAS el ruido era

ensordecedor; unos aplauden, otros gritan. Se pone a discusión el manifiesto de Zarco y es aprobado por unanimidad... LOS DIPUTADOS *Mata, Rosas, Aranda, Cendejas, Muñoz* y *Balcárcel* fueron designados para comunicar al Presidente Comonfort que se le aguardaba para jurar la nueva Carta... LLEGO EL Presidente, se sentó a la derecha de Guzmán, firmó y como un homenaje al viejo Patriarca se le hizo el obsequio de la pluma con que se firmó la Carta Magna y un ejemplar en miniatura de La Ilíada.

- IX -

POR TODOS los rumbos del país hay pronunciamientos. Un Directorio Conservador Central de la República, dirige las operaciones. Forman parte del Directorio personajes, pero con pseudónimo... AL PADRE *Miranda* se le conoce por El Poblano, a *Luis Osollos* como P.P.Rayas, a *Miguel Miramón* se le llama Policarpo Ortíz, a *Bonilla*, Epipeides Alzuma... A *CALVO*, uno de los más intransigentes se le concedió el grado de General en atención a "la protección que había prestado a los principios religiosos y al derecho del clero a la propiedad, conseguidos por sagradas y antiquísimas leyes"... ES CURIOSO cómo da vueltas el mundo. Así lo que ayer era una herejía, ahora constituye un motivo de honor. Por ejemplo, una de las acusaciones más serias

que hicieron los católicos apostólicos y romanos, a los liberales fue la de que querían entregar a los mexicanos atados a los protestantes del norte... ES DECIR, a los protestantes que, de la noche a la mañana se han convertido en columnas de la religión y que, gracias al entreguismo tradicional, han podido ir convirtiendo al pueblo católico al protestantismo... LA CAMPAÑA contra la Constitución era tremenda: los frailes incitaban al pueblo a no aceptarla; en Orizaba el cura cerró las puertas de la iglesia para impedir que se llevara a cabo el juramento... EN OAXACA, donde se había ofrecido dar muestra pública de acatamiento, surgieron las protestas a la hora de la hora; en Zamora hubo pronunciamiento... EN TOLUCA, el curilla encargado de la Parroquia, parapetado en el campanario y rifle en mano, impidió se repicaran las campanas, gritando que se le pretendía obligar a participar en una ceremonia atea... EN SAN LUIS hubo un escándalo con tiros de fusil y en Lagos un motín mayúsculo con muertos y heridos y según afirmaron los amoti- nados, en la mera hora del Combate vieron volar al cielo a su jefe, un tal *Zermeño*... LO CIERTO es que el fulano ese, al ver que la cosa se ponía fea, fue a refugiarse al templo de la milagrosa Virgen, que en esa forma le hizo el milagro de salvarle la vida... MIENTRAS TODO esto sucedía en provin-cias, en la capital se le daba la última lectura, antes

de su aprobación, al Plan de Tacubaya.

- X -

El CONFLICTO provocado por los curas a pretexto de la Constitución del 57 tuvo la dimensión de un incendio. Las pasiones se desataron y los líderes de conservadores y liberales se aprestaron a conducir la lucha...

LAS NOTAS DE los periódicos eran el reflejo de las pasiones más violentas. Ellas hablaban de la impiedad y el error "de esos que al mismo tiempo y como cualquier asesino, blandían el puñal sin respeto al crucifijo que llevaban en la otra"... EN EL PERIÓDICO "El Descamisado" podía leerse: "Ya pueden estar satisfechos *Lázaro Ballesteros* y su pandilla de curas ladrones e incendiarios, honra de *Torquemada, Pedro Arbúles* y *Domingo de Guzmán*"... TODO ESTABA preparado para que *Comonfort*, aliado de *Zuloaga* diera su famoso golpe de estado. En una reunión verificada en palacio y estando presentes *Juan José Baz* y *Zuloaga*, escuchamos la palabra del Presidente:... CONQUE vamos a ver: ¿Qué planes tenemos de Revolución? Baz habló: Señor Presidente: mis ideas son absolutas; soy partidario ciego de la reforma y en mi opinión no deben de existir los frailes, pues pasó su época... SIN EMBARGO continuó el Gobernador del Distrito, como las

preocupaciones de la multitud ignorante estan contra esa reforma, me vería obligado a prescindir de mis ideas y transigir con el clero... *ZULOAGA* estaba absorto escuchando la palabra de aquelviejo paladín, considerado como el verdadero jefe del movimiento liberal. Comonfort, radiante se dirigió al autor del Plan de Tacubaya:... ¿QUE TAL? ¿Ven como hasta el jefe de los rojos, opina como yo y me sigue? Y bien, compadre pues lo que yo digo es que mis soldados están disgustados y la verdad les puede mucho que no los entierren en sagrado ni les den los auxilios espirituales a la hora de su muerte... POR OTRA parte, si no nos apresuramos, me temo que la noche menos pensada Miramón y Osollos nos hagan pronunciar a la tropa, porque no descansan y vienen en persona a ver al arzobispo. Necesitamos adelantarnos...

EL PRESIDENTE Comonfort estaba decidido. Cuando Zuloaga terminó de hablar, se levantó y dijo: "Aunque todos los días recibo cartas de los Estados diciendome que no se puede marchar con la Constitución, no vayamos a equivocarnos"... "EN PRIMER lugar es necesario contar con Veracruz, que es el punto más importante de la República, no sólo por sus recursos, sino porque es una plaza fortificada y tiene gente muy activa... NO NOS HAGAMOS ilusiones, en Veracruz la gente es liberal y Doblado tiene una importancia que ustedes no se

pueden ni figurar; es hombre listo y atrevido y cuenta con un pie de fuerza bien organizado"... DE VERACRUZ respondo yo dijo Baz, con tal de que la revolución se haga sin darle el triunfo absoluto al clero. De este modo se tramó la revolución contra la Constitución del 57. Del despacho de Comonfort salieron los mensajeros de la conspiración a sobornar a los jefes liberales... SEGUN UNA carta de *Manuel Payno*, fechada el 5 de diciembre de 57, todo estaba listo para dar el golpe. Se contaba, según afirmaba, con *Gutiérrez Zamora, Ignacio de la Llave, Iglesias, Siliceo, Doblado* y *Tomás Moreno*, todos ellos la flor y nata del liberalismo... PERO NO estaban todos. Había uno que no estaba dispuesto a claudicar. Una mañana lo llamó el Presidente Comonfort. Te quería comunicar -le dijo- que estoy decidido a cambiar de política... ALGO SABIA ya, le respondió, pero como nada me habías dicho, yo tampoco quería hablarte una sola palabra de ello. -Pues bien replicó Comonfort-, yo desearía que tu tomaras parte y me acompñaras... TE DESEO muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas a emprender; pero yo no te acompaño en él. QUIEN ASI hablaba era el Ministro de la Suprema Corte, el Lic. *Benito Juárez* cuya testarudez daba en que pensar a los conjurados".

- XI -

AFORTUNADAMENTE, los liberales en su gran mayoría habían sido sorprendidos por Comonfort, y el primero en rectificar fue *Manuel Doblado*, quien con gran acierto apuntó:... "EL JUSTO medio que ustedes buscan no podrá subsistir. No faltarán fanáticos que levanten la bandera constitucional o la clerical; la revolución abortará para convertirse en jacobina o conservadora"... LUEGO AGREGÓ: "La guerra será larga, sanguinaria y nosotros seremos vistos con horror por todos los partidos". Aconsejó que renunciase Comonfort y tomara otro el poder. El 16 de Diciembre por la tarde, en coche descubierto y camino de Tacubaya, iban *Siliceo, Baz* y *Navarro* a ver a *Zuloaga*... EL DIA 17, como a las diez de la noche llegaron al Palacio Nacional, Payno, Siliceo y Navarro. Entraron con el Presidente, al que le entregaron un documento cuya lectura así se iniciaba... CONSIDERANDO que la mayoría de los pueblos no ha quedado satisfecha por la Carta Fundamental que le dieron sus mandatarios, desde esta fecha cesará de regir en la República la Constitución de 1857"... CUANDO acabó de leer Comonfort el Plan de Tacubaya, visiblemente decaido murmuró: "Acabo de cambiar mis títulos legales de Presidente por los de un miserable revolucionario. Pero ya está hecho y Dios dirá por que camino debemos marchar"...

SE TOMARON todas las providencias. El 19 por medio de bando público se dio a conocer el Plan de Tacubaya. Todo estaba consumado aparentemente... PERO LA profesía de *Doblado* estaba en pié. A las puertas del año 58 estaba la guerra de tres años. *Comonfort* mandó a la cárcel a su amigo del alma *Benito Juárez*, pero cuando se dio cuenta del error cometido ordenó su libertad... LOS TITULOS legales de que hablaba no los había cambiado por los de "miserables revolucionarios" sino por lo de traidor de la Patria con que la historia ha recogido su debilidad frente a la soberbia clerical... CUANDO JUÁREZ salió con destino al Bajío, llevaba ya la investidura de Presidente. Detrás de él iban los liberales más esclarecidos. En los primeros días de Enero abandonó la capital, con destino a la gloria, *Leandro Valle*.

- XII -

GUANAJUATO fue el Estado que encabezó el movimiento. Al asumir la soberanía, tuvo el gesto de ofrecer el Gobierno de Juárez asilo para la instalación y protección de los poderes... LAS NOTICIAS se extendieron como polvora; de todos los rincones del país llegaron las adhesiones al régimen de la legalidad. Sabían que por donde iba Juárez iba la ley... VERACRUZ se dio el aviso: *Doblado* optaba por su

partido: Lo mismo en Jalisco *Parrodi* se sumó al Gobierno Constitucional; hizo igual *Arteaga* en Querétaro y *Silva* en Michoacan... TODOS LOS COMPROMETIDOS, como *Gutiérrez Zamora, Iglesias* y *Llave* lo gritaron muy claramente: habían sido engañados: el pronunciamiento estaba dirigido por el clero en favor de Santa Ana... A COMONFORT le aconteció exactamente lo que había profetizado Doblado. Los liberales lo execraban, pero más lo detestaban los conservadores. Su despacho, antes lleno de solicitantes de los favores presidenciales, ahora estaba vacio.

EL 11 DE ENERO de 58, el General Zuloaga se pronunció contra Comonfort por no haber llevado a cabo el Plan de Tacubaya. Circuló en la capital una proclama llamando a Santa Ana del destierro... TODA LA REPUBLICA pide a su salvador: "Tened fe, haced un esfuerzo y el triunfo será nuestro. El ilustre caudillo, el defensor de la religión, el restaurador de nuestras veneradas ordenes está con nosotros"... ZULOAGA NOMBRÓ, a las puertas de la Ciudadela, escenario y nido de la rebelión contra Comonfort, Mayor General a Luis G. Osollos, y por exigencia de este último, con el mismo grado a Miguel Miramón... SE INICIÓ la pelea. Las baterias rebeldes enfilaron la mira al Palacio Nacional. Comonfort resistía, esperaba refuerzos que nunca llegaron... CUANDO el presidente se dio cuenta de la inutilidad de su resistencia,

envió parlamentarios a los pronunciados. General Rangel con la noticia de que podía, con la escolta que escogiera, abandonar la plaza...DIEZ DÍAS DURÓ el asedio rebelde contra Palacio; decena trágica que dió a los conservadores del siglo pasado, el control de la capital durante tres años y al pueblo liberal la fortaleza para trazar su destino...

- XIII -

LA PRIMERA batalla entre liberales y conservadores tuvo lugar en *Salamanca*, allí por Cerro Gordo. Las tropas liberales las mandaban *Morett* y el *Coronel Calderón*... EL COMBATE fue un choque brutal. Los soldados liberales, bisoñes y mal armados, hacían prodigios de valor frente a las tropas bien equipadas de Osollos y Miramón... LA CARGA que dio *Calderón* fue espectacular. Como una tromba se echó sobre el enemigo. Los sables parecían rayos celestes. Era una confusión de caballos y hombres... HUBO LA IMPRESIÓN de que las fuerzas constitucionalistas tenían asegurado el triunfo, pero de repente, sin esperarlo, doce cañones ocultos empezaron a disparar. La columna se dispersó y momentos después Osollos y Miramón entraban en Salamanca... EL HEROÍSMO de *Pepe Calderón* tuvo un testigo, que no le regateó el elogio. *Leandro Valle* con el grado de capitán del ejército liberal, asistió al combate... "PEPE CAL-

DERÓN cayó como un valiente, -dijo días después- como un caballero, a la luz del sol, rodeado de armas, de caballos y de insignias, esgrimiendo la espada". ESA ES LA muerte que cuadra a un hombre como Calderón. Que no me den a mí la muerte en un aposento estrecho, lleno el cuerpo de vejigatorios y cáusticos... ATADA LA cabeza con un pañuelo, oliendo a ceras de La Candelaria, escuchando los padres nuestros y los gimoteos de las viejas que rezan el salmo cristiano de este mundo... "ASÍ REVIERTAN los notarios o los abarroteros; los soldados mueren como murió Calderón: una herida de sable en la cabeza y cinco balas en diferentes partes del cuerpo"... Y ASÍ FUE, al grado de que como el cura de Salamanca se rehusara a enterrar en sagrado al "hereje" Calderón, el propio Osollos le avisó que de no hacerlo, lo enterraría junto con él... LA DERROTA de los liberales en Salamanca fue el inicio de la más extraordinaria peregrinación en la lucha por la libertad y por el imperio de la Ley... LA ENCABEZABA Juárez el impasible, y aún cuando se le llamaba despectivamente "la familia enferma", a fuerza de tesón se salvó y salvó a la Republica...

- XIV -

¡ESTUPIDOS! Al Gobierno de Juárez lo apodaron despectivamente "La Familia Enferma", el "Gobierno Metafísico" y "La

Legalidad Trashumante". Ignoraban que, bajo la levita civil de Don Benito se agitaba una energía superior... A LA EXHORTACIÓN de *Ocampo, Zamora* y *Prieto* para que los pueblos no perdieran la fe en la victoria, una carcajada retumbó en las paredes siniestras de las sacristías y en los salones lujosos de los apátridas... ¿SE PIENSAN esos locos -decian-, que pueden triunfar? ¿Acaso no saben que Zuloaga tiene en su poder a la Ciudad de México, cuenta con la obediencia del ejército, el apoyo del clero y S.S. le ha escrito en latín llamándolo clarisimo varón... CUANDO JUÁREZ salió de la capital iba acompañado de Manuel Ruiz, Antonio Pizarro y el jovenzuelo Iturbide. Al llegar a San Juan del Rio se toparon con Mejía que los detuvó e indagó sobre qué tramaban aquellos cuatro sujetos... EL PRESIDENTE y sus acompañantes no perdieron la serenidad y contestaron al faccioso que más tarde habría de compartir "el honor" con Miramón de morir junto a Maximiliano:... SE TRATA DE una diligencia; este joven -Iturbide- acaba de recibir una herencia. Soy su abogado, Ruiz; el señor -Juárez- es el juez, y este otro señor -Pizarro- es el secretario. Vamos a Apaseo, señor general... MEJIA CREYÓ el embuste y ordenó se les permitiera el paso, no sin recomendar que, al regreso, le obsequiaran con unas cajetas de las que fabrican en Celaya... SANTOS DEGOLLADO salió de México por

la garita de San Cosme. Montaba un buen penco -El hombre era de a caballo- y en los tientos, colgados, trozos de carne, morrales con maíz y frijol y velas de sebo... LOS GUARDIAS que cuidaban la garita, con la consigna de echar el guante a cualquier "demagogo de nota", lo registraron pero no lograron dar con los documentos que conducía. Cuando lo dejaron marcharse picó espuelas... GUILLERMO PRIETO salió disfrazado de burrero, con tal propiedad, que aún los mismos burreros a los que se entregó, pensaron que jamás había hecho otra cosa en su vida aquel hombre...

- XV -

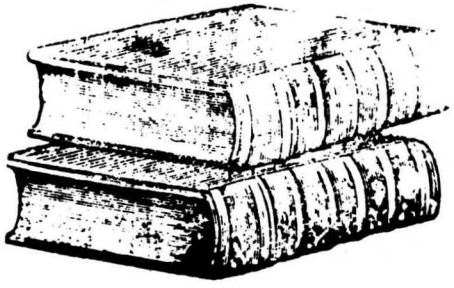
BAJO EL AMPARO de *Parrodi*, *Juárez* instaló su Gabinete en Guanajuato, de donde tuvo que salir ante la aproximación de *Luis Osollos*, aquel gallardo soldado, pulcro y preparado, aunque conservador... PORQUE LOS conservadores tuvieron, como los liberales, gente buena y gente criminal. *Miramón* y *Osollos* de la "mochitanga", *Leandro Valle* y *Cruz Aedo*, de la Constitución... LOS CRIMINALES *Leandro Márquez* y el cura de Zacapoaxtla del partido retardatario; *Rocha* y *Chessman*, de los soldados de la Federación... A MEDIA NOCHE, en procesión con gobierno Juarista de Guanajuato con destino a Guadalajara... GUADALAJARA era por aquel entonces un

nido de aguilas. Allí estaba el nervio de *Miguel Cruz Aedo*, de *Epitacio Rios*, de *Ignacio Vallarta*, de *Urbano Gómez* y *Contreras Medellín*... EN UNA OCASIÓN se dieron a la publicidad unos versos, que no pocos atribuyeron a Cruz Aedo o que por lo menos los había traducido. En ellos, como se verá, hay ciertas picosillas afirmaciones que fueron calificadas de blasfemas... SE REFIERE a una monjita que al llegar al cielo se encuentra, triste y desolada a una actriz teatral que no puede entrar al celeste recinto. Inquiere la monjita, mientras San Pedro atisba... VIENE LUEGO una teté a teté entre la actriz y el portero divino: La actriz: -Yace mi cuerpo sin sepultura San Pedro: ¡Ah!, Dios perdone a mi buen cura, que ignora el pobre lo que es amar... ENTRAD al punto, tiernas mujeres, dice el portero del alto cielo -amar al cielo fue vuestro anhelo- mi Dios no exige más del mortal. ¿CÓMO, gritaban ofendidos los mochitangos, se puede atribuir a San Pedro el haber dicho que se podía entrar al cielo sin confesar?... PERO EL ASUNTO fue peor cuando, por disposición del Gobernador *Herrera* y *Cairo* se ordenó a los prelados que abandonaran los conventos, y más aún cuando se recogieron once mil pesos pertenecientes a la iglesia... ASÍ ESTABAN las cosas cuando llegó a Guadalajara Juárez, el Presidente de Oro...

- XVI -

GUADALAJARA se había convertido en la capital del país, residencia de los poderes de la unión. En el Palacio de Gobierno se gabía instalado el Prsidente Juárez... EnTRE LOS Ministros estaban Ocampo, Prieto, Ruiz y León Guzmán. Una mañana, llegaron en solicitud de audiencia Cruz Aedo y el Lic. Contreras Medellín... EL ABOGADO, que sería el jefe de la Brigada de la Pluma del Ejército Federal (a causa de que estaba integrada por plumíferos y empleados), habló con el Presidente... SUCEDE QUE una noche antes, Leandro Valle y él habían descubierto la conspiración de Landa, aunque sin saber exactamente cuándo se produciría... ESTABA informado el Presidente, cuando se escucharon en el patio del Palacio gritos de ¡Viva la religión! y a poco un tropel de soldados subía las escaleras... IRRUMPIENDO en el despacho presidencial. Un cura -López Nava-, gritaba insultos a los puros. De las azoteas saltaban individuos medio desnudos, con el pecho lleno de escapularios... UNA VEINTENA de soldados, con rifle en las manos se movió mecánicamente a la voz de ¡Preparen! ¡Apunten!... NO ALCANZARON a dar la voz de fuego para asesinar a Juárez, a Ocampo, a Ruiz y a Prieto. El poeta de la Musa Popular se adelantó e increpó a la tropa: ALTO ¡Los valientes no asesinan! ¡Levanten esas armas!

Siguió hablando con tal acento de convencimiento, que los soldados tiraron las armas y Bravo -el que los mandaba- allí tomó el Partido de Juárez... ESTA FUERA de toda duda que debido a la oratoria fulgurante de Guillermo Prieto que le conservaron la vida a Juárez y sus Ministros y, naturalmente, la Reforma... SE OYERON VIVAS a Jalisco, se vitoreaba a Prieto; todo era alegría pasado el instante en que sobre los presentes aleteó la guadaña de la señora... JUÁREZ ESTABA como siempre, impasible. La impresión era de que, en ningún momento había peligrado su vida. Así fue siempre; superior al infortunio... PERO ALLÍ tuvo la certeza de que Guadalajara no podía ser la cuna de las Leyes de Reforma. Su desición fue inmediata. Buscar refugio en Veracruz. Esa misma noche salieron con rumbo a ese puerto.



CONTENIDO

Noviembre - Diciembre

Pág.

El IV Centenario
Por: Adalberto E. Guillén.....5

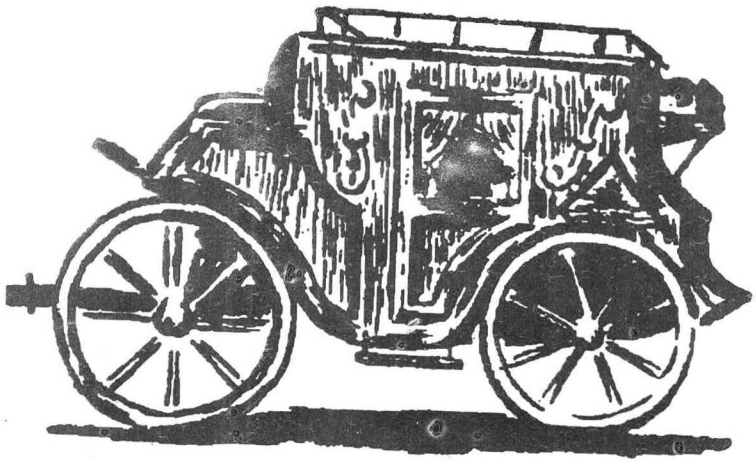
Apuntes del diario de la Princesa Ines de Salm Salm.....11

Chapultepec en la Historia
Por: Oscar Flores Tapia.....112

Robledo Luna, de Parras, ingresa al Colegio de Investigaciones Históricas.....130

La Leyenda del Capitán de Urdiñola
Por: Karos Fioli.....134

Presencia en la Historia
Por: Profr. Oscar Flores Tapia.....142



COLEGIO COAHUILENSE DE INVESTIGACIONES HISTORICAS